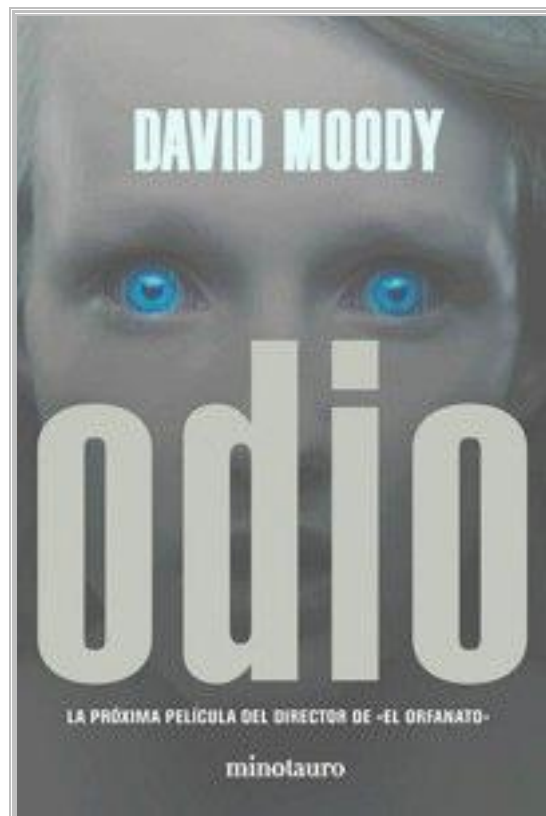


David Moody



ODIO

ARGUMENTO

Sucede sin previo aviso, ataques súbitos, salvajes y letales. ¿Por qué la gente ataca a sus amigos, a su familia, incluso a desconocidos? ¿Se trata de un virus, de un ataque terrorista o es algo más primitivo? Un opresivo horror domina el país y no queda nadie en quien confiar, ni siquiera en uno mismo.

En la tradición de H. G. Wells, Anthony Burgess y Richard Matheson, *Odio* es la historia de un hombre y de su papel en un mundo desquiciado, un mundo infectado por el miedo, la violencia y el odio.

«Un viaje delirante, una fábula acerca del sentimiento predominante del siglo XXI. *Odio* te perseguirá mucho después de que hayas leído la última página.»

Guillermo del Toro, director de *El laberinto del fauno*

«Un lúcido acercamiento al estado del terror en el que vivimos y una fábula espeluznante acerca de sus últimas consecuencias. Ten cuidado con *Odio*, se adentrará en tu alma capítulo a capítulo hasta que encuentre la semilla de maldad que acecha en ella.»

J. A. Bayona, director de *El orfanato*

Para
Lisa, Emma, Katie, Megan, Becca y Zoe

ÍNDICE

| | |
|------------------|-----|
| JUEVES | 6 |
| <i>I</i> | 7 |
| 1..... | 9 |
| 2..... | 14 |
| 3..... | 20 |
| VIERNES | 24 |
| <i>II</i> | 25 |
| 4..... | 27 |
| SÁBADO..... | 32 |
| 5..... | 33 |
| <i>III</i> | 37 |
| 6..... | 39 |
| 7..... | 46 |
| DOMINGO..... | 50 |
| <i>IV</i> | 51 |
| 8..... | 54 |
| 9..... | 58 |
| LUNES | 61 |
| <i>V</i> | 62 |
| 10..... | 65 |
| 11..... | 69 |
| MARTES | 75 |
| <i>VI</i> | 76 |
| 12..... | 79 |
| 13..... | 83 |
| MIÉRCOLES | 88 |
| <i>VII</i> | 89 |
| 14..... | 91 |
| 15..... | 94 |
| 16..... | 96 |
| 17..... | 98 |
| 18..... | 99 |
| JUEVES | 102 |
| 19..... | 103 |
| 20..... | 106 |
| 21..... | 109 |
| 22..... | 113 |
| 23..... | 116 |
| 24..... | 119 |
| 25..... | 121 |
| 26..... | 124 |

| | |
|---------------|-----|
| VIERNES | 127 |
| 27 | 128 |
| 28 | 130 |
| 29 | 133 |
| 30 | 134 |
| 31 | 137 |
| 32 | 139 |
| 33 | 141 |
| 34 | 144 |
| 35 | 149 |
| 36 | 153 |
| SÁBADO | 154 |
| 37 | 155 |
| 38 | 157 |
| 39 | 160 |
| 40 | 164 |
| 41 | 166 |
| 42 | 168 |
| 43 | 176 |
| DOMINGO | 179 |
| 44 | 180 |

JUEVES

I

Simmons, gerente regional de una cadena de supermercados de descuento, deslizó el cambio en el bolsillo, dobló limpiamente el periódico por la mitad y se lo puso bajo el brazo. Echó una mirada al reloj antes de abandonar la tienda y unirse a la masa sin rostro de compradores y oficinistas que se aglomeraban en las aceras del centro de la ciudad. Repasó mentalmente su agenda mientras caminaba. Reunión semanal de ventas a las diez, revisión de las cifras de negocio con Jack Staynes a las once, almuerzo con un proveedor a la una y media...

Se quedó parado cuando la vio. Al principio sólo era otro rostro en la calle, sin rasgos distintivos y sin importancia, y tan irrelevante para él como todos los demás. Pero había algo diferente en esa mujer en particular, algo que le hacía sentirse inquieto. En una fracción de segundo había vuelto a desaparecer, engullida por la muchedumbre. La buscó ansiosamente a su alrededor, desesperado por encontrarla en la masa constantemente cambiante de figuras que se movían con rapidez a su alrededor. Allí estaba. Poco más de metro y medio de altura, encorvada y vistiendo un impermeable de suave color rojo. Sus ásperas canas se mantenían en su sitio bajo un gorro impermeable de plástico claro, y miraba hacia delante, a través de los gruesos cristales de sus gafas de montura ancha. Debía tener ochenta años, si es que tenía edad, pensó al mirar su rostro arrugado y con manchas en la piel. Pero, entonces, ¿por qué representaba semejante amenaza? Tenía que actuar con rapidez antes de que volviera a desaparecer. No podía arriesgarse a perderla. Por primera vez la miró directamente a los ojos y supo de inmediato que tenía que hacerlo. No tenía elección. Lo tenía que hacer y lo debía hacer ahora mismo.

Dejando caer el periódico, el maletín y el paraguas, Simmons se abrió paso entre la multitud para alcanzarla y la agarró por las amplias solapas del impermeable. Antes de que ella pudiera reaccionar, él la hizo dar una vuelta casi completa y la tiró de espaldas contra el edificio que él acababa de abandonar. Su frágil cuerpo era ligero y prácticamente atravesó volando la acera, de manera que sus pies casi no tocaron el suelo cuando se golpeó violentamente contra el grueso cristal de seguridad del escaparate de la tienda y rebotó hacia la calle. Aturdida por el dolor y la sorpresa se quedó tendida boca abajo sobre el frío y mojado pavimento, demasiado asustada para moverse. Simmons se volvió a abrir paso hasta ella, atravesando un pequeño corro de compradores que se habían parado para ayudarla. Ignorando sus airadas protestas, la puso en pie y la volvió a lanzar contra el escaparate; su cabeza rebotó hacia atrás cuando se golpeó por segunda vez contra los cristales.

—¿Qué demonios estás haciendo, idiota?! —gritó un horrorizado espectador, agarrando la manga del abrigo de Simmons y echándolo hacia atrás.

Simmons se giró y se soltó de la presa del hombre. Tropezó y aterrizó de manos y rodillas sobre el bordillo. Ella seguía de pie, justo delante de él. La podía ver a través de las piernas de las personas que se agolpaban a su alrededor.

Indiferente a los gritos y rugidos de protesta que resonaban en sus oídos, Simmons se levantó con rapidez, parándose sólo a recoger el paraguas, que se encontraba al borde de la acera, y para subirse las gafas de montura metálica. Sosteniendo el paraguas delante de él como si fuera un fusil con bayoneta corrió de nuevo hacia la mujer.

—Por favor... —rogó ella cuando le clavó profundamente la afilada punta de metal del paraguas en la barriga y luego la sacó.

Ella trastabilló hacia atrás contra el escaparate, intentando cerrar la herida mientras la aturdida e incrédula multitud engullía a Simmons. A través de la confusión vio cómo sus piernas cedían y que la mujer caía pesadamente al suelo, con la sangre manando en abundancia de su costado.

—¡Maníaco! —le gritó alguien.

Simmons giró sobre sí mismo y se quedó mirando al propietario de esa voz. ¡Jesucristo, otro! Éste era igual que la anciana. Y allí había otro, y otro... y estaban todos a su alrededor. Él se quedó mirando, indefenso, el océano de furiosas caras que lo rodeaba. Todos eran iguales. Hasta el último de ellos se había convertido de repente en una amenaza para él. Sabía que eran demasiados, pero tenía que luchar. Desesperado, cerró el puño y lo lanzó contra el rostro más cercano. Cuando el adolescente reculó ante el repentino impacto y cayó al suelo, una horda de figuras uniformadas atravesó la muchedumbre y redujo a Simmons lanzándolo al suelo.

1

Un lunático. Dios santo, ya había visto antes algunas de las cosas que ocurren en esta ciudad, pero nada como esto. Ha sido desagradable. Me pone enfermo. Joder, él ha salido de la nada y ella no ha tenido la más mínima oportunidad, pobre anciana. El tipo está ahora en medio de la multitud. Lo superan en una proporción de cincuenta a uno y aun así sigue intentando luchar. Este sitio está lleno de locos. Afortunadamente para la mujer, también está lleno de policías. Ahora hay dos a su lado, intentando cortar la hemorragia. Otros tres se han encarado con el tío que lo ha hecho y ahora lo están reduciendo.

Maldita sea, faltan tres minutos para las nueve. Volveré a llegar tarde al trabajo, pero no me puedo mover. Estoy atascado en esta jodida muchedumbre. Un montón de gente se agolpa a mi alrededor y no puedo ir ni hacia delante ni hacia atrás. Tendré que esperar hasta que se empiecen a mover, aunque tarden. Ahora están llegando más policías que intentan despejar la zona. Realmente resulta patético, podrían mostrar algún respeto... pero todo el mundo es igual. A la primera señal de jaleo en la calle todo el mundo se para a contemplar el espectáculo.

Finalmente nos empezamos a mover. Alcanzo a ver cómo llevan al tío hacia un furgón de la policía, al otro lado de la calle. Está pataleando, gritando y llorando como un maldito bebé. Parece como si estuviera completamente ido. Por el jaleo que arma se diría que lo han atacado a él.

Sé que soy un jodido holgazán. Sé que lo debería intentar con más ímpetu, pero paso de todo. No soy un estúpido pero a veces me resulta muy difícil ponerme en marcha. Ahora mismo debería haber cruzado corriendo Millennium Square para llegar a la oficina, pero es demasiado esfuerzo a esta hora de la mañana. Voy andando y finalmente llego a las nueve y cuarto pasadas. Intento entrar a hurtadillas pero es inevitable que alguien me vea. Y tenía que ser precisamente Tina Murray, ¿no? La amargada, la negrera, la despiadada zorra de mi supervisora. Ahora está detrás de mí, mirando cómo trabajo. Ella cree que no sé que está ahí. Realmente no la soporto. De hecho no puedo pensar en nadie que me guste menos que Tina. No soy violento, no me gustan las peleas y la idea de golpear a una mujer me parece repugnante, pero hay momentos en los que le rompería alegremente la cara.

—Me debes quince minutos —me dice desdeñosa, con esa horrible voz quejumbrosa que tiene.

Me echo hacia atrás en la silla y lentamente me doy la vuelta para mirarla a la cara. Me fuerzo a sonreír aunque lo que me gustaría es escupirle. Está de pie, delante de mí, los brazos cruzados, mascando chicle y con el ceño fruncido.

—Buenos días, Tina —contesto, intentando mantener la calma y no darle la

satisfacción de que sepa hasta qué punto me pone de los nervios—, ¿cómo estás?

—Puedes recuperarlos durante la hora de comer o quedarte después de la hora de salida —dice con brusquedad—. Tú decides.

Sé que sólo voy a empeorar las cosas, pero no puedo evitarlo. Sólo tengo que mantener la boca cerrada y aceptar que he cometido un error, pero no puedo soportar la idea de que esta mujer despreciable se crea que está al mando. Sé que no estoy mejorando la situación, pero no me puedo parar. Tengo que decir algo.

—¿Y qué pasa con lo de ayer por la mañana? —le pregunto. Me fuerzo a mirarla de nuevo a su dura y ceñuda cara.

No está contenta. Cambia su peso de un pie al otro y masca el chicle con más fuerza y velocidad. Su mandíbula se desplaza en un frenético movimiento circular. Parece una vaca rumiando. Jodida novilla.

—¿Qué pasa con lo de ayer por la mañana? —escupe.

—Bueno —le explico, intentando no parecer condescendiente—, si recuerdas, ayer llegué veinte minutos antes y empecé a trabajar en cuanto llegué. Si te devuelvo tus quince minutos de hoy, ¿puedo reclamar mis veinte minutos de ayer? O, sencillamente, ¿quedamos en tablas y te regalo los cinco minutos restantes?

—No seas estúpido. Sabes que las cosas no funcionan así.

—Quizá deberían.

Maldita sea, ahora está realmente enfadada. Su cara se ha puesto roja y puedo ver cómo le laten las venas del cuello. Ha sido un comentario estúpido e innecesario, pero tengo razón, ¿o no? Tina me está mirando ahora fijamente, y su silencio hace que me sienta realmente incómodo. Debería haber mantenido la boca cerrada. Dejo que gane el cara a cara y me doy la vuelta para seguir con el ordenador.

—Recupéralo durante la hora de comer o quédate al final del día —dice volviendo la cabeza mientras se va—. Me da igual lo que hagas, pero asegúrate de recuperar el tiempo que debes.

Y se ha ido. La conversación ha terminado y no tengo ni la más mínima oportunidad de contestar o de decir la última palabra. Zorra.

Tina hace que se me pongan los pelos de punta. Me doy cuenta de que la estoy mirando a ella en lugar de a la pantalla del ordenador. Ahora ya ha vuelto a su escritorio y ha aparecido de repente el gerente de la oficina, Barry Penny. Su lenguaje corporal ha cambiado totalmente ahora que está hablando con alguien que está por encima de ella en la jerarquía del ayuntamiento. Sonríe y se ríe con sus patéticos chistes, y en general intenta ver lo lejos que puede llegar aupándose sobre sus hombros.

No puedo dejar de pensar en lo que acaba de ocurrir en la calle. Jesús, desearía tener el paraguas de aquel tío. Sé exactamente dónde lo clavaría.

A veces tener un trabajo tan aburrido y monótono es una ventaja. Esta mierda está muy por debajo de mi capacidad y no tengo que pensar en lo que estoy haciendo. Puedo realizar mi trabajo con el piloto automático puesto y el tiempo pasa con rapidez. Y esta mañana ha transcurrido así. Este trabajo no me da ninguna satisfacción, pero por lo menos las horas no pasan lentamente.

Ahora hace unos ocho meses que estoy aquí (parece que hubiera pasado más tiempo) y he trabajado para el ayuntamiento durante los últimos tres años y medio. En ese período he pasado por más departamentos que muchos funcionarios municipales a lo largo de toda su carrera. Siempre me han trasladado. He pasado por los departamentos de Control de Plagas, Recogida de Basuras y Mantenimiento de la Iluminación Pública antes de acabar aquí, en la oficina de Tramitación de Multas de Aparcamiento o TMA, como le gusta llamarla al ayuntamiento. Tienen la irritante costumbre de reducir siempre que pueden los nombres de los departamentos y de los puestos de trabajo a unas iniciales. Antes de que me trasladaran, me dijeron que la TMA era un basurero para los que no daban la talla y, en cuanto llegué, me di cuenta de que era verdad. En la mayor parte de los lugares en los que he trabajado me gustaba el trabajo pero no la gente, o al revés. Aquí tengo problemas con los dos. Este lugar es un caldo de cultivo de problemas. Aquí es a donde aquellos conductores que han sido tan desafortunados (o idiotas) para que les pongan el cepo, los filmen o el vigilante de la zona azul les haya dado la notificación de multa, vienen a gritar, a chillar y a discutir. Al principio les tenía simpatía y me creía sus historias. Ocho meses aquí me han cambiado. Ahora no me creo nada de lo que me dicen.

—¿Has visto al tío de esta mañana? —pregunta una voz desde detrás del ordenador, a mi izquierda.

Es Kieran Smyth. Me cae bien Kieran. Como la mayoría de nosotros aquí está desaprovechado. Tiene una buena cabeza y podría llegar lejos si lo intentase. Estudiaba Derecho en la universidad pero vino aquí a trabajar durante el último verano y nunca volvió a clase. Me dijo que se había acostumbrado a tener dinero y no podía pasar sin él. Se compra una cantidad increíble de cosas. Cada día parece volver de comer con bolsas de ropa, libros, películas y discos. Lo envidio porque yo tengo que esforzarme para reunir el suficiente dinero para comprar comida, sin poder pensar en nada más. Kieran se pasa la mayor parte del día hablando con su colega, Daryl Evans, que está sentado a mi derecha. Hablan a través de mí y por encima de mí, pero rara vez conmigo. Sin embargo no me importa. Sus conversaciones son mortalmente aburridas y lo único que tengo en común con ellos es que los tres trabajamos en la misma pequeña sección de la misma pequeña oficina. Lo que me molesta, si soy sincero, es que ninguno de los dos hace casi nada durante largos períodos de la jornada laboral. Quizá se deba a que se llevan bien con Tina y salen juntos a tomar copas. Joder, yo sólo tengo que toser para que ella se levante de su asiento y venga a ver qué estoy haciendo y por qué he parado de trabajar.

—¿Qué tío? —pregunta Daryl.

—En la calle, de camino al trabajo.

—¿Qué calle?

—Main Street, delante de Cartwrights.

—No he visto nada.

—Tienes que haberlo visto.

—No. No paso por Cartwrights. Esta mañana he venido por el otro camino.

—Pues deberías haber visto a ese tío —sigue explicando Kieran—. Se volvió

completamente loco.

—¿Qué dices?

—De verdad, colega, como una cabra. Pregunta a Bob Rawlings, de Archivos. Él lo vio. Calcula que prácticamente la ha matado.

—¿Matado a quién?

—No lo sé, sólo era una anciana. No se dijeron ni una palabra, él simplemente se abalanzó sobre ella sin ninguna razón en concreto. ¡He oído que la apuñaló con un maldito paraguas!

—Me estás tomando el pelo...

—En serio.

—¡No!

—Ve y pregúntale a Bob...

Normalmente no presto atención a estas conversaciones (la mayor parte del tiempo no tengo ni idea de lo que están hablando) pero hoy puedo añadir algo porque yo estaba allí. Resulta patético, lo sé, pero el hecho de que supiera más de lo que había pasado que Kieran o Daryl me hacía sentir importante y superior.

—Tiene razón —digo, levantando la mirada de la pantalla.

—Entonces, ¿lo presenciaste? —pregunta Kieran.

Me apoyo satisfecho en el respaldo de mi asiento.

—Ocurrió delante de mí. El tipo quizá habría ido a por mí si hubiera llegado unos segundos antes.

—Así pues, ¿qué ha ocurrido? —pregunta Daryl—. ¿Fue como Kieran lo cuenta?

Lanzo una rápida mirada a Tina, que tiene la cabeza enterrada en una pila de papeles. Se puede hablar con seguridad.

—Primero vi a la anciana —les explico—. Casi tropiezo con ella. Pasó volando delante de mí y fue a estrellarse contra el escaparate de Cartwrights. Pensé que se trataba de un grupo de chicos que intentaban robarle el bolso o algo por el estilo. No lo podía creer cuando vi al tipo. Parecía un hombre normal. Traje, corbata, gafas...

—Pero ¿por qué lo hizo? ¿Qué le había hecho ella?

—Ni idea. Maldita sea, no estaba de humor para preguntarle.

—¿Y sencillamente fue a por ella? —murmura Daryl, como si no se creyera ni una palabra de lo que yo acababa de decir. Asiento y los miro a uno y a otro.

—Nunca había visto nada igual —sigo—. Él corrió hacia ella y la apuñaló con un paraguas. Un paraguas grande. Directo a la barriga. Tenía sangre por todo el impermeable y...

Tina ha levantado la mirada. Bajo la mía y empiezo a teclear, intentando recordar qué estaba haciendo.

—Y, ¿qué más? —susurra Kieran.

—El muy idiota se revolvió contra la multitud. Empezó a golpear a la gente que había a su alrededor. Entonces apareció la policía —explico, mirando a la pantalla pero sin hacer nada—. Se lo llevaron a rastras y lo metieron en un furgón.

La conversación cesa de nuevo. Murray está en movimiento. Durante un

momento el único sonido que puedo oír es el de nuestros tres teclados mientras hacemos como que estamos trabajando. Después de recorrer con la mirada toda la sala y mirarme a mí en particular, abandona la oficina. Kieran y Daryl paran inmediatamente de teclear.

—Entonces, ¿no estaba bien? —pregunta Daryl tontamente.

—Por supuesto que no estaba bien —contesto—. Joder, a veces pareces idiota. ¿Crees que apuñalaría a una anciana con un paraguas si no estuviera mal?

—Pero ¿no dijo nada? ¿Gritaba, chillaba o...?

Me pregunto si vale la pena responder a esa pregunta formulada a medias.

—Ambas cosas —gruño.

—¿Estaba bebido, drogado o...?

—No lo sé —contesto y me empiezo a enfadar. Me paro y reflexiono durante un segundo antes de hablar. En mi cabeza aún veo la cara del hombre—. Parecía totalmente aterrorizado —les explico—. Parecía que fuera él el atacado.

Hay una chica que se sienta al otro lado de la oficina que se llama Jennifer Reynolds. No la conozco mucho. No la trato demasiado en el día a día. De hecho sólo he hablado con ella un puñado de veces desde que me trasladaron a la TMA. Hoy no ha venido y odio cuando no está. Cuando no está Jennifer Reynolds sus deberes se reparten entre todos nosotros, y la tarea que tengo que cubrir hoy es la peor de todas: Recepción. La dirección de la TMA no hace una difusión activa de su dirección postal, pero aparece en la correspondencia que enviamos y en el listín telefónico, y el público no tarda demasiado en descubrir dónde estamos. Tenemos un montón de visitantes, demasiados en mi opinión. Si alguien viene aquí es casi seguro que lo han multado o le han puesto el cepo. Probablemente ya han intentado que les quiten la multa o el cepo y cuando llegan a nosotros para discutir su caso en persona con frecuencia es la única opción que les queda. De manera que la mayoría de la gente que aparece por aquí está muy cabreada. Gritos, chillidos y comportamientos amenazadores no son inusuales. El primer lugar al que llegan esas personas es Recepción, y a la primera persona a la que gritan, chillan o amenazan es al pobre cabrón que está sentado tras el mostrador.

Así que aquí estoy, sentado y solo en el mostrador de Recepción, mirando fijamente a la estropeada puerta de entrada de cristal oscuro, esperando ansiosamente a los visitantes. Lo odio. Es como estar sentado en la sala de espera de un dentista. Constantemente estoy mirando el reloj que hay en la pared. Está colgado encima de una gran tablón de anuncios, cubierto con noticias y carteles del ayuntamiento que nadie lee y que no sirven para nada. Justo a la izquierda del tablón, también sin leer y sin utilidad, se encuentra una pequeña señal que advierte al público contra toda intimidación o ataque a los funcionarios municipales. Pero nada de eso hace que me sienta más seguro. También hay una alarma contra ataques personales bajo el escritorio, pero eso tampoco hace que me sienta más seguro.

Son las cuatro y treinta y ocho. Veintidós minutos y habré acabado mi jornada.

Estoy seguro que Tina disfruta enviándome aquí fuera. Siempre soy yo el que acaba sustituyendo a Jennifer. Estar en Recepción es una especie de tortura. No está permitido traer ningún tipo de papeles (por algo relacionado con la protección de datos confidenciales) y la falta de cualquier distracción provoca que el tiempo se arrastre con dolorosa lentitud. De todas formas, esta tarde únicamente he tenido que lidiar con dos llamadas telefónicas, que sólo eran llamadas personales para miembros de la oficina.

Las cuatro y treinta y nueve.

Venga reloj, acelera.

Las cuatro y cincuenta y cuatro.

Ya casi está. Ahora no dejo de mirar el reloj, deseando que las manecillas se muevan con rapidez para que pueda irme. Ya estoy imaginando la huida de la oficina. Sólo tengo que apagar el ordenador y recoger el abrigo del guardarropa para salir corriendo hacia la estación. Si puedo irme con la suficiente rapidez es posible que coja el primer tren y que pueda llegar a casa hacia las...

Maldición. Suena de nuevo el maldito teléfono. Odio cómo suena. Te araña los oídos como si fuera un despertador desafinado. Te atraviesa. Descuelgo y me encojo ante lo que me puede estar esperando al otro lado de la línea.

—Buenas tardes, TMA, habla Danny McCoyne —murmuro con rapidez. He aprendido a contestar al teléfono en voz baja y rápida, lo que dificulta que la persona que llama pueda entender tu nombre.

—Por favor, ¿puedo hablar con el señor Fitzpatrick, de Nóminas? —pregunta una voz femenina con un acento muy fuerte.

Gracias a Dios, no se trata de un ciudadano gritando a causa de una queja, sólo un número equivocado. Me relajo. Casi todos los días nos llegan algunas llamadas para Nóminas. Sus extensiones son parecidas a las nuestras. Estaría bien que alguien hiciera algo. En cualquier caso, es un alivio. Lo último que quiero es un problema a las cuatro cincuenta y cinco.

—Ha llamado al departamento equivocado —le explico—. Ha marcado el 2300 en lugar del 3200. Voy a intentar a pasar la llamada. Si se corta, marque 1000 y se pondrá en contacto con la centralita...

De repente me distraigo y mi voz se quiebra cuando la puerta de entrada se abre de par en par. Instintivamente me echo hacia atrás en la silla, intentando poner la mayor distancia posible con quien sea que va a irrumpir en el edificio. Finalizo la llamada telefónica y me permito relajarme un poco cuando veo entrar por la puerta las ruedas delanteras de un cochecito de niño. El cochecito se queda atrancado en la puerta y me levanto para ayudar. Una mujer bajita y calada hasta los huesos, vestida con un anorak amarillo y morado entra en Recepción. La acompañan el bebé del cochecito (que es imposible ver porque está cubierto por un grueso plástico impermeable) y dos niños más. La empapada familia se queda en el centro de Recepción y deja caer chorros de agua sobre el sucio suelo que imita el mármol. La mujer parece nerviosa y está preocupada por los niños. Habla con brusquedad con el más alto y le dice que «Mamá tiene que solucionar un problema con este señor y después iremos a casa a comer algo».

La mujer se quita el sombrero y veo que está a finales de la treintena o principios de la cuarentena. No es nada agraciada y sus grandes y redondas gafas, cubiertas de gotas de lluvia, se están empañando. Tiene la cara roja y gotas de lluvia le caen desde la punta de la nariz. No me mira a los ojos. Deja caer ruidosamente el bolso encima del mostrador y empieza a buscar algo en él. Para un momento para

retirar la cubierta impermeable (que también ha empezado a empañarse a causa de la condensación) y le echa un vistazo a su bebé, que parece que está durmiendo. Devuelve su atención al contenido del bolso y yo vuelvo al otro lado del mostrador.

—¿Le puedo ayudar en algo? —pregunto con cautela, cuando decido que ha llegado el momento.

Me mira por encima de las gafas. Esta mujer tiene carácter, lo noto. Hace que me sienta incómodo. Sé que me espera un mal rato.

—Espere un momento —dice con brusquedad, hablándome como si fuera uno de sus niños. Saca del bolso un paquete de pañuelos, coge uno y se lo da al niño que se está limpiando la nariz con la manga—. Suénate, —le ordena con dureza, plantándole el pañuelo en medio de la cara. El pequeño no protesta.

Miro el reloj. Las cuatro cincuenta y siete. No parece que esta tarde vaya a coger el primer tren para casa.

—He aparcado el coche en Leftbank Place durante cinco minutos mientras mi hijo mayor iba al lavabo —empieza a decir mientras vuelve a colocarlo todo en el bolso. Ni un segundo para sutilezas, directa a la queja—. En esos cinco minutos le han puesto el cepto al coche. Sé que no debería haber aparcado allí, pero sólo han sido cinco minutos y estaba allí porque era totalmente necesario. Quiero hablar con alguien que tenga autoridad para solucionarlo y quiero hacerlo ahora mismo. Quiero que quiten el cepto de mi coche para llevar mis hijos a casa.

Me aclaro la garganta y me dispongo a contestar. De repente mi boca se queda seca y mi lengua parece más grande de lo normal. Tenía que ser en Leftbank Place, no podía ser en otro sitio. Se trata de un área de terreno desaprovechado a sólo diez minutos andando desde la oficina. A veces parece que a todos los coches que les han puesto el cepto en la ciudad se lo han puesto en Leftbank Place. El equipo de vigilancia que cubre esa área es famoso. Alguien me dijo que les pagaban según su efectividad: a más coches con cepto a la semana, más paga. No sé si es verdad o no, pero ahora no me va a ser de gran ayuda. Sé que no tengo más alternativa que dar a esta mujer las respuestas que dicta el procedimiento. También sé que no le van a gustar.

—Señora —empiezo a responder, tenso porque preveo su reacción—, en Leftbank Place el aparcamiento está estrictamente prohibido. El ayuntamiento...

No me da la oportunidad de continuar.

—Yo le diré lo que opino del ayuntamiento —grita de repente con una voz muy desagradable—. Este maldito ayuntamiento debería perder menos tiempo poniendo ceptos a la gente y dedicando mucho más a asegurarse de que los lavabos públicos estén en perfectas condiciones. La única razón para parar en la maldita Leftbank Place ha sido que los servicios públicos en Millennium Square estaban destrozados. Mi hijo tiene problemas de vejiga. No tenía elección. Él no podía aguantar más.

—Debe haber otros servicios... —comienzo a decir, arrepintiéndome al instante de haber abierto la boca. Señor, cómo odio este trabajo. Desearía volver a ocuparme de la recogida de basuras, las plagas de ratas o incluso de las farolas rotas. Mi mayor problema es que parece como si esta mujer hubiera pasado un mal rato y que yo

habría hecho exactamente lo mismo que ella si hubiera sido mi hijo. Parece que tiene razón y nada me gustaría más que retirar el cepo, pero no tengo autoridad para hacerlo. Mis opciones son poco atractivas: seguir el procedimiento y que esta señora me vuelva a gritar, o que me grite Tina Murray si no sigo el manual. Con un poco de suerte me van a gritar las dos. Antes de que pueda reaccionar ante mi estúpido comentario, intento arreglarlo—: Comprendo lo que me dice, señora, pero...

—¿De verdad? —grita, esta vez lo suficientemente alto para despertar al bebé del cochecito, que empieza a gemir y a gimotear—. ¿De verdad lo entiende? Yo creo que no, porque si lo comprendiese ya estaría llamando a alguien para que retirase ese maldito cepo de mi coche, para que pueda llevar a mis hijos a casa. Tienen frío, tienen hambre y...

—Sólo necesito...

—No quiero excusas, quiero que se solucione ya. No me va a escuchar. Esto no tiene sentido. Ni siquiera me va a dar la oportunidad.

—Señora...

—Le sugiero que vaya a hablar con sus superiores y que encuentre a alguien que esté dispuesto a asumir la responsabilidad por esta chapuza y venga a solucionarla. Me vi forzada a estacionar en Leftbank Place por la ineficacia de este ayuntamiento. Tengo un hijo con un problema médico y necesitaba llevarlo urgentemente al baño. Si el ayuntamiento hiciera bien su trabajo y se hubiera asegurado de que los lavabos públicos estuvieran en perfectas condiciones, yo no habría tenido que aparcar allí, no me habrían puesto el cepo y no estaría aquí, de pie, hablando con alguien que evidentemente no puede o no quiere hacer nada para ayudarme. Necesito hablar con alguien que esté un poquito por encima del recepcionista en la cadena de mando, así que, ¿por qué no nos hace un favor a los dos y se va a encontrar a alguien que esté preparado para hacer algo antes de que mi hijo necesite ir de nuevo al baño?

Vaya aires que tiene la muy zorra. Estoy de pie, mirándola, y sintiendo cómo me voy enfadando cada vez más. Pero no hay nada que pueda hacer...

—¿Y bien? —dice con brusquedad.

—Deme un minuto, señora —baluceo. Me doy la vuelta, entro de estampida en la oficina y me topo con Tina, que viene en dirección contraria.

—¿Qué estás haciendo aquí, Danny? —pregunta con un tono de superioridad muy parecido al de la mujer—. Si tú estás aquí, ¿quién está atendiendo en Recepción?

Sabe muy bien que no hay nadie ahí fuera. Intento explicarle pero sé que es inútil.

—Tengo una señora en Recepción que...

—Deberías haber telefoneado si necesitas ayuda —me interrumpe—. Conoces las reglas, ya llevas aquí tiempo suficiente. Siempre tiene que haber alguien en el mostrador de Recepción y siempre tienes que llamar si hay un problema.

—Hay una mujer en el mostrador de Recepción —suspiro— y la ha tomado conmigo, así que, por favor, ¿te puedo explicar cuál es su problema?

Ella levanta la vista hacia el reloj. Maldita sea, son las cinco. Ahora seguramente

me retendrá aquí hasta las seis.

—Sé rápido —contesta con desdén y consigue que suene como si me estuviera haciendo un favor.

—A esa mujer le han puesto un cepo porque ha aparcado en Leftbank Place...

—¡Espera! No se puede aparcar en Leftbank Place. En todas partes hay unas malditas señales enormes diciendo que no se puede aparcar en Leftbank Place.

Esto no va a ser nada fácil.

—Yo lo sé, tú lo sabes y ella lo sabe. Ésa no es la cuestión.

—¿Qué quieres decir con que no es la cuestión?

Espero antes de volver a hablar. Sé que tengo por delante una batalla para convencer a Tina de que esa mujer tiene una queja aceptable. Por un momento considero la posibilidad de rendirme y de probar suerte de nuevo en Recepción.

—Me ha dicho que aparcó en Leftbank Place porque necesitaba llevar a su hijo al lavabo.

—¿Qué tipo de excusa es ésa?

—Necesitaba llevarlo al baño porque tiene un problema de salud y porque los servicios públicos en Millennium Square estaban destrozados.

—Eso no es problema nuestro...

—No, pero el argumento es que sí es problema del ayuntamiento. Pide que le quitemos el cepo. No se va a ir hasta que lo hagamos.

—No puede ir a ningún sitio. —Tina se ríe de su propia ocurrencia—. Le quitaremos el cepo cuando pague la multa.

No me sorprende su respuesta, sólo me decepciona. Quiero irme a casa. No quiero salir y que esa mujer me vuelva a gritar. Lo que más me molesta es que los dos sabemos que mientras más tiempo arme jaleo en Recepción, más posibilidades tiene de que le quitemos el cepo. No soporto toda esta mierda y todo este teatro. No va a servir de nada pero tengo que decir algo.

—Venga, Tina, dame un respiro. Sabes tan bien como yo que si grita durante el tiempo suficiente se lo quitaremos.

Me mira, masca el chicle y se encoge de hombros.

—Quizá sea así, pero primero tenemos que intentar cobrarle la multa. Conoces el procedimiento. Tenemos que...

Es inútil seguir escuchando toda esa basura. No me voy a molestar.

—Conozco el maldito procedimiento —suspiro mientras me vuelvo de espaldas y me arrastro de vuelta a Recepción. Me pregunto si debería seguir andando y pasar junto a la mujer y sus hijos, y sencillamente dejar atrás el edificio y mi empleo.

Abro la puerta y ella se vuelve con rapidez para mirarme. La expresión en su rostro es de pura maldad.

—¿Y bien?

Respiro hondo.

—He hablado con mi supervisora —empiezo a decir con desánimo, sabiendo lo que vendrá a continuación—. Podemos retirar el cepo, pero debemos insistir en el pago de la cantidad que se indica en las señales ubicadas en Leftbank Place. No

podemos...

Y se le ha acabado la paciencia. Vuelve a explotar, gritándome y chillándome. La fuerza, velocidad y ferocidad de su exabrupto es imponente. Se trata de un berrinche increíble (pero no inesperado) y yo no tengo defensa. No puedo replicar porque creo que su reclamación es justa. Si se callase un momento yo podría... oh, pero ¿para qué? No sé por qué me preocupo. Mientras más me grita menos escucho. Ya no sigo lo que me está diciendo. Sus palabras se han convertido en una fuente constante de ruido. Estoy esperando a que se tome un respiro.

—Señora —la interrumpo con rapidez cuando se calla para respirar. Levanto la mano delante de mí para dejarle claro que ahora es mi turno para hablar—. Voy a buscar a mi supervisora.

Me voy, ignorando sus comentarios en voz baja sobre «hablar con el organillero y no con el mono». Hace mucho que ya no me preocupa. Cuando llego a la puerta de la oficina, Tina la está abriendo desde el otro lado y me empuja a un lado. Se detiene el tiempo justo para lanzarme unas pocas palabras envenenadas.

—Muy bien llevado —gruñe sarcástica—. Eres un maldito inútil. La he oído gritar desde mi mesa. ¿Cómo se llama?

—No lo sé —admito, encogiéndome ante el hecho de que no he sido capaz de conseguir ni siquiera el detalle más básico.

—Maldito inútil —replica de nuevo antes de colocar una sonrisa falsa en su horrible rostro y avanzar hacia la empapada mujer y sus hijos—. Mi nombre es Tina Murray —se presenta—, ¿en qué puedo ayudarla?

Me apoyo en la puerta de la oficina y contemplo la previsible charada que se empieza a desarrollar. Tina escucha atentamente la queja, le señala a la mujer que realmente no debería haber aparcado en Leftbank Place, entonces hace una llamada para «ver qué puede hacer». Diez minutos después, el cepo ha sido retirado. Tina ha quedado de maravilla y yo como un idiota. Sabía que eso es lo que iba a ocurrir.

Las cinco treinta y dos.

Corro a la estación y llego al andén a tiempo de ver cómo se va el tren.

Una pequeña ventaja de salir de la oficina tarde es que, por una vez, me puedo sentar en el tren que me lleva a casa. Normalmente va lleno y tengo que ir de pie en el paso entre vagones, rodeado de otros viajeros igualmente fastidiados. Esta tarde necesitaba espacio para relajarme y calmarme. Mientras esperaba en el andén decidí que pasaría el viaje a casa pensando en qué quiero hacer con mi vida y qué voy a hacer para que eso ocurra. He tenido con anterioridad similares e inútiles conversaciones conmigo mismo de vuelta a casa, como mínimo una o dos veces por semana. Hoy estaba demasiado cansado para concentrarme. Frente a mí iban sentadas dos chicas y su conversación sobre ropa, culebrones y quién había hecho qué con el novio de quién era mucho más interesante que cualquier cosa que yo pudiera ir pensando.

Febrero. Odio esta época del año. Es fría, húmeda y deprimente. Está oscuro cuando dejo mi casa por la mañana y está oscuro cuando vuelvo por la tarde. Mañana a esta hora, me recuerdo a mí mismo, estaré de fin de semana. Dos días sin trabajar. No puedo esperar.

Subo la cuesta arrastrándome, giro en la esquina para entrar en Calder Grove y finalmente puedo ver nuestro hogar al final de la calle. No es mucho pero es todo lo que tenemos por el momento y por ahora tiene que bastar. Estamos en la lista de espera del ayuntamiento para conseguir un piso más grande, pero pasarán años antes de que nos mudemos. Ahora que Lizzie vuelve a trabajar quizá podamos ahorrar de nuevo, de manera que podamos dar la entrada para una casa en propiedad y salir de este bloque de apartamentos. Planeamos mudarnos hace un par de años, pero se quedó embarazada de Josh y todo lo que teníamos sirvió para seguir adelante. Quiero a mis hijos pero no planeamos el embarazo de ninguno de ellos. Nos estábamos empezando recuperar de la llegada de Edward y Ellis cuando tuvimos a Josh, y ya era lo bastante difícil poner comida en la mesa como para pensar en meter dinero en el banco. Pedimos todas las ayudas a las que tenemos derecho y Harry, el padre de Lizzie, nos echa una mano una y otra vez, pero es una lucha constante. No debería haber sido así. Sin embargo, recibimos más ayuda del padre de Liz que de mi familia. Mi madre está en España con su nuevo novio, mi hermano en Australia y nadie sabe nada de mi padre desde hace tres años. Sólo tenemos noticias de ellos por el cumpleaños de los niños y por navidades.

Hay un grupo de chicos bajo una farola rota en el pasaje entre dos casas que hay a mi derecha. Los veo allí casi todas las noches, fumando, bebiendo y conduciendo coches destrozados por el barrio. No me gustan. Significan problemas. Bajo la cabeza

y camino un poco más deprisa. Me preocupa que mis hijos crezcan aquí. Calder Grove no está tan mal, pero algunas partes del barrio son duras y las cosas van a peor. El ayuntamiento está intentando vaciar los bloques de pisos como el nuestro para derribarlos y construir casas nuevas. Hay seis viviendas en nuestro bloque — dos en cada piso — y sólo el nuestro y otro más están ahora ocupados. Intentamos no relacionarnos con los de arriba. No me fío de ellos. Gary y Chris, creo que se llaman. Dos hombres de mediana edad que viven juntos en el último piso. No parece que les falte el dinero, pero tampoco que ninguno de los dos salga a la calle o vaya a trabajar. Y hay un flujo constante de visitas que llaman a su puerta a todas horas del día y de la noche. Estoy seguro que venden algo allí arriba, pero no creo que me gustara saber lo que es.

Finalmente llego a la puerta del edificio y entro en el bloque. La puerta se atranca y se abre con un sonoro y penetrante chirrido que probablemente llega hasta el otro extremo de la calle. He intentado durante meses que el ayuntamiento envíe a alguien a arreglarlo, pero no quieren saber nada, aunque yo trabaje para ellos. Dentro del edificio, el vestíbulo es oscuro y frío, y el eco devuelve el sonido de mis pasos. Los niños odian esta entrada y los comprendo. Les da miedo. A mí tampoco me gusta pasar mucho tiempo aquí. Abro la puerta del piso, entro y la vuelvo a cerrar a cal y canto. En casa. Gracias a Dios. Me quito el abrigo y los zapatos, y, en apenas medio segundo, me relajo.

—¿Dónde has estado? —pregunta Lizzie con el ceño fruncido. Sale de la habitación de Edward y Josh, y cruza el pasillo en diagonal, hacia la cocina. En sus brazos lleva una pila muy alta de ropa sucia.

—Trabajo —contesto. La respuesta es tan obvia que me pregunto si no es una pregunta con trampa—. ¿Por qué?

—Deberías haber llegado hace siglos.

—Lo siento, me han retrasado. No me pude librar de una mujer que la había tomado conmigo. Perdí el tren.

—Podrías haber llamado.

—Se me ha acabado el saldo en el móvil y no llevaba dinero encima para recargarlo. Lo siento, Liz, no pensé que fuera tan tarde.

No contesta. Ahora ni siquiera la puedo ver. El hecho de que se haya callado es una pésima señal. Algo va mal y sé que cualquier problema que haya podido tener hoy queda a partir de ahora en segundo plano. Todas mis inquietudes quedarán empequeñecidas al lado de lo que la preocupa. Esto ocurre casi cada día y está empezando a cargarme. Sé que Lizzie trabaja duro y que los niños le atacan los nervios, pero debería pensar que es afortunada. Me gustaría que intentase lidiar con un poco de la mierda que tengo que tragar cada día. Respiro hondo y la sigo a la cocina.

—Tu cena está en el horno —gruñe.

—Gracias —susurro mientras abro la puerta del horno y tengo que dar un paso atrás ante la súbita bocanada de aire caliente que sale de él. Cojo un paño de cocina y lo utilizo para coger por el borde un plato con empanada, patatas fritas y guisantes

secos y recocidos—. ¿Estás bien?

—En realidad no —contesta con una voz apenas audible. Está de rodillas, metiendo la ropa en la lavadora.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

Muerdo una patata quemada y rápidamente baño el resto de la cena con una salsa para quitarle un poco el sabor a carbón. No me quiero arriesgar a que Lizzie piense que no me gusta. Odio estos juegos. Resulta obvio que algo va mal, entonces ¿por qué no me dice sencillamente qué ocurre? ¿Por qué tenemos que pasar por esta estúpida rutina cada vez que algo le preocupa? Decido intentarlo de nuevo.

—Ya veo que algo va mal.

—Muy perceptivo por tu parte —murmura—. No tiene importancia.

—Evidentemente sí la tiene.

—Mira —suspira, conecta la lavadora, se pone de pie y estira la espalda—, si realmente quieres saber lo que ocurre, ¿por qué no se lo preguntas a los niños? Quizás ellos te explicarán por qué yo...

En ese preciso instante dos de ellos entran en la cocina, peleándose por ser el primero. Edward clava su codo en las costillas de su hermana pequeña. Ellis lo empuja hacia atrás para tener el camino libre y después se golpea contra la mesa, derramando el café de Liz.

—Papá, ¿se lo dirás? —escupe Ed apuntándola con un dedo acusador.

—¿Decirle qué? —le pregunto, distraído por la pila de facturas que acabo de ver sobre la mesa.

—Dile que me deje de seguir a todas partes —chilla—. Se está burlando de mí.

—¿Por qué no os dejáis en paz? Id a jugar cada uno a su habitación.

—Quiero ver la tele —protesta Ed.

—Yo la estaba mirando primero —se queja Ellis.

—Ella se irá muy pronto a la cama —suspiro, intentando razonar con Edward—. Deja que la mire un rato y cuando se vaya a la cama puedes cambiar de canal.

—Pero mi programa empieza ahora —lloriquea, sin ninguna consideración—. No es justo, siempre te pones de su lado. ¿Por qué siempre te pones de su lado?

Ya es suficiente.

—Entonces apaguemos la televisión —le digo a los dos. Ambos empiezan a gritarme, pero el ruido de mil demonios que arman queda ahogado por Lizzie, que les grita que desaparezcan de su vista a un volumen ensordecedor. Ed empuja a su hermana mientras salen. Ellis lo golpea en la espalda cuando pasa a su lado.

—Qué bien los has manejado —murmura Liz, sarcástica.

—Son unos cabroncetes —murmuro.

—Por eso ya tengo bastante —replica con brusquedad—. He tenido que soportar constantemente sus tonterías desde que han salido de la escuela y ya no lo aguanto más. ¿De acuerdo?

Sale de estampida de la cocina. No me preocupo en seguirla. Es inútil. No hay nada que pueda hacer o decir para mejorar la situación, de manera que tomo la

decisión fácil y no hago ni digo nada.

VIERNES

II

—Me estaba mirando a mí.

—¡Piérdete! Me estaba mirando a mí. ¡Tú no le interesas!

Josie Stone y su mejor amiga, Shona Robertson, iban bajando por Sparrow Hill y cruzaban el parque cogidas del brazo, riendo mientras hablaban sobre Darren Francis, un chico dos cursos por delante de ellas con el que se habían cruzado delante de la casa de Shona.

—En cualquier caso —bromeó Josie—, todo el mundo sabe que Kevin Braithwaite está loco por tus huesos. Liga con Kevin y déjanos solos a Darren y a mí.

—¿Kevin Braithwaite?! —exclamó Shona—. Ni muerta dejaría que me vieran con él. Es más tu tipo.

—¡Calla!

Las dos amigas tropezaron y resbalaron por la amplia extensión de hierba. Riendo y cogidas del brazo intentaron mantener el equilibrio. Su velocidad se incrementó cuando siguieron bajando por la cuesta y llegaron al final de la bajada. Josie resbaló cuando corrían por en medio de un embarrado campo de fútbol. Shona la agarró instintivamente y consiguió levantarla antes de que cayese al suelo.

—¡Cuidado! —rió mientras se esforzaba por mantenerse en pie como un mal patinador.

Josie y Shona eran como hermanas. Se habían conocido en la escuela hacía tres años y, siendo ambas hijas únicas, muy pronto se habían vuelto inseparables. Pasaban la mayor parte de su tiempo libre juntas y a menudo dormían en casa de una o de la otra. El último verano Josie incluso había pasado dos semanas en España con Shona y su familia. Nada se podía interponer entre las dos, ni siquiera los chicos.

—He oído que Dayne rondó la casa de Phillipa anoche —dijo Shona, recordando de repente un chismorreo vital que había oído en el camino desde la escuela a casa—. Esa Phillipa es una golfa.

Josie dejó de andar.

Shona siguió adelante durante unos segundos, sin darse cuenta.

—Danni dijo que la vio con sus manos bajo...

Cuando se dio cuenta de que estaba sola se paró, se dio la vuelta y miró a su amiga.

—¿Qué pasa contigo? —preguntó. Josie no contestó—. Vamos, tía pedorra, las demás se habrán ido si no corremos.

Josie seguía sin moverse. Estaba allí, de pie, y miraba fijamente a Shona. Ésta, al no comprender la actitud de su amiga, se dio la vuelta y siguió andando hacia las tiendas y el grupo de chicas de la escuela con las que habían quedado.

De repente Josie echó a correr. Corrió directamente hacia Shona y la golpeó entre los

omoplatos, haciendo que perdiera el equilibrio y cayera en la húmeda hierba. Shona intentó levantarse pero, antes de que pudiera hacerlo, Josie le dio una patada en el estómago. Shona rodó sobre su espalda y gimoteó de dolor.

— ¿Qué demonios estás haciendo, hija de puta?

Josie no contestó. En su lugar se dejó caer de rodillas sobre el pecho desprotegido de Shona, haciendo que saliese hasta la última bocanada de aire de sus pulmones. Sorprendida y con los ojos muy abierto se quedó mirando la cara de Josie.

— ¿Por qué lo has...? —empezó a decir. Josie no estaba escuchando. Cerca había una piedra medio enterrada entre la hierba y el barro. Los dedos de Josie se cerraron alrededor de sus bordes para sacarla del suelo. Jadeando por el esfuerzo levantó la pesada piedra, del tamaño de un ladrillo, y la alzó por encima de su cabeza.

— Josie, no... —suplicó Shona.

Agarrándola con las dos manos, Josie golpeó el pecho de su amiga con la piedra. Shona sintió cómo sus costillas se rompían y astillaban bajo la fuerza del impacto que no había podido impedir. Demasiado dolorida para gritar, Shona profirió un gruñido de agonía y contempló indefensa cómo Josie volvía a levantar la piedra y la golpeaba por segunda vez. La golpeó con una fuerza tan salvaje que una costilla rota le atravesó un pulmón. Su respiración se volvió errática y rasposa, después desesperadamente superficial y forzada. Su destrozada caja torácica empezó a agitarse con sacudidas y movimientos convulsivos mientras su cuerpo luchaba por seguir en funcionamiento.

Josie se inclinó sobre su moribunda amiga y la miró fijamente a la cara. Su rostro estaba blanco como el de un fantasma, manchado con salpicaduras de barro y gotas de sangre, que ahora salía a borbotones por las comisuras de su boca. Sus oscuros y aterrorizados ojos empezaron a volverse vidriosos y perdieron fijeza. Shona se dio cuenta de que Josie volvía a levantar la piedra. Pero nada más.

Sabía que su amiga estaba muerta, pero Josie debía estar segura. Dejó caer la piedra en su cara, rompiéndole el pómulo derecho y casi desencajándole la mandíbula. Exhausta por el esfuerzo se apartó del cuerpo y se quedó sentada sobre la húmeda hierba.

Josie se quedó mirando las crecientes sombras negras de la ciudad que se extendía a sus pies. Ahora no podía volver ahí. Tampoco podía ir a casa. No sabía adónde iba a ir o qué iba a hacer. Quizá simplemente se podía quedar en el parque y esperar que nadie viniese a mirar. Eso o debía aprovechar la situación y echar a correr.

No había tenido elección. Tenía que matar a Shona. No sentía culpa ni remordimientos por lo que había hecho, sólo alivio.

4

Hemos salido. Nos hemos podido escapar. Por primera vez en meses Lizzie y yo hemos podido salir de casa juntos sin ningún niño a remolque. No recuerdo la última vez que salimos juntos. El hecho de que estemos apretujados en una sala de conciertos pequeña, oscura y calurosa, junto con seis o setecientas personas más, no tiene importancia. El concierto no ha empezado todavía pero la música de ambiente está a un volumen ensordecedor y la iluminación prácticamente no existe. Casi no podemos hablar el uno con el otro.

—¿No te sientes raro? —me grita Liz. Se tiene que poner de puntillas para gritarme al oído.

—¿Por qué lo dices? —le pregunto a gritos.

—Por los niños. No me acostumbro. No dejo de mirar alrededor para ver si está alguno de ellos.

—Intenta disfrutar —le respondo—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que salimos solos por última vez?

—Meses —chilla, intentado hacerse oír por encima del ruido. La conversación se acaba pronto. El esfuerzo de gritarnos el uno al otro ya ha conseguido que me duela la garganta y el concierto ni siquiera ha empezado. Miro el escenario mientras los técnicos y otros miembros del equipo comprueban las luces, el sonido y los instrumentos. ¿Cuánto tiempo van a necesitar para que esté todo listo? Parece como si hubieran estado preparando las cosas durante siglos, ya no debe faltar mucho. Algunos van dejando toallas y bebidas por el escenario, y colocan marcas con cinta adhesiva en el suelo.

Jesús, ¿qué ha sido eso? Algo me ha golpeado en un costado y estoy en el suelo antes de darme cuenta de qué ha pasado. Intento levantarme con rapidez, con el corazón golpeándome el pecho. Liz me coge por un brazo y me pone de pie. No quiero ningún problema esta noche. No me gustan las discusiones. Realmente no quiero problemas.

—Perdona, tío —me grita un fan sobreexcitado y medio borracho. Lleva dos copas medio vacías en las manos y por el brillo y su mirada desenfocada se ve que va cargado de drogas o de bebida, o de ambas. Estamos cerca de la mesa de control, y por la moqueta del suelo corre una protuberancia, los cables. Parece que este idiota ha tropezado con ella y ha salido volando. Murmura algo parecido a unas disculpas y se interna en la multitud.

—¿Estás bien? —pregunta Liz, limpiando las salpicaduras de bebida que me

han manchado la camisa.

—Perfectamente —contesto de inmediato. Mi corazón sigue latiendo a diez veces su velocidad normal. Aliviado, acerco a Lizzie a mí y la abrazo. Tenerla cerca hace que me sienta seguro. No suele pasar que podamos estar tan cerca. Hay que pagar un precio por tener tres niños demasiado rápido en un piso tan pequeño. Es curioso que podamos estar en una sala de conciertos, con un millar de extraños, y que haya menos posibilidades de que nos interrumpan que en casa, con sólo tres niños.

Lizzie se gira y se vuelve a poner de puntillas para decirme algo.

—¿Crees que papá estará bien? —pregunta.

—¿Por qué no iba a estarlo? —le contesto a gritos.

—Me preocupa que piense que nos estamos aprovechando de él. Ya cuida a Josh casi todos los días y esta noche se ha ofrecido para estar con los tres. Es mucho trabajo. Se hace mayor y creo que empieza a estar harto.

—Lo está. Me lo ha dicho antes de salir.

—¿Qué te ha dicho?

—¿Cuánto le debo contar? Harry y yo no nos tragamos pero, por Lizzie, intentamos llevar una relación civilizada. Esta noche no estaba nada contento pero sé que no querría que Lizzie se preocupase.

—No demasiado —contesto, encogiéndome de hombros—, sólo ha gruñido algo sobre que él ve más a los niños que yo. Un chiste malo sobre que Josh lo llama «papá» a él y no a mí.

—Quería tomarte el pelo. No le hagas caso.

—Siempre está intentando tomarme el pelo.

—Es la edad.

—Eso es una mala excusa.

—No le hagas caso —repito.

—No me importa —grito en respuesta, mintiendo e intentando respetar sus sentimientos. La verdad es que Harry está tocándome las narices en serio y me parece que vamos a acabar a puñetazos.

—¿Qué le has dicho?

—Sólo le he explicado lo agradecidos que estamos por lo que hace por nosotros y le he recordado que hace por lo menos cuatro meses desde la última vez que tú y yo salimos solos.

—Sólo está intentando que reacciones... —empieza a decir. Para de hablar y se gira con rapidez cuando las escasas luces se amortiguan de repente. La muchedumbre ruge cuando los miembros de la banda caminan en sombras y salen al escenario. Tras unos segundos de espera empieza la música y olvido a Harry y todo lo demás.

Ésta es la cuarta vez que voy a un concierto de The Men They Couldn't Hang¹. Hace un par de años desde la última vez que los vi y es estupendo volverlos a ver. Había esperado esta noche desde que compré las entradas hace un par de meses. Nunca tengo suficiente del subidón de adrenalina que me da oír buena música tocada en directo y a todo volumen. Volver a escuchar estas canciones hace que me olvide del día a día, de todas las cosas con las que habitualmente pierdo el tiempo preocupándome. Mantengo a Lizzie muy cerca de mí. Mientras siga sonando la música no tengo nada que hacer, excepto escuchar, relajarme y disfrutar.

Seis o siete canciones ya —no estoy seguro del número— y la sala cobra vida. Está a rebosar y la atmósfera es electrizante. Swill toca las notas iniciales de uno de mis temas favoritos y lo reconozco al instante, mucho antes que el resto de la multitud. Siento que se me eriza el vello de la nuca y abrazo aún más a Lizzie. Ella sabe cuánto me gusta la canción.

Ahora han cogido realmente el tono y es como si siempre hubieran estado aquí. Escuchar de nuevo esta música me trae muchos recuerdos. Me acuerdo de la primera vez que oí esta canción en la radio, justo cuando acababa de sacarme el carnet de conducir. Me había comprado mi primer coche. Era un viejo cacharro que me costó más de asegurar que de comprar y yo y unos colegas habíamos ido a...

Swill ha dejado de tocar.

Qué raro. Estaba rasgando la guitarra y cantando, pero ha dejado de hacerlo. El resto de la banda ha seguido sin él. Parece como si hubiera olvidado dónde está y qué se supone que debería estar haciendo. Ha soltado la guitarra, que ahora cuelga de la correa alrededor de su cuello, balanceándose de lado a lado. Este tío se ha pasado los últimos cuarenta minutos tocando y cantando como si le fuera la vida en ello, pero ahora está ahí parado, totalmente quieto en el centro del escenario, la cabeza inclinada hacia abajo y mirando fijamente el micrófono delante de él. ¿Ha olvidado la letra? Maldita sea, hace siglos que está haciendo esto. No puede ser miedo escénico ni nada por el estilo. ¿Hay algún problema técnico? ¿Quizás está enfermo? El resto de los músicos continúa durante unos cuantos compases más. Una a uno el resto de la banda se da cuenta de que algo va mal. El guitarra solista ha parado y está mirando a Swill, intentando imaginar qué demonios está pasando. McGuire, el bajista, llega a un titubeante final para dejar que el batería dé unos vacíos y solitarios golpes más antes de parar también. Ahora Lizzie, yo, el resto de la banda y todo el público estamos mirando a la figura de Swill, que se balancea lenta, extrañamente, iluminado por los focos.

A la multitud no le gusta. Durante unos segundos se ha producido un silencio incómodo, pero ahora el público ha empezado a ponerse en contra. La gente está gritando insultos y se está empezando a oír lentas palmadas. No tengo ni idea de lo que ocurre. Pero me pone nervioso. Me gustaría que pasase algo...

Creo que está a punto de irse. Swill da unos pasos hacia atrás y se para. Ahora ha cogido su guitarra y la ha levantado por encima de la cabeza, de manera que ya

¹ Los hombres a los que no pudieron colgar. (*N. del T.*)

no cuelga de su cuello. De nuevo se ha quedado quieto, mirando alrededor del escenario, indiferente a los silbidos y los gritos de los centenares de personas que lo están mirando y gritándole que siga adelante y que vuelva a tocar. Cush empieza a acercarse a él. Swill se mueve. De repente cobra vida e inesperadamente se gira hacia su izquierda. Agarrando la guitarra por el mástil, la vuelve a levantar por encima de su cabeza, como si fuera un arma. Se acerca a Simmonds, el guitarra solista, y lo golpea con el instrumento en toda la cabeza. Simmonds ha intentado levantar la mano para frenar el golpe pero el ataque ha sido tan rápido e inesperado que no ha podido defenderse. El impacto lo ha lanzado hacia atrás, contra la batería. Pero ése no es el final. Swill está sobre él y lo golpea una y otra vez con la guitarra. Maldita sea, lo está golpeando con tanta fuerza que el instrumento ha empezado a astillarse y romperse. No lo entiendo. ¿Quizás han tenido una discusión antes de subir al escenario o algo por el estilo? Este tipo siempre ha hecho bandera de que es un pacifista. ¡Míralo ahora! ¿Qué demonios ha hecho Simmonds para merecerse esto? Ahora McGuire está intentando separarlos...

La multitud está inquieta. Hemos visto, incrédulos, lo que estaba pasando y ahora la gente ha empezado a reaccionar. Muchos de la primera fila están intentando abrirse paso hacia el exterior, unos pocos están jaleando la violencia e intentan acercarse coreando «Swill, Swill...», azuzándolo. Pero la mayoría, como nosotros, sigue mirando al escenario. Casi no puedo creer lo que estoy viendo. Swill está otra vez en el centro del escenario, blandiendo el pie de un micrófono. Simmonds está tendido de espaldas en lo que queda de la batería y no se mueve. McGuire se mueve por el escenario a cuatro patas, intentado llegar a él. Dos técnicos se abalanzan sobre Swill. Uno de ellos recibe un golpe del pie de micro en todo el pecho, el otro se agacha y se abraza a la cintura del músico, intentando tirarlo al suelo. No lo consigue. Swill le da patadas y puñetazos pero al final intenta escabullirse. Tropieza con los monitores y desaparece en el oscuro hueco que hay entre el escenario y las barreras de seguridad. Hay un acople que suena como un grito.

Lo he perdido.

Ya no lo puedo ver.

De repente aparece de nuevo. Se abre paso por las barreras de seguridad y corre hacia la multitud. Su camiseta, con el logo de MAG, está destrozada y cuelga de su cuello como si fuera un trapo. El público reacciona con una extraña mezcla de miedo y adulación. Algunos se alejan, otros corren hacia él.

—Vámonos —me grita Lizzie.

—¿Qué?

—Quiero irme —repite—. Ahora mismo, Danny, por favor. Quiero irme.

Muchas personas intentan ahora alejarse del escenario. Se encienden las luces generales y todo el mundo parece correr más rápido ahora que pueden ver adónde van. Nos empujan y arrastran hacia las salidas personas aturdidas y asustadas que se cruzan en todas direcciones, intentando alejarse del jaleo antes de que vaya a peor. En medio de la sala hay una pelea, un disturbio en toda regla. No puedo ver lo que le ha pasado a Swill pero un montón de fans cabreados, colocados o a los que

sencillamente les gusta una buena pelea se han lanzado en medio del caos con los puños en alto.

Ya se ha formado un embudo, la mayor parte de la multitud intenta quitarse de en medio. Agarro la mano de Lizzie y la empujo hacia la salida más cercana. Estamos rodeados de gente y sólo podemos avanzar arrastrando los pies. Una masa de enormes guardias de seguridad, con la cabeza rapada, intenta abrirse paso hacia el interior de la sala a través de una puerta que hay a nuestra izquierda. No estoy seguro de si están aquí para parar la pelea o para unirse a ella. No me voy a quedar para descubrirlo.

Atravesamos la doble puerta, bajamos por una corta y empinada escalera de piedra y finalmente salimos a la calle. Está lloviendo a cántaros y hay gente corriendo en todas direcciones.

No tengo ni idea de lo que acaba de ocurrir ahí dentro.

—¿Estás bien? —pregunto a Lizzie. Asiente con la cabeza. Parece aturdida y asustada.

—Estoy bien —responde—. Sólo quiero irme a casa.

Le aprieto la mano con más fuerza y la arrastro a través de la desconcertada multitud. Algunas personas siguen delante de la sala pero la mayoría parece que se va. Estoy de lo más cabreado pero intento no demostrarlo. Éste es el ejemplo típico de cómo me van las cosas últimamente. ¿Por qué tiene que ser todo tan difícil? Sólo quería relajarme, desconectar y disfrutar por una vez, pero ¿qué ha pasado? Uno de mis héroes musicales de toda la vida pierde toda su credibilidad y jode mi primera salida con Liz en meses. Qué jodidamente típico. Maldito engreído.

Nos metemos en una calle lateral y volvemos corriendo al coche.

SÁBADO

Las seis y media y el despertador me saca del sueño con su habitual quejido estridente. Alargo el brazo y lo voy moviendo en la oscuridad para pararlo. Tengo que pensar durante un minuto para recordar qué día es. ¿Tengo que levantarme? Estoy seguro de que es sábado y de que me he olvidado de desconectar la alarma. Me quedo quieto durante un segundo e intento acordarme del día de ayer y la pasada noche. Otro aburrido día en la oficina, con Tina Murray llevándome a una de las salas de reuniones y machacándome a causa de mi actitud. Recuerdo el concierto y la pelea, y que salimos corriendo de la sala. Joder, ¿qué pasó exactamente anoche? Ahora ya no importa. Lo importante es que es sábado y no me tengo que levantar para ir al trabajo.

Me giro hacia el otro lado y paso un brazo alrededor de Lizzie. Ayer la vi como hace tiempo que no la veía: feliz. Nos fue muy bien a ambos salir y pasar un rato juntos. Lástima que acabara como acabó. Cuando volvimos al piso tuve que llevar a Harry a casa. Después abrimos un par de latas de cerveza y nos sentamos delante de la tele a ver una tonta película de acción, que adormeció nuestros cerebros.

Me arrimo un poco más a Liz y espero a que reaccione. Cuando no responde me acerco un poco más y me aprieto contra ella. Últimamente casi no tenemos intimidad. Hace mucho tiempo que desaparecieron los días en los que éramos libres y podíamos lanzarnos a la cama en cuanto sentíamos el cosquilleo. Ahora siempre hay algo que hacer antes o a alguien a quien cuidar. Tener niños lo ha cambiado todo. Ojalá hubiera podido pedir prestados durante un rato los de alguien antes de tener los nuestros. No era consciente de cómo podían los niños destrozar tu vida anterior, sencilla y sin complicaciones.

Puedo sentir la piel de Lizzie a través de la tela del pijama. La siento hermosamente suave y cálida. Si no fuera tan temprano aprovecharía la oportunidad e intentaría deslizar mi mano dentro de su blusa. A veces, si soy lo suficientemente cuidadoso y delicado, un movimiento como ése puede ser el inicio de algo. Sin embargo, en este momento del día ella está más dispuesta a darme un codazo que a acariciarme. Pero aún recuerdo hace un par de semanas, cuando estábamos los dos en la cocina. Ella se refregó contra mí mientras yo estaba lavando los platos en el fregadero. Paré y me di la vuelta y ella se me quedó mirando como hace a veces. La besé y no pude contenerme. La agarré con las manos mojadas y la empujé contra la mesa. Ella se quitó la camiseta y...

—Quiero el desayuno, papi. —Ellis ha salido de no sé dónde y está al lado de la cama. Joder, me ha dado un susto de muerte. No tenía ni idea de que estaba ahí. Mi

media erección acaba rápidamente en nada.

—Es demasiado temprano —susurro—. Vuelve a la cama.

—Tengo hambre, papi —contesta sin inmutarse.

—Dentro de un ratito.

—Tengo hambre ahora. No puedo esperar.

—Más tarde.

—Ahora —exige con más insistencia, en un tono que no habría esperado nunca de una niña de cuatro años y medio. No se va a ir. Tengo que intentar un camino diferente.

—¿Por qué no te metes un rato en la cama con mami y conmigo, corazoncito? —sugiero esperanzado, abandonado ya cualquier pensamiento sexual—. Me levantaré y te haré el desayuno en unos minutos. —Una hora con Ellis en la cama parece mucho mejor opción que levantarse ahora. Espero un poco de resistencia pero, para mi sorpresa, acepta. Se sube a la cama, pasa por encima de mi cabeza y se acomoda entre Lizzie y yo. Coño, tiene los pies helados. Lizzie murmura enfadada algo ininteligible cuando la toca.

Treinta segundos de silencio y empieza de nuevo.

—Por favor, quiero tostadas, papi —dice. Tengo que reconocer que puede ser irritante, pero al menos es educada.

—En un minuto —bostezo. Me vuelvo de lado, me tapo con el edredón y encojo el cuerpo para evitar el contacto con sus pies helados—. Deja que sigamos en la cama un poquito más.

Ella está de acuerdo pero no deja de hablar. Y hablar. Y sigue hablando. Cierro los ojos con fuerza y me cubro la cabeza con el edredón.

Al menos consigo permanecer veinte minutos más con Ellis en la cama antes de reconocer mi derrota y levantarme. Ahora estoy en la cocina, esperando a que el agua de la tetera hierva. Ambos estamos vestidos y Ellis ya tiene su desayuno, pero sigue hablando sin parar sobre nada en particular. Lizzie sigue en la cama. Ella puede seguir durmiendo pase lo que pase. Ya me gustaría poder hacer lo mismo.

Hace un frío terrible. Es imposible calentar este piso. Creo que es tan frío porque el resto del edificio está prácticamente vacío. Nosotros estamos en el lado izquierdo de la planta baja y todo el calor que genera nuestro anticuado sistema de calefacción simplemente sube y se pierde en los pisos vacíos que hay por encima del nuestro. Incluso he pensado en mudarnos a un piso de arriba para ver si hay alguna diferencia.

Cojo mi bebida y un cuenco de cereales, y me siento delante de la tele. No dan nada que valga la pena; sólo unos dibujos animados infames, programas de cocina y de temas domésticos, y espectáculos infantiles gritones que son un insulto a la inteligencia de los niños. Acabo en las noticias pero esta mañana incluso los titulares son aburridos (un estallido de violencia en la capital, un escándalo sexual en el que están implicado un político y su sobrino, más advertencias sobre el cambio climático

y la muerte de un famoso). Esperaré a los deportes. Normalmente los dan justo antes de la hora en punto.

Joder, ahora ya se han levantado todos los niños. ¿Por qué se tienen que levantar tan temprano? En los días que tienen que ir a la escuela hay que sacarlos de la cama. Sólo llevan levantados un par de minutos y ya oigo que Ed y Josh se están peleando. Cierro los ojos y espero a que se ensañen conmigo. Sólo es cuestión de tiempo.

—Quiero ver el Canal 22 —dice Ed entrando en estampida. ¿Es que toda su vida gira alrededor de la tele?

—Yo estoy viendo esto —contesto con rapidez, enfadado porque me han molestado.

—¿Con los ojos cerrados? —pregunta desdeñoso, con un tono tan irritante que hace que me den ganas de abofetearlo.

—Sí, con los ojos cerrados —contesto en el mismo tono—. Estoy esperando para ver una cosa.

—Pero es que yo necesito ver el Canal 22, papá —lloriquea.

—Míralo en tu habitación —le sugiero con sensatez. Las últimas navidades le compramos a Ed una tele y casi no utiliza el maldito aparato.

—Allí no puedo sintonizar el Canal 22.

—Lo siento, hijo, pero estoy viendo esto. Puedes volver cuando haya acabado.

—Eso no es justo —me grita—, nunca puedo ver mis programas.

Y una mierda. Pero si se pasa la mayor parte del tiempo frente a la caja tonta. ¿Cuántas veces lo hago yo? Ésta es mi tele y puedo ver lo que quiera, cuando quiera. No sé por qué pero me encuentro justificándome por ver cinco minutos de tele ante mi hijo de ocho años.

—Siempre estás viendo la tele. Es lo único que haces.

—No lo es. No es justo, nunca me dejas ver lo que quiero.

Empieza a sonar la sintonía de la información deportiva. Abro los ojos. Ed está justo delante de la tele.

—Mira, esto sólo dura cinco minutos. Deja que lo vea y después puedes cambiar el canal.

—Ahora es mi turno —salta Ellis. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba aquí. Ésta es la segunda vez que me lo hace en lo que va de día.

—No es tu turno —grita Ed—. Me toca a mí.

—Pero tú tienes tu propia tele. Yo no la tengo. Eso no es justo, ¿verdad, papi?

—Sí que es justo porque yo he preguntado primero.

—Yo le pregunté a mami anoche. Me dijo que esta mañana podría ver lo que quisiera. Me dijo que...

—¡Queréis callaros los dos! —grito con la suficiente fuerza para que me oigan hasta en el último piso. Desesperado, dejo caer la cabeza entre las manos. A través de las ranuras entre mis dedos puedo ver la pantalla de la tele. La presentadora de deportes ya está en pantalla pero yo no puedo oír ni una maldita palabra de lo que está diciendo.

—Díselo, papá —ladra Ed de nuevo, no es capaz de dejarlo correr—. Dile que luego yo voy a ver mi programa.

—No, no podrás. Mami dijo que yo podría...

—No me importa. Papá ha dicho que...

—¡Callaos! —corto—. Queréis cerrar los dos la boca.

—Empezó ella —lloriquea Ed.

—No, empezó él —contesta Ellis también con lágrimas en los ojos, y así continúan...

Ya está. Se ha acabado la información deportiva. Vaya maldita pérdida de tiempo. Menos de cinco minutos, eso es todo lo que quería. ¿Era pedir demasiado? Me levanto, apago la televisión y por un brevísimo instante el piso se queda completamente en silencio.

—Si yo no la puedo ver, no la verá nadie —les digo a los dos.

Durante otro segundo me miran fijamente en un sorprendido silencio. Entonces vuelven a empezar.

—Eso no es justo —chilla Ed con la cara roja de ira—. No puedes hacer eso.

—Acabo de hacerlo y ahora cállate.

De repente hay más ruido porque los dos empiezan a protestar al mismo tiempo. Gritan lo suficientemente alto para que Josh entre balanceándose y empiece también a gritar. Los ignoro a todos. Paso a su lado y me voy rápidamente al baño. Me siento en el sanitario. El pestillo de la puerta está roto y tengo que apoyar el pie contra ella para mantenerla cerrada y dejar a los niños fuera.

—Papá, ¿se lo dirás? —grita Ed desde el otro lado de la puerta del baño. Joder, ¿es que no hay escapatoria? ¿Qué tengo que hacer para tener un poco de calma y tranquilidad?—. Papá, Josh está jugando con el mando a distancia.

Me veo incapaz de darle una respuesta. Él sabe que estoy aquí pero no consigo hablarle. Apoyo el pie con un poco más de fuerza contra la puerta cuando Ed intenta abrirla y entrar.

—Papá... papá, sé que estás ahí.

Dejo que mi cabeza caiga hacia atrás y miro al techo. Por el rabillo del ojo puedo ver la ventana. Es bastante pequeña pero estamos en la planta baja y calculo que me podría deslizar por ella si lo intentase.

Joder, ¿en qué estoy pensando?

¿Estoy valorando realmente la posibilidad de huir de mi propia casa a través de la ventana del baño? Maldita sea, la vida tiene que ser algo más que esto.

III

Chris Spencer había estado pavimentando la entrada de Beechwood Avenue durante casi un día y medio y el trabajo no estaba ni mucho menos acabado. Era una chapucilla para Jackie, la amiga de una amiga de su novia. Había empezado ayer por la mañana y ahora, sábado al mediodía, había colocado las dos terceras partes del pavimento. Era un trabajo duro, físico, y hoy estaba solo porque su hermano lo había dejado tirado, que era el que lo ayudaba en este tipo de trabajos. El día era frío pero también seco. Había estado lloviendo a primera hora y se había estado preguntando si renunciar a su habitual sueñecito del sábado por la mañana valía el fajo de billetes que esperaba meterse en el bolsillo.

La carretilla estaba otra vez vacía. Cansado y hambriento, se levantó y se sacudió la arena de las rodillas, dispuesto a cargar más baldosas. Un par de horas más de curro, pensó, y estaría todo terminado, excepto las piezas de piedra que bordeaban el pavimento. Empujó la carretilla hacia la caja medio vacía que se encontraba sobre el parterre que daba a la calle. Había calculado bien las baldosas que harían falta. Sonrió para sí mismo. Le había pedido a Jackie dos cajas y media de baldosas pero parecía que sólo iba a necesitar dos. Cargaría el resto de las baldosas en la parte trasera de la furgoneta y las utilizaría en el próximo trabajo. No era demasiado ahorro, pero todo ayudaba. Todo era beneficio.

Tenía la carretilla a medio cargar cuando la moto se paró a su lado. Era una máquina grande y potente, con un tubo de escape muy ancho y un motor increíblemente ruidoso. Había oído cómo se aproximaba desde el pie de la colina. Debía de ser el hijo de Jackie. Ella había dicho algo sobre que iba a venir a verla esa tarde. Alzó la mirada e hizo un gesto de saludo con la cabeza al motorista mientras éste aparcaba la máquina y la dejaba apoyada en su pie. La figura cubierta de cuero levantó el visor y se quitó el casco.

—¿Qué tal, tío, cómo va todo? —preguntó—. Me ha dicho mi madre que está quedando muy bien.

—Está casi terminado —contestó Spencer, cargando las últimas baldosas en la carretilla y enderezándose. Estiró la espalda y miró al otro hombre—. Un par de horas y estará acabado. Sólo me falta colocar estas baldosas y rematar el contorno. Creo que es...

Dejó de hablar y se quedó mirando la cara del hijo de Jackie.

—¿Qué pasa?

Spencer no podía responder. No podía hablar. Lo había asaltado una repentina e indescriptible sensación de pánico y miedo. El corazón le golpeaba en el pecho. Retrocedió un par de pasos hacia la casa y tropezó con el borde de las baldosas que ya había colocado. Se cayó de espaldas. El otro hombre caminó hacia él y extendió la mano para ayudarlo a levantarse.

—¿Estás bien, tío? ¿Quieres que te traiga un vaso de agua o algo?

Spencer reculó. Se puso en pie, cogiendo un pesado martillo al levantarse. Se lanzó sobre

el hijo de Jackie y aferró su cuello con la mano izquierda. Desequilibrados, los dos hombres cayeron al suelo, el hijo de Jackie de espaldas, con Spencer encima de él, inmovilizándolo.

Spencer levantó el martillo, de más de un kilo, y golpeó en medio de la cara al otro hombre, hundiéndole la frente y el puente de la nariz, matándolo casi al instante. Levantó de nuevo el martillo, cubierto de restos humanos, e hizo añicos lo que quedaba de su cara otras cinco veces, dejándole la cabeza prácticamente cóncava, como un balón de fútbol desinflado.

Spencer se levantó y sin aliento se quedó sobre el cuerpo antes de que lo desequilibrasen de nuevo. Jackie, gimiendo como un alma en pena, llegó corriendo desde la entrada de la casa y lo alejó a empujones del cuerpo de su hijo. Chilló y se dejó caer cuando vio el agujero en su cabeza y la masa de huesos astillados y carne machacada donde solía estar su cara. Levantó la mirada hacia Spencer pero todo lo que vio fue el borde ensangrentado del martillo que caía sobre ella.

—Vamos a llegar tarde —refunfuña Lizzie. Lo sé, pero no puedo hacer nada para remediarlo. Si ella me hubiera dicho antes que se suponía que debíamos llevar a Edward a la fiesta de cumpleaños de un amigo, habría sido mejor. Media hora para tener a los niños listos y en marcha no es suficiente. Una parte de mí desearía que no se hubiera acordado durante otra hora más. Quiero que Ed se lo pase bien y se divierta, por supuesto, pero no tengo ganas de pasar las próximas dos horas sentado en un parque infantil, adecuado para niños pero inadecuado para adultos, por más que estuviera adosado a un pub. No es así como había planeado pasar el sábado por la tarde.

—Llegaremos cuando lleguemos —le digo—. Ponernos nerviosos no nos va a ayudar en nada.

—No me estoy poniendo nerviosa —me corta, demostrando que lo está—. Es que no me gusta llegar tarde, eso es todo.

—No llegaremos tarde. Aún tenemos unos cuantos minutos. El pub está a la vuelta de la esquina.

—Lo sé, pero mira el tráfico.

—Probablemente ha habido un accidente o algo por el estilo —le digo, alzándome en mi asiento y estirando el cuello para intentar ver un poco más adelante—. Creo que pasa algo en la cima de la colina. Una vez hayamos pasado, el tráfico mejorará.

Oigo un puñetazo sordo y un gáñido atrás. Vuelvo la cabeza y veo a los niños, apretujados, hombro con hombro, en el asiento de atrás. Odian casi tanto estar dentro del coche como yo. Es demasiado pequeño para que quepamos todos, pero ¿qué puedo hacer? No puedo permitirme cambiarlo, por ahora tendré que seguir con él. Todos tendremos que hacerlo. Lizzie los mira y se acerca a mí.

—Vamos a tener que darles de comer —susurra, manteniendo la voz baja para que no nos oigan.

—Ed comerá en la fiesta, ¿no?

—Sí, pero...

—A los otros dos les compraremos una bolsa de patatas fritas o algo así —digo rápidamente antes de que tenga cualquier idea. Creo que sé adónde quiere ir a parar.

—Necesitan algo más que eso —replica—. Vamos a estar fuera durante un par de horas. ¿Por qué no comemos fuera?

—Porque no nos lo podemos permitir.

—Venga ya, Danny, sí que podemos. De todos modos vamos a ir al lado del

pub.

—No nos lo podemos permitir —repito. ¿Cómo se lo puedo dejar más claro?—. Mira, dejamos a Ed y volvemos a casa a comer. Yo volveré a buscarlo después de la fiesta.

—¿Vale la pena todo ese lío y la gasolina extra? Quedémonos, comamos y podemos...

—No nos lo podemos permitir —contesto por tercera vez cuando llegamos a la cima de la colina y pasamos al lado de lo que sea que ha ralentizado el tráfico. Miro por el retrovisor y veo que los niños tienen las caras apretadas contra la ventanilla, intentando ver lo que pasa—. No miréis —les grito. Sin embargo no puedo evitar mirar. Parece como si la policía hubiera cortado la entrada a una de las calles que salen de Maple Street.

—Veinte pavos —continúa Lizzie. Maldita sea, no se va a dar por vencida—. ¿Me estás diciendo que no tienes veinte pavos para alimentar a tu familia?

—Sí —contesto, intentando con todas mis fuerzas no enfadarme—, eso es exactamente lo que te estoy diciendo. —Estoy decidido a que hoy no me saque nada, por mucho que lo intente—. No tengo veinte pavos y si los tuviera, ¿por qué tengo que gastarlos en una comida cuando tenemos la nevera llena? En casa podemos comer el doble por la mitad de precio.

—¿Cuándo fue la última vez que comimos fuera?

—¿Cuándo fue la última vez que tuve suficiente dinero para llevaros a comer?

—Venga, Danny...

No voy a contestar. Voy a mantener la boca cerrada y me voy a concentrar en conducir. Ella me hace esto con frecuencia. Es como un perro con un hueso. No lo va a dejar. Va a seguir fastidiando y presionando hasta que yo ceda para que se calle.

Hoy no.

Cedí. Estoy decepcionado conmigo mismo pero era inevitable. Ella no iba a parar. Insistió durante todo el camino. Supuse que podía transigir y soportar el golpe para mi cartera o podía mantenerme firme y arriesgarme a todo un fin de semana de morros sin que ella me dirigiese la palabra. Cuando entré en el pub y olí la comida y miré el menú, mi resistencia se vino abajo. Realmente patético.

Llevamos casi media hora esperando nuestra comida y estoy empezando a pensar que se han olvidado de nosotros. Estamos en un rincón apartado de la zona de comedor y el lugar empieza a llenarse. Es sábado al mediodía, ya me esperaba que estuviera concurrido, pero no tanto. La gran barra en forma de herradura está rodeada por una muchedumbre de cuerpos. Algunos están bebiendo mucho. Lo debería haber previsto. Esta tarde hay partido de fútbol. Un derbi local entre dos equipos al final de la clasificación y las dos partes se juegan mucho. El campo en el que se jugará el partido está a sólo unos quince minutos andando desde aquí. La mayor parte de la gente que se amontona en el local parecen aficionados disfrutando de su habitual sesión de alcohol antes del partido. Me apuesto algo a que el lugar se

quedará vacío cuando empiece el partido, pero para entonces ya nos habremos ido hace tiempo. Los aficionados de ambas partes parece que se toleran los unos a los otros, pero el ruido es ensordecedor y me siento incómodo. Quizá estoy nervioso después de lo que ocurrió en el concierto de anoche. Me preocupa que pueda haber jaleo. Lizzie está pensando lo mismo, lo puedo ver en su cara. Sigue mirando una y otra vez a la multitud, y frunciendo el ceño. Se ha dado cuenta de que la estoy mirando y su expresión ha cambiado de repente.

—¿Estás bien? —me pregunta, intentado que su tono suene relajado y feliz, pero no me convence.

—Estupendamente —gruño—. Aún no ha llegado la comida y no puedo ni oír mis pensamientos.

Ellis estira el brazo desde el otro lado de la mesa y me tira de la manga.

—No hagas eso —le digo con brusquedad.

—¿Cuándo vendrá la comida?

—Cuando esté lista.

—¿Cuándo será eso?

—No lo sé.

—Ten paciencia —le dice Liz—. En cuanto la hayan preparado nos la traerán.

—La quiero ahora —se reafirma, sin ningún interés en excusas o explicaciones—. Tengo hambre.

—Todos tenemos hambre, amor. En cuanto esté lista nos la traerán y...

—La quiero ahora —repite.

—¿Has oído lo que acaba de decir mamá? —le contesto en un susurro, con mi paciencia al límite—. Cállate y espera. Tu comida llegará cuando...

Dejo de hablar. Cristales rotos. Una súbita oleada de ruido surge de la muchedumbre que rodea la barra. Miro fijamente la masa de vaqueros descoloridos y camisetas de fútbol, buscando el problema. No puedo ver nada. Siento un gran alivio cuando oigo unas risas y chistes por encima del ruido.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Lizzie.

—Nada —le contesto—. No puedo ver nada...

Un aficionado muy borracho, empapado de cerveza, pasa tambaleándose al lado de nuestra mesa de camino al lavabo. Un camarero con escoba y recogedor se cruza con él. Parece que sólo ha sido una bebida derramada, nada más.

Finalmente llega nuestra comida. Mi boca se hace agua y mi estómago empieza a rugir pero aún no puedo empezar a comer. Otra de las alegrías de la paternidad. Josh está sentado a mi lado y ahora tengo que pasar por la rutina de cortarle la comida y bañarla en salsa de tomate antes de empezar a comer yo. Liz y Ellis llevan bien adelantados sus platos cuando finalmente consigo coger mi tenedor y mi cuchillo.

—¿Está bueno? —me pregunta antes de que pueda acabar mi primer bocado. Joder, dame un segundo para probarlo.

—Bien —le contesto—. ¿Y el tuyo?

Asiente con la cabeza y mastica.

Durante uno o dos fugaces minutos la mesa está en silencio. En el pub sigue habiendo mucho ruido, pero con todo el mundo momentáneamente distraído con la comida nuestra conversación afortunadamente se interrumpe. No dura mucho.

—Mañana quiero ir a ver a papá —dice Lizzie—. ¿Te parece bien?

Asiento con la cabeza mientras como. No estoy sorprendido. Acabamos en casa de Harry casi todos los domingos por la tarde. Ahora lo vemos prácticamente cada día desde que aceptó cuidar a Josh para que Liz pudiera trabajar. Ella es ayudante de aula en la escuela a la que van Ed y Ellis. Harry no está contento pero lo hace porque sabe lo mucho que necesitamos el dinero.

—De acuerdo —contesto, tragando finalmente mi bocado—, iremos por la tarde.

—Últimamente se ha portado muy bien con nosotros —prosigue—. No quiero que piense que nos estamos aprovechando de él.

—¿Como hace tu hermana?

—Deja a Dawn tranquila. Ha estado luchando desde que Mark se fue.

—La mejor jugada que podía haber hecho el muchacho —replico, quizá siendo injusto—. Ella también luchaba cuando estaban juntos. Seguirá luchando pase lo que pase.

—Venga, no seas desagradable. No es fácil para ella estar sola con los niños. No sé cómo lo consigue.

—Tú lo has conseguido. Tú has encontrado una forma de hacerlo, los dos lo hemos hecho. El problema es que tu hermana busca continuamente la opción más fácil. Lo que necesita es alguien al...

Un repentino, inesperado y estridente ruido metálico me interrumpe. Es Josh. Ha dejado caer el tenedor al suelo. Me inclino a recogerlo y lo limpio en una servilleta de papel antes de devolvérselo.

—Lo que necesita —continúa Lizzie, prosiguiendo donde yo lo había dejado— es un poco de espacio y más tiempo para asumir lo que ocurrió y lo que él hizo. Ella no se merecía nada de eso. No puedes hacerle eso a alguien y esperar que...

—Yo no he dicho que se merezca nada, sólo pienso que...

Otro repiqueteo metálico en las baldosas del suelo. Recojo por segunda vez el tenedor de Josh, lo limpio y se lo devuelvo. Me sonrío burlón.

—Lo único que digo es que...

Josh deja caer de nuevo el tenedor. Ahora he empezado a perder realmente la paciencia. Lo recojo, lo limpio y lo estampo contra la mesa junto a su plato. Se ríe a carcajadas. Irritante cabroncete.

—Hazlo de nuevo y nos vamos a casa —lo amenazo.

—No le hagas caso —dice Lizzie, mientras sigue comiendo. Yo casi no he tocado mi plato—. Sólo lo hace porque ha visto que reaccionas. Cuanto más lo hagas tú, más lo hará él.

Sé que tiene razón y es difícil mantener la calma. Intento concentrarme en mi plato pero noto que Josh me está mirando, desesperado porque le devuelva la mirada. Me encojo cuando el tenedor golpea de nuevo el suelo. Sé que no debo pero

no puedo evitar mi reacción. Recojo el tenedor del suelo y lo pongo delante de él, fuera de su alcance.

—Mi tenedor... —suplica.

—Danny... —me advierte Lizzie.

—¿Quieres irte a casa? —susurro con los dientes apretados—. ¿O quieres terminar antes tu plato? Si lo vuelves a hacer nos vamos.

—Papi te comprará un helado si te acabas el almuerzo —dice Liz.

—No pienso hacerlo —replico con rapidez—. Maldita sea, ya he gastado suficiente. No me puedo permitir...

Otra interrupción por parte de la multitud de aficionados al fútbol. Me gustaría que se callasen, bastardos egoístas. Más ruido. Es un ruido extraño. Hay nervios. No suena nada bien. Nadie ríe. Me doy la vuelta a tiempo para ver que, de entre la muchedumbre, sale un hombre rechoncho, calvo y cubierto de tatuajes. Atraviesa en volandas el local llevado por otro aficionado que parece tener el doble de su altura pero la mitad de su peso. Ambos se han precipitado sobre una mesa en la que estaba comiendo otra familia. La gente se ha levantado de las sillas y se dispersa en todas direcciones.

—¿Qué están haciendo? —pregunta inocentemente Ellis—. ¿Están jugando o peleando?

Los dos hombres se han puesto en pie de nuevo y rezo para que no se acerquen. El hombre más delgado agarra al tatuado por la chaqueta y lo está volteando. El otro intenta agarrarse a algo para mantener el equilibrio pero el delgado no le da la oportunidad. Lo deja ir, corre hacia él y lo golpea en el pecho, lanzándolo tambaleante hacia atrás. Otro golpe lanza tan lejos al hombre tatuado que esta vez acaba de espaldas sobre una mesa no demasiado alejada de donde estamos sentados. Platos medio vacíos, cubiertos y vasos salen volando. Agarro a Josh y me giro para ver que Lizzie ha hecho lo mismo con Ellis. El ruido de objetos cayendo y rompiéndose se difumina y es reemplazado por un silencio incómodo. Todo el mundo está mirando la pelea pero ha sido tan repentina y tan violenta que nadie se atreve a intervenir. Todo el mundo sabe que deberían hacer algo pero nadie se mueve.

—No, tío... —el hombre tendido de espaldas grita—. Por favor no...

El hombre delgado mira a su alrededor. Manteniendo a su víctima tendida en el suelo con una mano, busca entre los restos que hay en la mesa y coge algo. Sólo al levantarlo por encima de la cabeza veo que se trata de un cuchillo. Los siguientes segundos parecen durar una eternidad. No quiero mirar pero no puedo apartar los ojos. Baja con fuerza el cuchillo hacia el pecho del hombre tatuado y lo hunde en la carne. Pero eso no es suficiente. Con el puño cubierto de sangre extrae la hoja y lo apuñala una vez y otra y otra...

Jodida mierda.

Joder, tenemos que salir de aquí. Nos tenemos que mover. Ese tío está fuera de sí. ¿Qué ocurrirá si se vuelve contra todos los demás? El centenar de personas apretujadas en este pub abarrotado han empezado a sentir pánico y se dirigen a las

salidas, alejándose corriendo de los dos hombres que están en el centro de la sala. El hombre delgado sigue destrozando el pecho del otro con la afilada y aserrada hoja. Los brazos y las piernas del hombre tatuado se mueven con espasmos. Pese a la distancia, puedo ver que la mesa y ambos hombres están cubiertos de sangre.

Arranco a Josh de la silla y empujo a Lizzie hacia la puerta más cercana. Intento con todas mis fuerzas conservar la calma pero estoy aterrorizado. Venga, muévete de una jodida vez... Hay una multitud de bebedores que intentan salir a la vez a través de una puerta estrecha y, por segunda vez en menos de un día, estoy atrapado al final de una multitud que intenta alejarse del jaleo. Sujeto fuertemente a Josh contra mi pecho y miro de reojo para ver dónde está el lunático con el cuchillo. Si ha terminado con el hombre en la mesa quién sabe quién será el siguiente. No quiero ser su próxima víctima. Sólo quiero...

—¡Danny! —oigo que grita Liz. Levanto de nuevo la mirada. La multitud la está empujando delante de mí y ahora hay un par de metros entre nosotros. Ella casi ha salido por la puerta. Está mirando hacia atrás y gritándome algo. No puedo entenderlo.

—¿Qué?

—¡Ed —grita—, coge a Ed!

Virgen santa. No hay tiempo para pensar. Agarro a Josh con más fuerza y vuelvo corriendo hacia el parque infantil. La gente que hay allí no puede haber oído lo que ha ocurrido. Empujo la puerta de dos hojas y miro alrededor en busca de Ed, y no lo puedo ver. La luz es más suave y hay niños y padres por todas partes.

—¡Edward! —grito por encima de la ensordecedora música de la fiesta. La gente se vuelve y me mira como si me hubiese vuelto loco—. ¡Ed!

—¡Papi! —oigo que me grita en respuesta. Está junto a una de las estructuras, al otro extremo de la sala, con un amigo. Corro hacia él.

—Recoge tus zapatos y el abrigo —le digo—, tenemos que irnos.

—Pero papá... —empieza a protestar.

—Recoge tus zapatos y el abrigo —le repito.

—¿Qué ocurre? —pregunta alguien. Me doy la vuelta y veo que es Wendy Parish, la madre de uno de los amigos de Ed.

—Hay problemas en el pub —le explico, mirando ansiosamente cómo desaparece Ed para buscar sus cosas—. Si fuera tú, saldría de aquí. Todo el mundo debería salir de aquí.

Veo que los camareros del pub están hablando con los empleados del parque y que quieren dar un aviso por megafonía para desalojar el edificio. Ed está de vuelta con el abrigo puesto. Se sienta y empieza a ponerse los zapatos.

—Vamos, hijo —chillo por encima del ruido—. Hazlo fuera.

Confundido, se levanta de un salto y se coge a mí. Corremos hacia la salida, rodeando mesas y sillas repentinamente esparcidas por todo el local. Salimos al aparcamiento y veo que Liz y Ellis están junto al coche. Corro hacia ellas. Ed va cojeando a mi lado, con un zapato puesto y el otro en la mano. Puedo oír sirenas aproximándose.

—¿Estás bien? —pregunta Liz.

—Estamos bien —le contesto, rebuscando las llaves en mis bolsillos. Abro la puerta y entre los dos les ponemos el cinturón a los niños. Le hago un gesto para que suba y lo hace. Termino de ajustar el cinturón de Josh en su sillita, me monto y cierro el seguro de las puertas.

—¿Debemos esperar a la policía? —pregunta Liz, cuya voz es poco más que un susurro.

—Gilipolleces —contesto mientras arranco el motor y salgo marcha atrás de la plaza de aparcamiento. Los coches ya están haciendo cola para salir a la calle—. Nadie se está parando —añado cuando nos unimos al final de la cola—. Salgamos de aquí.

Son las nueve y media, y he estado intentando salir del dormitorio de Ellis desde hace una hora. Obviamente la pobre niña está impresionada por lo que ha visto. No estoy sorprendido, a mí también me ha dejado aterrado. Externamente no parece demasiado trastornada pero no deja de hablar de lo ocurrido. Nunca sabes cómo puede afectar una cosa así a un niño. He estado sentado en un extremo de su cama contestando su flujo ininterrumpido de preguntas desde que me llamó a gritos. Lo he hecho lo mejor que he podido, pero mi paciencia empieza a agotarse. Ella intenta exprimir la conversación al máximo para retenerme aquí todo el tiempo que pueda.

—Entonces, ¿por qué se estaban peleando, papi? —pregunta (otra vez).

—Ellis —suspiro—, ya te he dicho cientos de veces que no lo sé.

—¿Ahora ya han parado?

—Estoy seguro de que sí. La policía los habrá parado.

—¿De verdad?

—Sí, eso es lo que hace la policía.

—¿Alguno de los hombres salió herido?

—Sí.

—¿Estará ahora en el hospital?

—Sí —contesto. No le digo que probablemente esté en el depósito de cadáveres.

De repente no hay más preguntas. Está cansada. Sus ojos empiezan a cerrarse. Se va a dormir pero está intentando luchar contra el sueño. Tengo que esperar hasta que esté seguro que se ha dormido, pero estoy desesperado por salir de aquí, ahora. Me deslizo por el borde de la cama, me levanto con cuidado y empiezo a moverme hacia la puerta. Ella se revuelve y me mira, y yo me quedo helado.

—¿Qué pasa con mis patatas fritas? —murmura, la voz lenta y adormilada.

—¿Qué pasa con ellas? —le pregunto mientras me alejo.

—No me las acabé.

—Ninguno de nosotros se acabó la comida. Mami y papi tampoco se la acabaron.

—¿Seguirán allí?

—¿Quién seguirá allí?

—Mis patatas.

—Lo dudo.

—¿Se las ha comido alguien?

—No, ahora ya deben estar frías. Alguien las habrá tirado.

—¿Podemos volver mañana para verlo?

—No.

—¿Por qué no? Quiero acabar mis patatas. —Ellis —la interrumpo—. Por favor, cállate y ponte a dormir.

Finalmente he llegado a la puerta. Apago la luz y espero su reacción. No hace nada. Ahora la única luz en la habitación procede del pasillo. Aún puedo ver cómo se mueve en la cama, pero sé que estará dormida en unos minutos.

—Buenos noches, papi —bosteza.

—Buenas noches, corazón.

Estoy a punto de salir cuando vuelve a hablar.

—¿Está muerto, papi?

¿Qué contestar a eso? ¿Le cuento la verdad o le miento para evitar más preguntas y tranquilizar a mi pequeña? Soy un cobarde. Respondo con evasivas.

—No lo sé —murmuro con rapidez—. Buenas noches.

Espero un poco más para asegurarme de que está dormida.

Finalmente, libre pero exhausto, me arrastro por el pasillo hacia la sala de estar. A medio camino del fin de semana y me siento como si no hubiera tenido ni la más mínima oportunidad para relajarme. Esta noche hay una película que Liz y yo queríamos ver. Después del último par de días nos hará bien sentarnos juntos y relajarnos un rato.

Miro en la sala de estar y veo que Lizzie está dormida. Está tendida a lo largo del sofá y ronca. Estoy decepcionado pero no sorprendido. Me pongo algo de beber y de comer antes de buscar un sitio para sentarme y ver la tele. Las otras sillas tienen encima pilas de juguetes de los niños y ropa limpia a la espera de que la guardemos. No me atrevo a mover nada. Me siento en el suelo, apoyado en el sofá.

Ahora no puedo encontrar el mando a distancia. Revuelvo la mayor parte de la colada y husmeo entre los juguetes, pero no encuentro el maldito trasto por ninguna parte. Me apuesto algo a que uno de los niños lo ha escondido. Josh tiene la costumbre de tirar cosas a la basura. Miro en el cubo de la basura y después debajo de todas las sillas y el sofá. Estoy a punto de rendirme cuando finalmente veo que una punta del mando asoma por debajo de Lizzie. Se ha quedado dormida encima de él. Lo saco de debajo de su cuerpo. Ella gruñe y se da la vuelta para ponerse de espaldas pero no se despierta.

Justo a tiempo. Sin perder ni un segundo, finalmente lo consigo. Cambio el canal y me siento a disfrutar de la película. Parece como si ya hubiera comenzado. En realidad parece que ya lleva un buen rato. Compruebo la programación. La maldita peli ha empezado hace tres cuartos de hora.

Las noches de los sábados están empezando a deprimirme. Ya hace un tiempo que han empezado a parecerme vacías y, si soy honesto, patéticas. Aún somos jóvenes y deberíamos salir a disfrutar, pero no lo hacemos. Siempre empiezo el fin de semana con la mejor de las intenciones, pero nada parece salir como lo planeo. La

vida familiar se interpone. No tengo amigos íntimos con los que salir ni dinero ahorrado, los niños nos irritan y nos agotan, y Lizzie y yo siempre estamos cansados. Las más de las veces me quedo aquí solo, sentado delante de la tele, mirando tonterías sin sentido. Ya es casi medianoche y he estado horas aquí solo. Liz se levantó y se fue a la cama hace siglos.

La película que me he perdido era la única cosa digna de verse esta noche. Es una locura, cuantos más canales de televisión tenemos, menos programas hay que valgan la pena. He estado aquí sentado, con el mando a distancia en la mano, cambiando constantemente de canal, y todo lo que he encontrado han sido concursos horribles, programas de entrevistas con invitados aburridos, *realities* idiotas, culebrones, competiciones de talentos, telefilmes, dramas repetidos y una mierda de recopilaciones de vídeos caseros y de tomas de cámaras de circuito cerrado. He acabado viendo las noticias, como siempre. Es un canal de noticias las veinticuatro horas, que ha sido interesante durante un rato, pero los titulares se repiten cada quince minutos y he empezado a sentir que los párpados me pesan ahora que estoy viendo lo mismo por tercera vez. Debería irme a la cama pero no me animo a levantarme.

Espero un minuto. Por fin dan algo mínimamente interesante. Un titular que dice «Última Hora» acaba de aparecer y han dado paso a un reportero que está en la esquina de una calle del centro de la ciudad. Reconozco el sitio desde donde están emitiendo. Es una plaza de la ciudad, no demasiado lejos de donde trabajo. ¿Qué ha ocurrido? Intento leer el texto que pasa al pie de la pantalla pero mis ojos están cansados y las palabras se mueven a demasiada velocidad. Subo el volumen y escucho cómo un reportero azotado por el viento empieza a hablar sobre algo que ha ocurrido en Exodus, uno de los bares de moda en el centro de la ciudad. Hay gente pululando en la calle, detrás de él. Dios santo, han matado a alguien. Está hablando de un ataque que ha ocurrido en la última hora poco más o menos. Espera, no... ha habido muchos ataques. Deben estar conectados. Suena como si algún lunático se hubiera salido de madre. El peor momento del fin de semana para que pase algo así. El centro siempre está lleno de gente la noche de los sábados. Todo el mundo está ahí. Todo el mundo, excepto los pobres hijos de puta como yo que estamos clavados en casa, con niños y una compañera que se duerme en cuanto pasa un poco de la hora.

Mis ojos se vuelven a cerrar. Intento mantenerme despierto y concentrarme en lo que están diciendo, pero es difícil. Se está haciendo tarde y...

Ese maldito reportero sigue hablando.

Intento enfocar el reloj que está sobre la estantería. He debido quedarme dormido durante unos pocos minutos. Espera, el reloj marca las tres y media. He estado durmiendo en el suelo durante horas. No me sorprende que me duelan los huesos. Joder, sea lo que sea lo que haya ocurrido esta noche en la ciudad ha tenido que ser bastante serio para merecer semejante cobertura en la tele nacional. Parece

como si siguieran emitiendo en directo desde la ciudad. No me gustaría tener el trabajo de ese tío, aguantando en la esquina de una calle durante horas y sin ver el final. Sin embargo, al fin se mueve...

Me duele la espalda. Me debería haber ido a la cama hace horas, cuando se fue Lizzie.

Me siento y me dispongo a moverme. Odio despertarme de esta manera. Me siento enfermo y mis brazos y piernas están pesados y entumecidos. Me levanto y estoy a punto de apagar la tele cuando me detiene algo que está diciendo el reportero. Parece como si hubiera más problemas. Ahora llena la pantalla un mapa de la ciudad con un montón de marcas sobre él. Es como si hubiera habido muchos problemas. Eso es lo malo con las juergas con alcohol y los sábados por la noche. Hay demasiada gente por ahí y sólo se necesita un idiota para empezar una pelea. Alguien resulta herido entonces, otro responde, alguien más intenta pararlos y, antes de que te des cuenta, tienes un verdadero problema entre las manos. Parece como si eso fuera lo que ha ocurrido esta noche. Por lo que puedo entender hubo jaleo en un bar y éste se extendió a la calle. Ahora muestran imágenes de multitud de personas peleando, espoleados por la bebida y las drogas. Han enviado unidades antidisturbios para restablecer el orden. Casi me alegra estar aburrido y encerrado en casa. Han cambiado el mapa de la pantalla para mostrar los puntos donde ha habido cuatro muertos y más de treinta detenidos. Siempre es la minoría descerebrada la que les jode la fiesta a los demás. Maldita sea, acaban de decir algo sobre el cuerpo de un agente de policía que han encontrado con más de cuarenta puñaladas. Joder, ¿qué tipo de animal puede hacer algo así a un ser humano?

Me pregunto cuánto tiempo más va a quedarse el reportero en ese sitio.

Estoy cansado. Antes de que me vuelva a quedar dormido, apago la tele y las luces, y tanteo el camino hacia el dormitorio, a oscuras.

DOMINGO

IV

Susan Myers se despertó al lado de Charlie, su marido desde hacía treinta y tres años. Estaba acostada en silencio, en la semioscuridad, procurando no moverse. No quería que él supiera que estaba despierta. No quería hablar con él. A través de los párpados medio abiertos se quedó mirando cómo la cortina iba y venía movida por el viento que entraba por la ventana abierta, que revelaba pequeños retazos del brillante mundo exterior. ¿Tenía algún sentido levantarse? Durante la semana conseguía llenar su tiempo con amigas, compras y compromisos sociales; pero los fines de semana, los domingos en especial, eran largos, aburridos y vacíos. Desde que Charlie se había jubilado, hacía once meses, sus vidas se habían vuelto cada vez más grises y monótonas. La mayor parte de sus amigas tenían a sus hijos y el resto de la familia para tenerlas ocupadas, pero todo lo que ella tenía era a él, y él la aburría. Él parecía feliz sin hacer nada pero ella no lo podía soportar. Él quería deambular por la casa y el jardín, ella quería salir. Ella quería gritarle y chillarle para hacerle entender cómo se sentía, pero sabía que era inútil. Él ni siquiera era consciente de que ella era infeliz.

Allá va, pensó cuando él se movió y se dio la vuelta en la cama. Quizá —sólo quizá— se había dado la vuelta para ponerse de cara a ella, pasar el brazo a su alrededor y decirle que la amaba, y empezar a besarla y a tocarla como solía hacer. Hacía tanto tiempo desde que hicieron el amor por última vez que ella casi había olvidado qué se sentía. Y en las muy raras ocasiones en que ella conseguía ponerlo a tono (en estos días siempre es ella la que tiene que dar el primer paso), él se sobreexcitaba tanto que la pasión, si es que se podía llamar así, generalmente se acababa al cabo de unos desesperadamente escasos y vacíos minutos. Si hacía meses desde la última vez que habían hecho el amor, habían pasado años desde que ella se sintió satisfecha.

¿Quizá, debería tener un lío? Lo había pensado pero nunca había tenido el temple para hacerlo. Charlie probablemente ni se daría cuenta. Había un hombre en una de las clases de baile a las que asistía entre semana al que había pescado mirándola demasiadas veces para que fuera pura coincidencia. La idea de verse con alguien la tentaba, pero sabía que corría un gran riesgo si lo hacía. Le preocupaba que pudiera acabar perdiendo todo por lo que había trabajado con Charlie por una excitación y una aventura momentáneas. A ella le gustaba su gran casa y las ropas caras y todo lo que iba asociado con ello. Le gustaba el alto estatus social que le otorgaba y no quería dejar nada de eso. Pero ¿y si el hombre de la clase de baile le podía dar todo eso y también sexo...?

—¿Una taza de té?

Así empezaba Charlie todos los días. No «buenos días» o «¿cómo te encuentras hoy?» o «te quiero» o algo parecido. Sólo una corta e impersonal pregunta medio formulada. ¿Debía responder o debía quedarse callada y fingir que seguía durmiendo?

—Sí, gracias —gruñó, aún de espaldas a su marido.

Sintió cómo él retiraba el cobertor y salía de la cama antes de volver a colocar las sábanas en su sitio como hacía siempre. Todo lo que hacía era predecible y seguro. Ella podía prever todos los movimientos que iba a hacer. Sabía que iría al baño contiguo, donde usaría el lavabo, soltaría una ventosidad, pediría disculpas como si hablara consigo mismo y después se lavaría y afeitaría tarareando la misma maldita melodía que tarareaba todas las malditas mañanas. Después se pondría el albornoz, volvería al dormitorio para ponerse las zapatillas, que estaban bajo el pie de la cama, donde las había puesto por la noche, y bajaría a la cocina. Sabía que se pararía en el quinto escalón para abrir las cortinas y quitar el polvo del trofeo de empleado del año que su empresa le otorgó hacía casi quince años...

Cerró los ojos, enterró la cara en la almohada y volvió a pensar en el hombre de la clase de baile. Se sentía vacía y deprimida, atrapada y enojada. A veces deseaba matar a su marido. Eso, decidió, sería la solución a todos sus problemas.

—Hermoso día —dijo Charlie animado al volver al dormitorio con dos tazas de té.

«Siempre es un maldito hermoso día —se gritó Susan silenciosamente a sí misma—. Incluso cuando está lloviendo y en el exterior sopla un viento de fuerza diez dice que es un maldito hermoso día».

—Aquí está tu té, querida.

Ella se encogió bajo las sábanas y se dispuso a mirarlo a la cara. Lo más triste de todo, pensó, era que él no tenía ni la más mínima idea de lo desgraciada que era. En su pequeño mundo de color de rosa todo era perfecto y hermoso. Él no sabía lo vieja e inútil que hacía que se sintiese y probablemente nunca lo sabría. Respiró hondo y se giró para quedar tumbada de espaldas antes de levantar las sábanas y coger el té que le ofrecía.

—He pasado una mala noche —se quejó al mirarlo—. He pasado frío toda la noche. No hacía más que despertarme porque no dejabas de quitarme las mantas.

—Lo siento, mi amor. No me he dado cuenta.

—Y si no me mantenía despierta el frío, lo hacían tus ronquidos.

—No puedo remediarlo. Si hubiera algo que pudiera hacer... Él dejó de hablar. En silencio, se quedó mirando a su mujer, que le devolvía la mirada.

—¿Qué te pasa? —le preguntó y dio un sorbo a la taza de té. Charlie seguía mirándola.

—Para decirlo bien claro, encuentra cualquier otra cosa a la que mirar —maldijo ella antes de tomar otro sorbo.

Con un súbito manotazo Charlie tiró la taza de las manos de su mujer, que se fue a estampar contra la pared, lanzando chorretones de té que se deslizaron por el empapelado clásico de color rosa pálido. Desconcertada, Susan contempló cómo las gotas del caliente líquido marrón se deslizaban por la pared. «¿Qué demonios le pasa?», se preguntaba. De una forma extraña, se había excitado con esa inesperada demostración de fortaleza y espontaneidad.

Detrás de ella, Charlie se sacó rápidamente el cinturón de su albornoz. Empujándola hacia delante y agarrando con fuerza su hombro con una mano, le dio dos vueltas al cinturón alrededor de su cuello y empezó a apretar. Presa del pánico, con los ojos saliéndose de las

órbitas y el cuello ardiendo, Susan luchaba para respirar. Pataleaba y se retorció bajo las sábanas e intentaba agarrar su cuello en un intento desesperado de quitarse el cinturón. Su fuerza no podía competir con la de él.

Charlie apretó el cinturón más y más, hasta que salió el último aliento del cuerpo de su mujer.

Otro maldito día perdido. El día ha empezado despacio. Me levanté tarde (lo que realmente ha enfadado a Lizzie porque por una vez se ha tenido que levantar y cuidar de los niños) y he hecho un esfuerzo consciente por hacer lo mínimo posible. Mañana vuelvo al trabajo y necesito relajarme. Siempre hay algo que hacer o hay alguien que te necesita. Liz me ha estado persiguiendo durante semanas para que arregle el pestillo de la puerta del baño y hoy, finalmente, lo he hecho. Era lo último que quería hacer, pero ya no soportaba más sus quejas constantes cada vez que utilizaba el maldito baño. Joder, todos los demás nos las arreglábamos sin ningún problema. ¿Por qué era tan importante para ella?

He trabajado en la puerta mientras Lizzie hacía la comida. Lo que debía ser una tarea de diez minutos se ha acabado convirtiendo en una hora y media. He tenido a los niños corriendo alrededor de mí durante todo el rato, haciendo preguntas y poniéndose en medio; después el pestillo no era del tamaño adecuado, después compré uno demasiado grande... Perdí la paciencia y casi le di una patada a la puerta, pero finalmente conseguí colocarlo. Espero que Lizzie esté satisfecha. Ahora tendrá que buscar otra razón para quejarse.

Y ahora nos estamos aproximando a la casa de Harry y el fin de semana casi ha terminado. Harry no me importa, pero parece que él tiene un gran problema conmigo. Él piensa que no soy lo suficientemente bueno para su hijita y eso, aunque nunca lo expresa con tanta claridad, está implícito en casi todo lo que me dice. Habitualmente consigo que todo eso me resbale, pero cuando el día ha sido tan frustrante como hoy y el lunes por la mañana ya se vislumbra en el horizonte, podría pasar sin ello.

Paramos junto a la casa de estrecho jardín y los niños empiezan a animarse y a excitarse. Les gusta mucho estar con el abuelo. La verdad es que toleran el tiempo que pasan con Harry, pero están muy animados porque saben que les dará caramelos o le sacarán cualquier otra cosa antes de que volvamos a casa.

—Hoy no quiero ninguna discusión —dice Liz mientras esperamos a que abra la puerta. Creía que estaba hablando con los niños pero me doy cuenta de que me está mirando.

—Yo nunca discuto con tu padre —le explico—. Él discute conmigo. Hay una diferencia, ¿sabes?

—No me interesa —contesta cuando suena el clic del pestillo—. Sólo sé simpático.

La puerta se abre hacia adentro. Harry abre los brazos y los niños corren hacia

él, dándole un abrazo de compromiso antes de desaparecer en el interior para revolver la casa.

—Hola, amor —le dice a Lizzie cuando ella le da un abrazo.

—¿Estás bien, papá?

—Bien —sonríe—. Ahora mejor. He estado esperando todo el día para veros a todos.

Lizzie sigue a los niños al interior de la casa. Yo entro, me limpio los zapatos y cierro la puerta.

—Harry —digo como saludo. No tenía intención de que sonara abrupto pero lo ha sido.

—Daniel —contesta igualmente abrupto. Se da la vuelta y camina hacia la cocina—. Voy a poner la tetera.

Paso por encima de los niños (que ya están tirados en el suelo de la sala de estar) y me dirijo hacia mi refugio habitual: el sillón que hay en el rincón, junto a la ventana trasera. De paso cojo el periódico del domingo de la mesita de café. Hundir la cabeza en el diario de Harry siempre me ayuda a superar estas largas y monótonas visitas.

Pasan un par de minutos antes de que reaparezca Harry con una bandeja de bebidas. Un infame té con leche para Liz y para mí, y un zumo de frutas, igualmente flojo y diluido, para los niños. Cojo mi taza de té.

—Gracias —digo en voz baja. No me responde. Casi ni me mira.

Me siento en la esquina del salón y empiezo a leer. No estoy interesado ni en política ni en finanzas, ni en viajes ni en las secciones de moda y estilo. Me voy directamente a las tiras cómicas. Éste es el nivel al que puedo llegar hoy.

Llevamos aquí casi una hora y apenas he dicho una palabra. Lizzie ha estado cabeceando en el sofá, al otro lado de la sala, y Harry ha estado sentado en el suelo con los chicos. No hay duda de que se lo pasan bien juntos. Se está riendo y bromeando con ellos, y a ellos les gusta. Sinceramente, me hace sentir como un mal padre. No me gusta estar con los niños como a él. Quizá sea porque él se puede alejar de ellos cuando quiere y nosotros no. Me agotan y sé que a Lizzie le pasa lo mismo. Todo resulta un esfuerzo cuando tienes hijos.

—¡El abuelo acaba de hacer desaparecer una moneda! —chilla Ellis, tirando de la pernera de mi pantalón. Harry se considera una especie de mago aficionado. Siempre está haciendo desaparecer y reaparecer cosas. La niña chilla de nuevo cuando «mágicamente» el abuelo encuentra la moneda detrás de su oreja. No se necesita demasiado para impresionar a una niña de cuatro años...

—Tu tío Keith vuelve a estar en el hospital —dice Harry, dándose la vuelta para hablar con Lizzie, que se estira y se siente bien.

—¿Cómo lo lleva Annie? —pregunta, mientras se cubre la boca con la mano al bostezar.

Ni siquiera oigo la respuesta de Harry. No conozco a tío Keith ni a tía Annie y

supongo que nunca lo haré. Sin embargo, me siento como si los conociera por las innumerables veces que he estado sentado aquí, escuchando las historias triviales e interminables sobre sus vacías vidas al otro lado del país. Esto pasa la mayor parte de los domingos por la tarde. Liz y Harry empiezan a hablar sobre familiares y conocidos, y yo simplemente desconecto. Ahora, hasta que volvamos a casa, no dejarán de hablar sobre gente que no conozco y lugares en los que nunca he estado.

—¿Os importa si pongo el fútbol? —pregunto al darme cuenta de la hora e intentando encontrar un medio para mantenerme despierto. Harry y Lizzie me miran, sorprendidos de que haya hablado.

—Tú verás —gruñe Harry, como si mirar el partido le fuera a impedir hablar o hacer algo más importante. La verdad es que le gusta el fútbol tanto como a mí. Enciendo la tele y la habitación se llena repentinamente de ruido. Juro que se está quedando sordo. El volumen está casi al máximo. Lo bajo y estoy a punto de cambiar de canal cuando me quedo paralizado.

—Dios santo —digo en voz baja.

—¿Qué ocurre? —pregunta Liz.

—¿Has visto eso?

Señalo la pantalla. Es el mismo canal de noticias que estuve viendo anoche. También se trata de la misma historia. La violencia que había visto emitir casi en directo parece que se ha seguido extendiendo. Parece como si una oleada de incidentes hubiera atravesado nuestra ciudad. Aunque ahora parece más tranquilo, la pantalla muestra imágenes de edificios dañados y calles llenas de restos destrozados.

—Lo he visto antes —dice Harry—. Es una maldita desgracia, si quieres saber mi opinión.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Liz.

—¿No has visto hoy las noticias?

—Ya sabes lo que ocurre en nuestra casa, papá —contesta mientras se gira para tener una mejor visión de la pantalla—. Somos los últimos de la fila cuando se trata de escoger lo que se ve en la tele.

—Tienes que empezar a imponerte —se queja, mirando directamente hacia mí, intentando que muerda el anzuelo—. Demuéstrales quién está al mando. Nunca debes dejar que los niños lleven la batuta.

Lo ignoro y le contesto a Liz.

—Anoche hubo algunos problemas —le explico—. Lo vi antes de irme a la cama. Hubo algunos incidentes por toda la ciudad que se descontrolaron.

—¿Qué quieres decir con que se descontrolaron?

—Ya sabes lo que pasa los sábados en la ciudad. Si hay una noche en que las cosas se pueden salir de madre siempre es el sábado. Las calles están llenas de idiotas borrachos y drogados hasta las cejas. La policía no puede controlarlos. Aparentemente todo empezó con una pelea en un bar que se les fue de las manos. Más y más gente se implicó y acabó en un disturbio.

—Abuelo, ayer vimos una pelea —dice Ellis inocentemente, levantando la vista

de su libro para colorear. Harry mira a Liz, que asiente con la cabeza.

—Fue terrible, papá —le explica—. Llevamos a Ed a una fiesta en Kings Head. Estaba lleno de aficionados al fútbol. Estábamos comiendo y dos de ellos empezaron a pelear. —Para y comprueba que los niños no están escuchando—. Uno de ellos tenía un cuchillo —dice en un tono de voz un poco más bajo.

Harry mueve la cabeza.

—La situación es realmente triste —suspira—. Casi parece que ahora la gente sale solo para liarla.

El silencio se instala momentáneamente en la habitación.

—Espera un momento —dice Lizzie de repente—, ¿no has dicho que todo ese jaleo ha pasado aquí?

—Sí —contesto, asintiendo con la cabeza—, ¿por qué?

—Porque están hablando de otro sitio —contesta, señalando hacia la tele. Tiene razón. Esta noticia es de otro lugar más al norte, y ahora dan paso a un tercer reportero en la Costa Este.

—Es violencia de pandillas —pontifica Harry—. Se está extendiendo. La gente ve algo en la tele y eso hace que quieran hacer lo mismo.

Puede que tenga razón pero lo dudo mucho. No tiene sentido. No me puedo imaginar que toda esa gente se esté peleando por el simple placer de hacerlo. Tiene que haber una razón.

—Tiene que haber algo más que eso —digo—. Por el amor de Dios, Harry, ¿realmente crees que toda esa gente estaba simplemente viendo todos esos disturbios por la tele y al minuto siguiente estaban en las calles peleándose? Esos disturbios están separados por cientos de kilómetros. Tiene que haber algo más.

Por una vez, no responde.

Otros veinte minutos y los niños han superado su umbral de aburrimiento. Han empezado a jugar con mayor vigor y es hora de irse. Intento ocultar mi alivio cuando los coloco en el asiento trasero del coche. Discuten y pelean constantemente, y me pregunto si les gusta tan poco la perspectiva del lunes por la mañana como a mí. Odio los domingos por la tarde. Ahora todo lo que nos queda es el último empujón para tenerlo todo preparado para ir mañana a la escuela y al trabajo.

Ésta es la peor parte del fin de semana. No hay nada en perspectiva, excepto el lunes.

Estamos aún a más de un kilómetro de casa y no sé que demonios está pasando. El tráfico se ha ido ralentizando de repente. Está completamente atascado, tanto por delante como por detrás. Es un domingo a última hora de la tarde, por amor de Dios. Las carreteras deberían estar vacías. Ya está oscureciendo. No quiero pasar toda la noche aquí sentado.

Se oyen unas sirenas. Miro por el retrovisor y veo que una oleada de luces azules que se aproxima. Un convoy de coches de policía y de bomberos se acercan también desde la otra dirección. Los conductores de los coches a nuestro alrededor intentan apartarse a un lado y se suben a las aceras para quitarse de en medio. Yo hago lo mismo.

—Me pregunto qué debe estar pasando —murmura Liz cuando nos subimos a la acera, cubierta de hierba.

—No lo sé —le contesto. Oigo un ruido proveniente del asiento trasero y me giro para ver a Ed y Ellis peleando con Josh, atrapado en su sillita—. Basta ya —les ordeno enfadado. Paro cuando se lo digo pero sé que volverán a empezar en cuanto mire hacia otro lado.

Los vehículos de emergencia retumban al pasar a nuestro lado y yo estiro el cuello para ver adónde van. A unos doscientos metros por delante giran a la izquierda. En la semioscuridad puedo ver las parpadeantes luces azules por los resquicios entre los edificios y las ramas de los árboles. Se han parado no demasiado lejos de aquí.

—Parece serio, ¿no? —dice Lizzie, manteniendo la voz baja para que no la oigan los niños.

Ahora parece que la gente ha apagado los motores. Algunos han empezado a salir de sus coches. No puedo seguir sentado detrás del volante si no puedo ir a ninguna parte. Yo también me decido a ir a echar un vistazo. Voy a ver cuánto tiempo vamos a estar aquí atascados.

—Vuelvo en un segundo —digo al parar el motor. Me quito el cinturón de seguridad.

—¿Qué estás haciendo?

—Sólo voy a ver qué ocurre —respondo con rapidez.

—¿Puedo ir yo también? —pregunta Ed. Vuelvo la cara hacia él mientras me bajo del coche.

—No, tú esperas aquí. Sólo será un minuto.

Ed se deja caer en el asiento y pone mala cara.

A Lizzie no le gusta que la deje con los chicos pero voy a ir de cualquier forma. Sigo a un grupo de tres personas de los coches alrededor del nuestro que están girando en la esquina. En las siguientes calles se está reuniendo una multitud. Al acercarme veo que un coche familiar de color azul oscuro ha perdido el control y se ha subido a la acera. Ha chocado contra una farola que ha caído sobre el camino de entrada de una casa y ha destruido una caravana que estaba allí aparcada. La policía está intentando acordonar la zona. Están empujando a la gente hacia atrás, pero yo consigo avanzar hasta situarme en la primera línea de la multitud. El coche está destrozado. El capó está aplastado y abollado, y el conductor está incrustado contra el volante. No se mueve. Los bomberos han sacado el equipo para cortar el metal y sacarlo de allí, pero nadie corre. Parece que es demasiado tarde.

Dos enfermeros y un agente de policía están inclinados sobre el frontal del coche. ¿Hay alguien más herido? Uno de los sanitarios, vestido de verde, se levanta para coger algo. Maldita sea, hay un cuerpo bajo el coche. No puedo ver mucho, sólo una pierna rota y girada en un ángulo extraño que asoma bajo lo que queda del capó. Pobre tipo. Fuera quien fuese, no tuvo la más mínimo oportunidad.

Me quedo de pie contemplando la escena del accidente hasta que la policía decide ampliar el cordón y me empuja hacia atrás. Me doy cuenta de que he dejado sola a Lizzie durante demasiado tiempo y rápidamente me doy la vuelta y empiezo a caminar de regreso al coche. Tropiezo con un hombre de paseo con su perro que se ha parado de repente porque el perro se ha escapado hacia el seto de la izquierda.

—Perdone, colega —murmuró rápidamente.

—No se preocupe —responde mientras intenta controlar al perro y apartarlo de mi camino, pero el perro no hace caso—. Venga, muchacho —lo llama.

—Un feo accidente —digo.

Él mueve la cabeza.

—Eso no ha sido un accidente.

—¿Qué?

Me mira a la cara y vuelve a mover la cabeza.

—He visto cómo ocurría —me explica—. Maldito idiota.

—¿Quién?

—El tío que conducía el coche. Un idiota.

—¿Por qué?

—De lo primero que me di cuenta es de un chico que pasó corriendo a mi lado —explica—. Salió de ninguna parte, casi me tira. Entonces llegó el coche y se subió a la acera, justo delante de donde yo iba paseando. El chico corría lo más rápido que podía pero no tenía nada que hacer. El conductor apretó el pedal y aceleró, atropellándolo y empotrándolo contra la pared. Estúpido hijo de puta. Parece que él también se ha matado.

Finalmente el hombre aparta al perro y sigo mi camino, intentando encontrar algún sentido a lo que acabo de escuchar. Este fin de semana ha estado repleto de acontecimientos extraños y terribles. Primero el concierto, después el ataque en el pub ayer y ahora esto. Y también está el hombre de la calle el jueves por la mañana.

Vuelvo a pensar en las noticias que hemos visto en casa de Harry. ¿Qué demonios está pasando?

LUNES

V

Aunque hubiera habido diez veces más problemas, ciertos clientes no habrían faltado a su cita. El club estaba más vacío de lo habitual pero estaba en el sector duro, los bebedores y borrachuzos habituales que no se perderían una noche por nada que hubieran visto en las noticias o leído en los diarios. Para esa gente el resto de la semana giraba alrededor de noches como ésta. Todo lo que importaba era emborracharse, atiborrarse de drogas y follar.

—Colega, es jodidamente guapa —gritó Shane White en el oído de Newbury—. Sigue mirándote. ¡Ataca, hijo!

Newbury se volvió hacia White y sonrió.

—Entonces, ¿crees que tengo alguna posibilidad?

—Ni un jodido problema. Es tuya, colega, sin duda.

—¿En serio?

—En serio.

—De acuerdo entonces. Mira esto.

Newbury se apartó de la barra, se tomó de un trago el resto de su bebida, se puso de pie y la miró. Ni siquiera sabía su nombre. La había visto unas cuantas veces pero siempre había estado rodeada por tíos y su amigo y él nunca habían tenido el valor de intentar nada con ella. Esta noche parecía diferente. Se sentía confiado y pletórico. ¿Quizás estaba menos intimidado porque había menos gente alrededor? Quizá sólo se trataba de que estaba ya medio borracho. Fuera cual fuese la razón, no importaba. «Demonios —pensó al verla bailar—, Shane tiene razón, es jodidamente guapa». Lentamente se acercó y ella empezó a bailar hacia él.

—¿Cómo estás? —gritó, intentando hacerse oír por encima de la música ensordecedora que llenaba el club medio vacío. Esta noche parecía más alta que nunca con tan poca gente alrededor. Ella no contestó. En su lugar se acercó más, puso los brazos a su alrededor y le metió la lengua en la boca.

—Eres jodidamente guapa —balbuceó Newbury sin aliento cuando abandonaron el club y caminaron juntos hacia un callejón frente al ayuntamiento—. Total y jodidamente guapa.

—¿Vas a pasarte toda la noche hablando o qué? —le preguntó mientras lo conducía hacia las sombras. Él no pudo contestar—. Si quisiera hablar me habría quedado en casa. Todo lo que quiero de ti es una buena follada.

A Newbury le costaba creerse lo que estaba oyendo. Algo así no le había pasado nunca. Muchas veces había fantaseado con ello y había oído que le había pasado a otra gente, pero nunca le había pasado a él. Y nunca hubiera soñado que le pasase con una chica como ésa...

Ella se paró y se giró hacia él, apretando su cuerpo contra el suyo. Se abrió de un tirón la blusa.

—¿Aquí? —preguntó él—. ¡Zorra asquerosa...!

—Así es como me gusta —susurró en su oído. Él podía oler el alcohol en su aliento. De alguna manera eso lo hacía más sórdido y más excitante.

Newbury corría el peligro de excitarse demasiado e intentó controlarse. Pero mantener el control era más difícil cada vez que ella lo tocaba o lo besaba o... ella lo empujó con fuerza contra la pared y lo volvió a besar, mordiendo sus labios y metiendo la lengua profundamente en su boca. Él deslizó las manos por debajo de su falda y la atrajo aún más hacia sí. En respuesta, ella le bajó la cremallera de los pantalones, introdujo la mano y cerró los dedos alrededor de su erección de borracho. La cogió con firmeza pero con delicadeza. La sacó de los pantalones y se la acercó.

—Quítate las braguitas —suspiró Newbury en una pausa momentánea entre mordiscos y besos frenéticos.

—¿Qué braguitas? —susurró en su oído mientras se levantaba la estrecha falda hasta las caderas. Aún abrazados giraron sobre sí mismos hasta que fue ella la que quedó con la espalda contra la pared—. Vamos —gimió, desesperada por él—, dámelo todo.

Newbury se puso en posición e intentó penetrarla. Fue difícil y complicado. El alcohol había afectado la coordinación de los dos. Ella suspiró con un placer repentino cuando todo su miembro desapareció finalmente en su interior.

—Te lo voy a dar todo, puta asquerosa —le prometió mientras intentaba penetrarla aún más a fondo. Ella levantó la mirada hacia el cielo y se mordió el labio, intentando no hacer ningún ruido pero al mismo tiempo desesperada por gritar alto y fuerte.

—Más fuerte... —siseó.

Él empezó a mover su cuerpo contra el de ella, golpeando una y otra vez su espalda contra la pared.

—¿Es lo suficientemente fuerte para ti? —preguntó mirando profundamente en sus grandes ojos grises.

—Sólo fóllame —suspiró ella entre las acometidas.

—¿Más fuerte? —volvió a preguntar con los dientes apretados.

Entonces ella se paró.

Se separó de él.

—¿Qué pasa? —preguntó, confuso—. ¿Te he hecho daño? ¿Qué he hecho?

La expresión de la cara de ella cambió del placer al miedo en un instante. Ella lo empujó y se apartó de él, bajándose la falda y tambaleándose hacia atrás, hacia el otro lado del callejón.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar—. ¿Qué pasa contigo?

Ella no contestó. Seguía alejándose, internándose más en las sombras. Él seguía avanzando hacia ella. Ella intentó hablar pero no podía.

—No... —fue todo lo que pudo balbucear.

—¿Qué coño está pasando? —exigió saber—. ¿Estás loca o qué? Hace un minuto casi me estabas violando y ahora te vas. ¿Es así como te corres? Eres una jodida caliente braguetas. Eres una sucia y jodida puta.

Aún andando de espaldas, su pie tropezó con la esquina de un contenedor de plástico lleno de botellas de vidrio vacías. Instintivamente la muchacha se inclinó, agarró uno de las botellas por el cuello y la rompió contra la pared de ladrillos a sus espaldas.

Con sus reacciones enturbiadas por la bebida, Newbury se quedó parado. La miró.

—¿Qué estás haciendo? Estás jodidamente loca. ¿Qué coño crees que estás haciendo? Yo no...

No acabó la frase. Ella corrió hacia él y le incrustó la botella rota en su estómago. Atravesó su camisa de algodón y se hundió en la carne. La muchacha sacó la botella y volvió a clavársela, esta vez más abajo, de manera que el filo aserrado casi le corta el tercio final de su pene, todavía visible pero ahora completamente flácido. Con el tercer golpe hundió el afilado cristal en su cuello.

Ella se dio la vuelta y corrió, desapareciendo del callejón antes de que él golpease el suelo.

Ahí afuera había muchos más de ellos, muchos miles más.

Ella tenía que seguir corriendo.

A veces pensar en el trabajo es peor que la realidad. Teniéndolo todo en cuenta, la oficina ha sido hoy casi soportable. Después de todo lo que he visto y oído durante el fin de semana, esperaba tener que abrirme paso hacia el trabajo a través de una multitud, luchando en las calles. Excepto por unas pocas ventanas rotas y por otros daños menores, todo parece decepcionantemente normal. El centro de la ciudad está tranquilo para ser lunes, y la oficina también.

Me alegra estar en casa. Ahora puedo ver el bloque de pisos al final de la calle. Como es habitual, hay luces en las dos esquinas en diagonal del edificio: nuestro piso y el que está ocupado arriba del todo. Cuando me acerco puedo ver unas sombras que se mueven detrás de nuestras cortinas. Los niños están corriendo por la sala de estar. Sin duda han estado jugando toda la tarde y Liz me va a saltar de nuevo al cuello.

No deberíamos vivir en un sitio como éste, pienso mientras camino hacia la puerta por el sendero invadido por las malas hierbas. Sé que soy un jodido vago y que debería trabajar más duro, pero no es fácil. Hago lo que puedo, pero parece que no es suficiente. De vez en cuando necesito una patada en el culo. Pero si cada día pudiera ser como hoy, decido mientras abro la chirriante puerta de entrada, quizá las cosas puedan ir bien. Hoy siento que el esfuerzo que he puesto en el trabajo ha valido la pena. No he tenido que tratar con ningún ciudadano chillón e incluso he conseguido reír con Tina Murray. Hoy, por una vez, no me siento como si estuviera remando en la dirección contraria a todo el mundo. Los planes que Lizzie y yo hemos estado haciendo durante años de mudarnos a una casa más grande, cambiar el coche y, en general, mejorar nuestro nivel de vida parecen un poco más realistas y factibles que cuando dejé el piso esta mañana. Están todavía muy lejos, seguramente, pero son posibles.

Atravieso la penumbra de la entrada y abro la puerta del piso. Entro y el calor de nuestro hogar hace que me dé cuenta del frío que hace esta noche.

—Estoy de vuelta —grito mientras me quito el abrigo y los zapatos. Todo está inusualmente silencioso. Puedo oír la tele y los niños pero no a Liz. Normalmente le está gritando a alguno de ellos. No puedo recordar la última vez que llegué a casa y estaba tan silenciosa.

Edward aparece en el recibidor delante de mí. Sonríe de oreja a oreja.

—¿Todo bien, Ed?

Asiente con la cabeza.

—Hoy he tenido medio día libre —me suelta y parece satisfecho de sí mismo.

—¿Por qué? ¿Qué te ha pasado?

—Nada. Han cerrado la escuela.

—¿Por qué? —vuelvo a preguntar mientras me interno en el piso buscando a Liz. No la veo en ninguno de los dormitorios.

—Por culpa de Jack Foster —me explica Ed. Estoy confuso.

—¿Quién es Jack Foster?

—Está en sexto. ¡Lo deberías haber visto, papá, fue alucinante!

He llegado a la puerta de la cocina. Lizzie está sentada a la mesa, bebiendo una taza de café con la mirada perdida.

—¿Estás bien? —pregunto. Me mira, sorprendida.

—No sabía que habías llegado —dice en voz baja, saliendo del trance. Se levanta, se acerca y me abraza. Esta repentina muestra de afecto está fuera de lugar.

—¿Y esto por qué? —susurro con mi boca pegada a su oreja—. ¿Estás bien?

Dice que sí con la cabeza y se suelta para ir a buscar mi cena, que está en el horno.

—Estoy bien —suspira—. He tenido un mal día, eso es todo.

—Ed me estaba contando que han cerrado la escuela. ¿Algo relacionado con Jack Foster?

Ella pone la comida en la mesa y se sienta en una silla frente al sitio que ha preparado para mí. Empiezo a comer y la contemplo mientras se masajea las sienes. Parece cansada y trastornada. Lo que ha ocurrido hoy en la escuela debe ser lo que la preocupa.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto. Ella no quiere contestar—. Háblame, Liz...

Ella se aclara la garganta y se termina el café. Cuando finalmente empieza a hablar su voz es suave y está llena de emoción.

—¿Conoces a Jack Foster?

Niego con la cabeza. He oído antes el nombre pero no lo puedo relacionar con ninguna cara.

—¿Conoces a Ben Paris? ¿Un chico bajito con el pelo negro?

Sé quien es Ben.

—¿Su padre es peluquero?

—Ése es. Jack Foster es su mejor amigo. Siempre están juntos. Nos sentamos al lado de Sally, la madre de Jack, durante la velada para padres del pasado trimestre. Tiene una hermana en la clase de Ed. Es alto y...

—¿... y lleva gafas?

—Ése es.

Estoy bastante seguro de que sé de quién está hablando. Lo he dicho sólo para continuar con la conversación.

—¿Qué ha hecho?

Lizzie se aclara otra vez la garganta y se tranquiliza.

—En primer lugar —comienza— esta mañana toda la escuela estaba en el vestíbulo para una asamblea. Los chicos estaban apretujados en el centro y la señora

Shields desfilaba de un lado a otro delante de todos con su rutina habitual.

—No soporto a esa mujer —la interrumpo. La señora Shields es la directora. En resumen, es estricta, anticuada y les habla a los padres exactamente de la misma forma que les habla a los niños.

—Sé que no te gusta —suspira Liz—, me lo dices cada vez que menciono su nombre. En cualquier caso, estaba acabando una de sus malditas y horribles historias bíblicas. Yo estaba sentada al fondo, al lado de Denise Jones y...

Ella deja de hablar y yo de comer. Levanto la vista del plato y dejo de lado cuchillo y tenedor.

—Jack está en sexto —prosigue—. Los niños se sientan en el suelo por orden de edad con los más pequeños delante, de manera que la clase de Jack estaba al final del vestíbulo, cerca de donde estábamos nosotras. La señora Shields les acababa de pedir que inclinaran la cabeza para la oración final antes de empezar...

Se calla de nuevo.

—¿Qué ocurrió? —la presiono.

—Yo estaba sentada allí al final y Jack se puso en pie delante de mí. La mayor parte de los niños estaban delante de él y todos tenían la cabeza inclinada, de manera que al principio no hubo ninguna reacción. Entonces echó a correr hacia la señora Shields. Golpeaba y pisaba a los chicos, y a algunos de ellos les hizo daño y empezaron a gritar y a chillar. Para cuando todo el mundo hubo levantado la mirada Jack había alcanzado un lateral del vestíbulo. Tiró a Eileen Callis de una silla, que acabó de bruces en el suelo. Todo esto ocurrió en segundos. Todos estábamos ahí sentados, demasiado sorprendidos para hacer nada. Jack cogió la silla vacía de Eileen, la levantó por encima de la cabeza y corrió hacia la señora Shields. Ella avanzó hacia él para intentar pararlo, pero él corría hacia ella, blandiendo la silla por encima de la cabeza y pasando al lado de los niños sentados en primera fila. Falló un par de veces pero luego le dio de lleno en la cara, justo bajo el ojo. Jack es casi tan alto como la señora Shields. Seguía blandiendo la silla y antes de que nadie supiera lo que estaba pasando, ella estaba tendida en el suelo con él de pie a su lado y golpeándola una y otra vez con la silla en la espalda.

—¿Nadie pudo pararlo? —pregunto.

—Don Collingwood y Judith Lamb fueron los primeros en llegar —responde, asintiendo con la cabeza—. Don lo agarró y Judith intentó quitarle la silla. Maldita sea, Danny, parecía como si estuviera poseído o algo así. Fue terrible. La señora Shields estaba gritando y eso provocó que algunos de los niños empezaran también a gritar. Estaba en el suelo, encogida como si fuera una pelota, al lado del piano, con las manos sobre la cabeza. Había mechones de su pelo por todas partes y sus gafas estaban destrozadas. La sangre le corría por la cara y...

—Pero ¿por qué? —interrumpo—. ¿Qué había pasado con él?

Ella se encoge de hombros.

—Nada, por lo que yo sé. Lo vi antes de entrar en la escuela y parecía estar bien. Se estaba riendo con sus amigos. Nunca se le ha visto hacer nada igual. Hay un montón de niños en esa escuela que no me habría sorprendido nada que lo hicieran

pero Jack...

—No tiene sentido —murmuro con la boca llena de comida.

—Me lo dices o me lo cuentas.

—¿Qué han hecho con él? Ella mueve la cabeza.

—Todo se convirtió en un caos. Don arrastró a Jack a uno de los despachos y lo encerró... Lo destrozó. Gritaba y chillaba y... Dios, fue horrible. Pobre muchacho, se le oía por toda la escuela. Parecía aterrorizado.

—¿Qué ha pasado con la directora? ¿Qué ha pasado con la señora Shields?

—Se la llevaron al hospital y le han hecho un reconocimiento. Creo que está bien, sólo unos cuantos cortes y arañazos, eso es todo.

Por un segundo devuelvo la atención a la comida pero es imposible no seguir pensando en lo que me acaba de contar Liz.

—¿Por qué lo hizo? —pregunto, teniendo la certeza de que ella no me puede responder.

—Ni idea —suspira mientras se levanta para buscar algo de beber—. Pero hace que me pregunte si no está relacionado con lo que vimos durante el fin de semana.

—No puede ser —la corto instintivamente—. Esto ha sido un chico en la escuela, ¿cómo podría estar relacionado?

—No lo sé. En cualquier caso, cerraron la escuela poco después de que ocurriese y es probable que siga cerrada mañana. Intentamos distraer a los niños pero ya sabes cómo es, Dan, se trata de una escuela pequeña. Es una escuela de barrio. Todo el mundo se conoce. Al final tuvieron que llamar a la policía para controlarlo. Jesús, lo siento mucho por Sally. Deberías haberla visto. Parecía como si fuera ella la que había hecho algo malo. Y cuando se llevaron a Jack...

—¿Cuándo y quién se lo llevó?

—Al final se lo llevaron en una ambulancia. No quería hablar con Sally, ni siquiera quería verla. Gritaba pidiendo ayuda. El pobre muchacho está completamente ido. No tenía una explicación para lo que había hecho. No dejaba que nadie se le acercase. Parecía como si todos nosotros le causáramos pavor.

Cuando nos damos cuenta, ya son las diez pasadas. Finalmente los niños se han tranquilizado y dormido, y el piso está en silencio. La televisión ha estado apagada toda la velada pero ahora la sala de estar está demasiado silenciosa y la enciendo sólo para que tengamos un poco de ruido de fondo. Liz está muy apagada y preocupada, y casi no hemos hablado. Se está haciendo tarde. No vamos a tardar mucho en irnos a la cama. Antes de que nos demos cuenta me tendré que levantar y volver a la arena. A veces me siento como si corriera a una velocidad diferente que el resto del mundo. Me siento como si siempre tuviera que darlo todo simplemente para mantener el ritmo.

Voy a la cocina y nos preparo algo caliente. Creo que Lizzie lo necesita.

—Bebe.

Me mira, sonrío y coge la taza de mis manos.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Por supuesto que sí. ¿Por qué no haces más que preguntarme si estoy bien?

—Sólo quiero estar seguro de que lo estás. Has tenido un día de mierda.

—Es verdad pero estoy bien —contesta con una voz un poco estridente y tensa.

—Bien —gruño reaccionando en exceso—, perdona por preguntar.

—Oh venga, no seas así...

—¿Ser cómo? Sólo he preguntado si estabas bien, eso es todo.

Me siento a su lado. Coloca un brazo detrás de mí y empieza a acariciar mi espalda con suavidad.

—Lo siento.

—No importa.

La misma basura de siempre en la tele. Cojo el mando a distancia y voy cambiando de canal. Esta noche las comedias no tienen gracia y los dramas son demasiado dramáticos. Nada se ajusta a nuestro estado de ánimo. Busco las noticias. Quiero saber más sobre lo que está pasando. Excepto por los pocos retazos de información en el trabajo es la primera oportunidad que tengo en todo el día para informarme. Lo que vemos es más de lo mismo de ayer: más problemas y más violencia. Lo que no recibimos es ninguna explicación. Cada reportaje parece seguir el mismo guión: uno o más incidentes tienen lugar en un lugar de una zona concreta e informan de cómo ha reaccionado la gente ante el suceso. Esto es una locura. Sigo escuchando frases como «violencia de imitación» y «ataques de venganza» que se difunden por todas partes. ¿La gente es realmente tan estúpida como sugería Harry

ayer? ¿Realmente alguien la lía sólo porque ha visto que otros lo están haciendo?

—Mira eso —dice Lizzie cuando estamos viendo juntos los titulares—, ahora incluso le están dando un nombre. ¿En qué va a ayudar eso?

Tiene razón. He oído hace unos minutos esa palabra pero no he pensado en ello. La minoría que está causando los problemas recibe el nombre de «Hostiles». El nombre procede del titular de un tabloide publicado esta mañana y ha calado enseguida. Parece apropiado porque sigue sin haber ninguna referencia a que esa gente luche por alguna causa o razón. El odio parece ser lo único que los mueve.

—Les han dado un nombre —murmuro—. Les resulta más fácil hablar de ellos si les dan un nombre. Lizzie mueve incrédula la cabeza.

—No entiendo nada.

—Ni yo.

—Hablan de esto como si fuera una epidemia. ¿Cómo es posible? No es una enfermedad, por el amor de Dios.

—Quizá lo sea.

—Lo dudo. Pero tiene que haber una razón para todo esto, ¿no crees?

Tiene razón pero, como el resto del mundo, no tengo ni idea de cuál puede ser la razón, de manera que no me molesto en responder. Ver las noticias me hace sentir cada vez más incómodo. Me hace sentir como si tuviera que cerrar la puerta de la calle y no volverla a abrir hasta que todos estos trastornos y violencias súbitas hubieran parado. Instintivamente intento encontrar una explicación, al menos para que pueda sentirme mejor.

—Quizá no esté tan mal como nos lo hacen ver —sugiero.

—¿Qué?

—En la tele siempre exageran las cosas, ¿o no? Acaban de decir algo sobre el aumento del número de incidentes violentos denunciados, pero eso no significa necesariamente que haya aumentado el número de incidentes que están teniendo lugar, ¿o no?

—No necesariamente —responde, insegura.

—Puede que haya habido el mismo número de peleas que la semana pasada, pero entonces no eran noticia. El problema surge cuando algo hace que los chicos de los titulares salten en sus sillas.

—¿Qué estás diciendo?

—Quizá toda esta situación sea algo que han creado la tele y los diarios —respondo. Lo voy inventando a medida que voy hablando.

—No puede ser. Está ocurriendo algo de verdad. Son demasiadas coincidencias para...

—De acuerdo —interrumpo—, pero si no han creado el problema lo están empeorando, sin lugar a dudas.

—¿Qué me dices de lo que ocurrió el viernes en el concierto? ¿Y en el pub? Y lo que fuera que pasó con aquel coche la pasada noche y lo que ha ocurrido en la escuela esta mañana... ¿me estás diciendo que todos estos incidentes habrían ocurrido de todas formas? ¿Crees que estamos agrandando las cosas y sus

consecuencias por lo que hemos visto en la tele?

—No lo sé. No hay forma de saberlo, ¿no crees? Todo lo que digo es que hemos visto con anterioridad cómo cosas como éstas se escapaban de las manos.

—¿De verdad?

—Por supuesto que sí. Ocurre continuamente. Alguien en algún lugar difunde una historia, entonces una parte descerebrada de la audiencia la copia para que los saquen televisión o en las portadas de los diarios.

Creo que ahora la he perdido definitivamente. Puedo decir por la expresión de su rostro que no comprende nada. Eso o no me cree. Ni yo mismo estoy totalmente seguro.

—No lo pillo.

—¿Recuerdos los perros peligrosos? —pregunto. Niega con la cabeza y frunce de nuevo la cara—. Hace unos años una chica del barrio fue atacada por el *rottweiler* de un vecino, ¿recuerdas? Le destrozó la cara y necesitó cirugía, creo. Sacrificaron al perro.

—¿Y? ¿Qué tiene eso que ver con lo que está ocurriendo ahora?

—Pues hasta que saltó esa historia nadie había oído hablar de perros que atacaban a los niños, ¿o no? Pero tan pronto llego a los diarios, de repente aparecieron historias sobre incidentes similares que ocurrían por todas partes. Ahora sólo vuelves a oír que ocurre algo así de higos a brevas.

—¿Dónde quieres ir a parar? ¿Estás diciendo que no atacaron a esos niños?

—No, nada de eso. Lo que intento decir es que cosas como éstas deben ocurrir continuamente pero nadie les presta atención. Sin embargo, en cuanto llega a las noticias empiezan a informar de ello y antes de que te des cuenta hay perros mordiendo a niños en cada esquina.

—No estoy segura de que esté de acuerdo contigo —dice en voz baja—. Ni siquiera estoy segura de qué estás hablando. No ha habido nada de esta escala antes...

—Creo que esos idiotas —explico, señalando a la tele— están haciendo más mal que bien. Al darle a esa gente un nombre y minutos de emisión están glorificando sea lo que sea que esté ocurriendo y haciendo que supere cualquier proporción. La gente está viendo la violencia, la rebelión y la notoriedad en la tele y están pensando: yo también quiero un poco de eso.

—Tonterías. Empiezas a parecerte a papá.

—No son tonterías. ¿Recuerdas los disturbios del pasado verano? —pregunto, con la fortuna de haber recordado otro ejemplo para fortalecer mi débil argumento. Hace unos ocho meses hubo una oleada de disturbios raciales en algunas de las grandes ciudades, la nuestra incluida. Lizzie asiente con la cabeza.

—¿Qué pasa con ellos?

—Otra vez lo mismo. Alguien empezó un incidente menor en alguna callejuela de cualquier sitio. Los medios se hicieron eco y el problema pareció cien veces peor de lo que era. Fue la forma en que dieron la información lo que hizo que se extendiera y quizás eso es lo que está ocurriendo ahora. En algún sitio existe una

problema real que llega a las noticias y antes de que te des cuenta hay bandas en todas las ciudades creando problemas, utilizando como excusa lo que causó el primer conflicto.

—¿Y realmente te crees eso?

Sigo callado. Honestamente no sé lo que creo.

—Creo que estás diciendo sandeces —añade con brusquedad—. Nada de lo que has dicho explica por qué he visto como un chico de once años, perfectamente sano y normal, le ha dado esta mañana una paliza a la directora, ¿o si lo explica?

Aún sigo callado. Me siento aliviado cuando, después de mucho tiempo, dan algo nuevo en el canal de noticias. Los presentadores habituales, sentados detrás de la mesa que parece muy cara, han desaparecido y ahora vemos una mesa redonda entre cuatro personas que son probablemente políticos o expertos en un campo o en otro. Ya llevan hablando unos cuantos minutos, de manera que nos hemos perdido las presentaciones.

—¿Qué serán capaces de decirnos? —gruño—. ¿Cómo puede ser esa gente expertos si nadie sabe aún lo que está ocurriendo?

—Cállate para que podamos escuchar —suspira Lizzie.

No puedo evitar ser escéptico. Toda la puesta en escena me recuerda el inicio de esa película, *Amanecer de los muertos*, donde los puntos de vista de un llamado experto son destrozados por un presentador de televisión que no cree en ellos. Sé que no se trata de un apocalipsis zombi pero la forma en la que esas personas están hablando entre sí hace que parezca inquietantemente similar. Ninguno de ellos está respaldando lo que dice con hechos. Nadie tiene nada que ofrecer más que teorías e ideas a medio elaborar. Nadie parece creer en lo que están diciendo los demás.

—Las fuerzas policiales están operando a plena capacidad y nuestros hospitales están esforzándose para atender el aumento de heridos —está diciendo una señora de cabello gris—. La situación tiene que estar pronto bajo control o no tendremos capacidad de reacción. Si esta situación continúa indefinidamente y creciendo corremos el peligro de llegar al punto de saturación y entonces no podremos controlar lo que está ocurriendo.

—Pero ¿qué está ocurriendo? —pregunta alguien al fin. Se trata de un hombre de mediana edad. Creo que es médico. No estoy seguro si es un médico o un loquero—. Con toda seguridad nuestra prioridad debe ser identificar la causa y resolverla en primer lugar.

—Yo creo que en esta situación la causa y el efecto son lo mismo —dice un hombre pequeño y calvo (quien, creo, es un político bastante bregado)—. La gente está reaccionando ante lo que ve en las calles, y sus reacciones provocan que la situación parezca mucho peor de lo que en realidad es.

—Ves —digo, dándole con el codo a Liz.

—Shh... —sisea.

—¿Realmente se cree eso? —le reta el otro hombre—.

¿Realmente cree que todo esto está ocurriendo puramente como consecuencia de la violencia a la que ya hemos asistido?

—La violencia es un producto residual —dice la señora del cabello gris.

—La violencia es arte y parte del problema —argumenta el político—. La violencia es el problema. En cuanto hayamos restablecido el orden podemos empezar a...

—La violencia es un producto residual —repite la señora del pelo gris, enojada porque la han interrumpido—. Usted tiene razón al decir que hay una gran parte de violencia de imitación, pero la violencia no es la causa. Existe una razón subyacente para lo que está ocurriendo que es necesario identificar antes...

—No hay ninguna evidencia que sugiera que ése sea el caso —replica rápidamente el político.

—No hay ninguna evidencia publicada que sugiera que ése sea el caso —interrumpe el hombre de mediana edad—, pero ¿cuánta información se está reteniendo? Esto no tiene precedentes. Con una escalada de este nivel tiene que existir alguna causa identificable, ¿o no? Para que esto pueda ocurrir con independencia en tantos sitios a la vez tiene que existir una causa identificable.

—Si contempla en perspectiva lo que hemos visto estos últimos días —replica el político moviendo la cabeza— ha habido un incremento constante en los niveles de violencia registrados alrededor de las grandes ciudades donde existen altos niveles de contaminación. Eso es totalmente previsible. En situaciones como ésta, mientras más personas están concentradas en un área geográfica concreta, más evidente es que allí aparezcan los problemas...

He dejado de escuchar. Me parece que ese burócrata se ha lanzado a una discusión acordada de antemano, en la que sin duda va a negar cualquier intento de desviar la atención y la existencia de información oculta. Todo esto suena a más mierda. Los demás participantes en el debate lo acosan, pero aunque se escurre y se esfuerza por mantener el control, al final permanece con los labios sellados. Tengo la sensación de que este programa se ha planteado como un ejercicio de relaciones públicas pero ha fracasado miserablemente. La incomodidad del político y la forma en la que claramente está evitando las preguntas que le plantean los demás puede significar dos cosas: o el gobierno sabe perfectamente lo que está pasando y ha decidido no explicárselo al público, o las autoridades no tienen verdaderamente ni idea. Las dos alternativas son terribles.

Veinte minutos más del canal de noticias y mis ojos se han empezado a cerrar. El debate ha terminado y han vuelto los titulares. Dicen que quizá pidan ayuda a los militares para mantener la ley y el orden si la policía se ve superada, como sugería la experta de cabello gris en el debate anterior. También dicen que el problema se limita principalmente a las grandes ciudades y que, por el momento, no hay informes de que se haya extendido al campo. Lo más preocupante de todo es el rumor sobre un toque de queda nocturno y la adopción de otras restricciones para mantener a la gente alejada de las calles y de la posibilidad de que se vean las caras.

Lo que me preocupa es lo que no se dice. Me sorprende que nadie parezca tener

la más mínima idea de lo que está pasando.

MARTES

VI

Jeremy Pearson se sentía a punto de caer enfermo. Se había sentido bien mientras lo preparaban para la operación, pero ahora que estaba en la mesa de operaciones con la gente reunida a su alrededor, las máquinas pitando y zumbando, y esa enorme luz circular colgada sobre él, empezaba a sentir náuseas y se le iba la cabeza. Se debería haber decidido por una anestesia general y no local, pensó para sí mismo cuando vio aproximarse al doctor Panesar, el cirujano. «Ya estoy pagando bastante por la operación tal cual, una anestesia general habría costado mucho más...»

—De acuerdo, señor Pearson —dijo Panesar a través de la mascarilla verde—, ¿cómo se encuentra?

—No demasiado bien —murmuró Pearson, demasiado asustado para moverse. Tenía el cuerpo tenso bajo la sábana y la toalla que lo cubría.

—Esto no nos va a llevar demasiado tiempo —explicó el doctor Panesar, ignorando los nervios de su paciente—. La suya será la cuarta vasectomía que practico hoy y ninguna de ellas ha durado más de media hora. Lo sacaremos de aquí antes de que se dé cuenta.

Pearson no contestó. Se estaba mareando. Quizás era por el calor del quirófano o sólo era el pensar en lo que estaba a punto de ocurrirle lo que le hacía sentir de esa manera. ¿Era normal? ¿Estaba teniendo una reacción al anestésico que habían utilizado para amortiguar la sensibilidad de sus huevos?

—No me siento... —intentó decirle a la enfermera que tenía al lado, cogiéndola del brazo. Ella lo miró y, viendo que se estaba moviendo, le puso una máscara de oxígeno sobre la cara.

—Todo irá bien —le animó—. Tome un poco de aire e intente pensar en otra cosa.

Pearson intentó responder pero sus palabras se perdieron bajo la máscara. ¿Cómo puedo pensar en otra cosa cuando alguien está a punto de cortarme los huevos?

—¿Es usted aficionado al críquet? —preguntó un enfermero mayor al otro lado. Pearson asintió—. ¿Ha visto hoy el reportaje? No lo hemos hecho mal del todo.

El oxígeno estaba empezando a aliviarle las náuseas. Eso estaba mejor. Ahora empezaba a sentirse más relajado...

—De acuerdo, señor Pearson —dijo alegremente el doctor Panesar, levantando la vista de la zona a operar—. Ya estamos listos para empezar. En la consulta ya le expliqué lo que voy a hacer, ¿no? Se trata de un procedimiento muy pequeño. Sólo voy a hacer dos incisiones, una a cada lado de su escroto, ¿de acuerdo?

Pearson asintió. «No quiero saber lo que vas a hacer —pensó—, sólo hazlo de una maldita vez».

—¿Se siente un poco mejor? —preguntó la enfermera, acariciando con amabilidad el

dorso de su mano.

Volvió a asentar y ella le quitó la máscara de oxígeno. Ahora podía sentir cómo trabajaba el cirujano. Aunque sus genitales estaban anestesiados, podía seguir sintiendo movimientos alrededor de sus piernas y de vez en cuando alguien rozaba las yemas de sus dedos, que sobresalían de la mesa de operaciones. Más náuseas. Empezaba a sentirse mal de nuevo. «Jesús, piensa en algo para alejar la mente de todo esto», se gritaba a sí mismo en silencio. Intentó llenar la cabeza con imágenes y pensamientos: los niños, su esposa Emily, las vacaciones que habían reservado para dentro de unas semanas, el coche nuevo que había recogido la semana pasada... cualquier cosa. Mientras más lo intentaba, menos podía olvidar el hecho de que alguien estaba cortando su escroto con un escalpelo.

«¿Así es como me tengo que sentir? —pensó Pearson—. Tengo frío. No me encuentro bien. ¿Tiene que ser así o algo va mal?»

—No me encuentro bien... —murmuró.

La enfermera lo miró y le colocó de nuevo la máscara de oxígeno sobre la cara. El movimiento repentino hizo que el doctor Panesar levantara la mirada.

—¿Todo bien por ahí? —preguntó con una voz artificialmente alegre y animada—. ¿Se encuentra usted bien, señor Pearson?

—Está bien —contestó la enfermera, su voz también despreocupada y artificial—, un poco mareado, eso es todo.

—Nada de qué preocuparse —comentó el cirujano al dar un paso alrededor de la mesa y mirar su paciente a la cara. Los ojos de Pearson, muy abiertos y asustados, danzaban alrededor de la sala, bizqueando bajo la luz intensa que caía sobre su cuerpo tendido. El doctor Panesar se quedó parado, mirándolo fijamente.

—¿Doctor Panesar? —preguntó la enfermera.

Nada.

—¿Está todo en orden, doctor Panesar?

Panesar se tambaleó hacia atrás, hasta el otro extremo de la mesa, los ojos aún fijos en el rostro de Pearson.

—¿Se encuentra bien, doctor Panesar? —preguntó su asistente. No hubo respuesta—. ¿Doctor Panesar —preguntó de nuevo—, se encuentra bien?

Panesar se volvió a mirar a su colega y aferró con más fuerza el escalpelo. Volviéndose a inclinar dio un tajo de través a los genitales expuestos de Pearson, cortándole los testículos y el paquete escrotal. La sangre empezó a manar de las venas y arterias seccionadas, salpicando toda la mesa de operaciones.

—¿Qué demonios está haciendo? —preguntó el asistente. Empujó a un lado a Panesar e intentó agarrarle la mano y quitarle el escalpelo. Delirando de pánico, Panesar se giró y cortó al hombre con la hoja en una línea diagonal desde el hombro derecho.

El pánico se adueñó del quirófano. El equipo se alejaba a medida que el cirujano se les acercaba. Pearson estaba tendido, indefenso en la mesa de operaciones, girando la cabeza desesperadamente de un lado al otro, intentando ver lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Cubierto de sangre y blandiendo aún el escalpelo, Panesar huyó del quirófano. Pearson vio que corría. ¿Qué demonios estaba pasando? Joder, de repente se sintió raro. Se sentía frío y tembloroso, pero sus piernas estaban calientes. ¿Y por qué estaba todo el mundo tan asustado?

¿Por qué todos esos movimientos súbitos? ¿Por qué se han ido las enfermeras al otro extremo de la mesa y de dónde sale toda esa sangre?

Aún anestesiado, ajeno e ignorante del caos que se estaba extendiendo rápidamente por el hospital privado y del hecho que se estaba desangrando con rapidez, Pearson miró hacia la luz e intentó pensar en algo que no fuera el hecho de que su cirujano acababa de desaparecer en medio de su vasectomía.

Hoy se percibe por todas partes una atmósfera extraña. Todos parecen estar al límite. Nadie está seguro de nada. Es como si todo el mundo se pensara dos veces lo que hace y se preocupase más de lo normal de lo que están haciendo los demás. Nuestra vida cotidiana y la rutina diaria se nos antojan de repente más complicadas que antes y aun así no estoy seguro de que haya cambiado nada.

He recibido una llamada de Lizzie justo cuando salía a comer. Teníamos una cita esta tarde para llevar a Josh a un reconocimiento en el hospital y, con todo lo que pasó ayer en la escuela, ambos lo habíamos olvidado. Josh se cayó de una silla en el parque hace tres semanas y se abrió la cabeza. La visita sólo es para comprobar que la herida se ha curado correctamente y que el niño está sano y en forma. Lizzie también había olvidado decirle a Harry que la escuela estaba cerrada, de manera que a las ocho de la mañana estaba en la puerta dispuesto a cuidar de Josh como siempre. Liz ha acordado con él que la lleve a ella y a Josh a la ciudad, y que vuelva con Ellis y Ed a casa. Le he dicho que me encontraré con ellos en el hospital y que volveremos a casa juntos después de ver al médico. He conseguido convencer a Tina Murray de que necesito estar presente en la visita. Por una vez se ha tragado la historia sin oponer demasiada resistencia.

A pesar de que he intentado salir pronto, ya iba con retraso cuando he salido de la oficina (me he parado a charlar con alguien) y he tardado una eternidad en cruzar la ciudad. La visita de Josh era las tres, hace tres cuartos de hora. Pero bueno, los hospitales siempre van retrasados y con todo lo que está ocurriendo lo más normal es que hoy haya más retrasos de los habituales. Me apuesto algo a que ni siquiera han entrado a ver al médico. Avanzo con rapidez por el descuidado camino que atraviesa el aparcamiento. El hospital parece muy concurrido. La tarde es gris y oscura y en las incontables ventanas del edificio relucen brillantes luces amarillas. Es un lugar jodidamente lúgubre. No me gustaría quedarme aquí por...

—¡Danny!

¿Quién demonios ha dicho eso? Me doy la vuelta y veo a Lizzie viniendo hacia mí con Josh en su sillita.

—¿Estás bien? —pregunto confundido.

—¿Dónde te has metido?

—No he podido llegar antes —contesto, mintiendo con los dientes apretados—.

¿Acabas de llegar? Ella mueve la cabeza.

—¿Estás bromeando o qué? Ya hemos acabado.

—¿Qué? ¿Ya lo han visitado?

—Era a las tres. Menos mal que no lo has traído tú.
—Lo sé, pero...
—Te he estado esperando veinte minutos. Entramos y salimos en segundos. Han ido muy rápidos.
—Lo siento, yo...
Vuelve a mover la cabeza y empieza a empujar a Josh cuesta arriba, hacia la calle principal.
—No importa —murmura. Joder, está de muy mal humor.
—¿Y está todo bien? —pregunto, gritando tras ella mientras se aleja a paso rápido—. ¿Está bien Josh?
—Está bien —gruñe volviendo la cabeza.

La tarde va de mal en peor. Lizzie me vuelve a hablar pero no está contenta. Tampoco yo lo estoy. Hemos caminado de vuelta a través de la ciudad hacia la estación pero ha habido un problema en la línea y han cancelado nuestro tren. No podemos llamar a Harry para que nos recoja (no hay suficiente espacio en el coche), de manera que la única alternativa es un largo viaje de vuelta a casa en tres buses. Liz acaba de llamar a Harry y le ha dicho que volveremos tarde. No le ha sorprendido.

La jornada laboral está llegando a su fin. La luz empieza a desvanecerse y aquellos oficinistas que acaban a las cuatro ya están empezando a llenar las calles. Tenemos que salir de la ciudad con rapidez o nos vamos a ver en medio de la hora punta.

—¿Qué autobús? —pregunta Lizzie, teniendo que gritar para que se la oiga por encima del tráfico.

—El 220 —contesto justo a sus espaldas. Ahora soy yo el que va empujando a Josh y parece que nos movemos en la dirección opuesta a casi todos los demás peatones. Es difícil avanzar en línea recta—. La parada está justo ahí delante.

Nuestra parada se encuentra hacia la mitad de una calle de un solo sentido. Lizzie se refugia bajo la marquesina y yo la sigo. Josh se está quejando. Tiene frío y hambre.

—Mira, siento no haber llegado al hospital a tiempo —le digo—. Por el momento las cosas son complicadas. Ya sabes lo que ocurre cuando...

—No importa —me interrumpe, poco interesada en mis explicaciones.

Miro hacia el final de la calle y aparece un autobús. Esperanzado, bizqueo en la distancia para intentar ver el número, pero no es el nuestro. Vuelvo de nuevo a la marquesina.

—¿Qué ha dicho el médico?

—No demasiado. Entramos y salimos en cinco minutos. La herida se ha curado y no hay ningún daño permanente. Le quedará una pequeña cicatriz pero quedará oculta bajo el pelo.

—Eso está bien —digo, bajando la mirada hacia Josh, que parece que está a punto de quedarse dormido—. Es un alivio. Nunca puedes estar seguro cuando se

hacen daño de esa manera...

Me callo cuando al lado de la parada resuena un repentino estruendo de pasos a la carrera. Un grupo de seis hombres van a la caza de una figura con la cabeza rapada que intenta huir desesperadamente. Viste vaqueros y una camiseta blanca cubierta de sangre. Dos de los hombres nos empujan y casi tiran a Lizzie.

—¡A ver si miráis por dónde vais, jodidos idiotas! —les grito. E inmediatamente lamento haber abierto la boca. Lizzie me mira fijamente. Gracias a Dios los dos hombres siguen corriendo y ninguno de ellos reacciona.

El hombre al que están cazando corre hacia la calzada e inmediatamente se pone en el paso de un taxi que hace sonar el claxon y le hace luces. El conductor da un volantazo y derrapa al frenar, pero consigue evitar la colisión. El hombre se retira del capó del taxi, se gira y sigue corriendo por el centro de la calzada. Pero ese pequeño retraso es su perdición y el grupo de hombres que lo persiguen están sobre él como animales salvajes cazando su presa. Tengo el corazón en la garganta. El resto del mundo parece que se ha quedado paralizado.

El primero de los perseguidores extiende la mano y consigue agarrar la manga del hombre. Con un simple gesto consigue tirar hacia atrás a la desesperada figura. Tropieza con sus propios pies y cae hecho un ovillo sobre la línea discontinua, en el centro de la calzada.

—Jodida chusma —oigo gritar a uno de los hombres—. Jodida chusma de Hostiles.

Rodean al corredor solitario y lo apalizan. Le dan patadas y puñetazos sin piedad. Miro a Lizzie y ella me devuelve la mirada, los ojos muy abiertos de sorpresa y miedo. ¿Espera que yo haga algo? No hay ninguna razón para que me vea envuelto. Miro a mi alrededor y veo que nadie está haciendo nada. El tráfico se ha detenido y muchos de los peatones del otro lado de la calle se han parado.

La paliza dura menos de un minuto. Lo rodean y le pegan desde todos los lados y todos los ángulos, golpeándole cara, riñones, pecho y testículos, aplastándole la cabeza, las rodillas y las manos extendidas. Una vez ha terminado el frenético ataque, los asaltantes, sin aliento, dan un paso atrás, dejando en el suelo a plena vista un cuerpo contorsionado. El aullido de sirenas que se aproximan rompe el pesado y ominoso silencio. Vuelvo a mirar hacia el otro extremo de la calle y veo que se aproxima una moto de policía sorteando los coches parados. Para cuando el agente de policía llega al cuerpo todos los atacantes, excepto uno, han desaparecido entre la multitud. El que se ha quedado se mantiene firme y le grita y chilla al policía, señalando con un dedo acusador al hombre indefenso y destrozado en medio de la calle, antes de darse la vuelta y correr tras los demás. Con una extraña falta de urgencia, sin interés ni cuidado, el policía arrastra el cuerpo desde el centro de la calle y lo deja junto al bordillo de la acera, luego, hace señales a los coches para que se empiecen a mover.

Lentamente el mundo vuelve a ponerse en marcha.

Lizzie me está agarrando el brazo con tanta fuerza que me empieza a doler. No puedo apartar los ojos del oscuro montón que está a un lado de la calle. ¿Quién era?

¿Qué había hecho? Si realmente era un Hostil, se merecía todo lo que le ha pasado.

Parece que cada vez que salimos pasa algo.

Vuelvo a pensar en el programa de televisión que vimos anoche, y vuelvo a pensar en los otros ataques que hemos visto y de los que hemos oído hablar. Toda esa mierda que expliqué no cuenta para nada. En esto hay algo más. No es sólo paranoia o gente aprovechándose de la situación.

Me pongo enfermo de los nervios, y de miedo.

¿Quién va a ser el siguiente al que le pase algo? ¿Yo? ¿Lizzie? ¿Harry o uno de los niños? ¿Alguien del trabajo? Puede ser cualquiera.

Es tarde cuando llegamos a casa. Esperábamos llegar a las cinco. Había retenciones de tráfico a la salida de la ciudad. Ahora son casi las ocho.

—Alguien tiene prisa —dice uno de los hombres del piso superior cuando nos cruzamos con él al salir del bloque de pisos. Creo que es Gary. Está con otro hombre que no he visto nunca.

—Lo siento —murmuro mientras intento pasar por la puerta de entrada con la sillita de Josh.

—¿Están bien? —pregunta, aparentando interés.

—Estamos bien, gracias —contesto con rapidez y sin ganas de entablar conversación. Suavemente empujo a Lizzie hacia el piso. Los dos hombres salen.

—¿Va todo bien? —pregunta Harry cuando abro la puerta. Ya estaba a la mitad de camino del pasillo cuando ha oído la llave en la cerradura—. Me he preocupado muchísimo por vosotros. Podríais haber llamado otra vez.

—Lo siento, papá —se excusa Lizzie.

—Ha habido problemas —le explico.

—¿Qué tipo de problemas?

Liz se quita el abrigo y mueve la cabeza. Se limpia los ojos.

—No sé lo que está pasando ahí fuera —suspira en un tono bajo y emotivo—. Parece que como si todo el mundo se estuviera volviendo loco.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta, mirando de Lizzie a mí, y de nuevo a ella para obtener una respuesta—. ¿Estáis bien los dos? ¿Os...?

—Estamos bien —responde ella con cansancio mientras lo empuja suavemente por el pasillo hacia la sala de estar. Josh sigue durmiendo. Con mucho cuidado suelto las correas, le quito el abrigo y lo levanto de la sillita.

—¿Qué ha ocurrido? —vuelve a preguntar Harry cuando lo sigo a él y a Liz a la sala de estar. Me paro y echo una rápida mirada a los dormitorios de los niños. Ed está tendido en la cama, leyendo. La habitación de Ellis está vacía.

—Fuimos a pie hasta Pedmore Row para coger el autobús —le explico—. Un grupo de individuos salió de Dios sabe dónde y empezaron a darle una paliza a un tipo. Era un Hostil. ¿Dónde está Ellis?

Harry hace un gesto hacia la sala de estar. Echo una ojeada por encima del respaldo del sofá y siento un gran alivio al verla, encogida como una pelota, dormida con la cazadora de su abuelo echada sobre los hombros. Parece tranquila y relajada. La habitación está en silencio y a oscuras, y la única luz procede de la parpadeante tele.

—No quería irse a la cama —me explica, mirándola—. No dejaba de preguntar dónde estabais. La he dejado que se quedara conmigo durante un rato. Sabía que acabaría durmiéndose.

Liz se pone en cuclillas delante de Ellis y le aparta de la cara un mechón de cabello.

—La voy a llevar a la cama —susurra mientras desliza los brazos bajo su cuerpo y la levanta. Ellis murmura algo y se agita, pero no se despierta. Harry y yo contemplamos cómo se la lleva. Entonces Harry rodea el sofá y se sienta en el centro, probablemente donde ha estado sentado toda la tarde. Dejo a Josh tendido en mi regazo.

—Vuélvemelo a explicar —dice en voz baja—, ¿qué ha ocurrido exactamente? Me siento a su lado y me quito los zapatos.

—No sé nada más que lo que te he contado. Un grupo de tipos la ha emprendido con un Hostil, eso es todo. El maldito cabrón probablemente se merecía todo lo que le ha pasado. Después el autobús tardó y había una carretera cortada y...

Harry asiente con la cabeza, suspira y se restriega los ojos. Parece cansado.

—No sé lo que está pasando ahí fuera. Tenía el presentimiento de que ibais a tener problemas esta noche. —Estoy a punto de preguntarle qué ha querido decir cuando coge el mando a distancia y sube el volumen de la tele—. He estado viendo las noticias desde que acabaron los programas infantiles.

Vuelvo la atención a la tele. Los disturbios están aumentado por todo el país. En las noticias están hablando de un «aumento exponencial de los incidentes». Las matemáticas nunca fueron mi fuerte en el colegio pero sé lo que quieren decir. Un incidente se convierte en dos, dos en cuatro, cuatro en ocho y así sigue y sigue hasta... Joder, ¿cuándo va a acabar?

Hay un cambio evidente en la forma en que los periodistas de la tele hablan de lo que está pasando esta noche. Se están concentrando en la gente —los llamados Hostiles— que parecen estar en la raíz de todos los problemas. Están remarcando que sólo está afectada una pequeña minoría, pero advierten al público que se mantengan alejados de cualquiera que parezca tener un comportamiento errático. Maldita sea, eso puede ser la mitad de los habitantes de esta ciudad en un buen día.

—Es como si fuera una enfermedad —dice Harry—. Una locura, ¿no te parece? Se está extendiendo como una enfermedad.

—Sería bueno que alguien se diera prisa y encontrara una cura —murmuro entre dientes mientras sigo contemplando la pantalla.

—Siguen diciendo que todo es obra de unos pocos, ¿sabes? —prosigue, repitiendo lo que ya he escuchado—. Cuando eso los asalta, sea lo que sea, los vuelve locos. Hace un rato ha hablado un médico. Hay que estar atento a los primeros instantes.

—¿Qué? —murmuro, escuchándolo sólo a medias.

—Cuando están a punto de perder el control, como ese tío que has visto esta tarde, supongo. Sencillamente atacan a cualquier persona o cosa que tengan alrededor. Después, dicen, empiezan a calmarse. Siguen siendo capaces de hacer

cosas así, pero no son tan imprevisibles. ¿De qué está hablando?

—¿Qué quiere decir, no tan imprevisibles? —le pregunto—. ¿Quieres decir que sólo hacen lo suficiente para hospitalizarte pero no te matan?

—Sólo te estoy contando lo que he escuchado —suspira—. No seguiré si te vas a poner así.

Muevo la cabeza y vuelvo a mirar la pantalla, en la que se suceden imágenes de convoyes de tropas que circulan por el centro de una ciudad. No estoy seguro dónde es pero no se trata de un sitio que reconozca. Los periodistas están hablando de que la policía y las fuerzas armadas van a emplear todos sus efectivos, y vuelvo a pensar en el debate que vimos anoche en la tele. ¿Hemos llegado ya al punto de saturación sobre el que estuvieron hablando? Las voces en la tele se toman mucho interés en subrayar que, aunque hay dificultades, las autoridades siguen teniendo el control. Sólo eso. Joder, no imagino qué ocurrirá si todo esto va a peor y pierden el control. Maldita sea, no vale la pena pensar en ello.

La pantalla muestra una oleada de estadísticas gubernamentales y pierdo interés. No creo en las estadísticas. Son todas inventadas. Pueden hacer que las estadísticas digan lo que ellos quieran.

—El problema es —dice Harry— que han dejado que la cosa se des controle. Eso es muy poco. Y llega demasiado tarde.

—¿De qué hablas? —pregunto—. ¿De qué se supone que estás hablando?

Señala la pantalla.

—Me refiero a los disturbios... —contesta—, a la violencia... la gente.

Las estadísticas han desaparecido y ahora nos muestran unas imágenes de una fila de casas ardiendo. Personas desesperadas están gritando y la policía las mantiene alejadas con una barrera. Todo lo que pueden hacer es contemplar cómo su vida desaparece envuelta en llamas.

—Lo que ocurre —susurra— es que la gente se aterroriza y reacciona en exceso a causa de lo que están viendo y de lo que les están contando. Han permitido que la situación se salga de madre. La gente está viendo los muertos y la destrucción en la televisión, y eso hace que también quieran formar parte de ello. Es como esas malditas películas de terror que Lizzie y tú veis. Provocan que quieras hacer cosas. Ponen ideas en tu cabeza y hacen que pienses que está bien hacer eso mismo. Incluso le están dando a esa gente una etiqueta. Por Dios santo, los llaman «Hostiles». Los están haciendo atractivos. Casi parece un club al que te gustaría pertenecer, ¿no te parece?

Está diciendo lo mismo que yo decía precisamente ayer. Pero yo ya he empezado a aceptar que estaba equivocado, y cuando contemplo esta noche la pantalla de la tele estoy aún más seguro de que he malinterpretado gravemente la situación cuando divagaba anoche. La misma escala de lo que está pasando está empezando a asustarme. Siguen hablando de pequeñas minorías pero miles, quizá decenas de miles de personas están implicadas en esta violencia. Cientos de vidas se han visto afectadas de alguna manera. Jóvenes, viejos, hombres, mujeres... personas de todas las clases sociales están implicadas. Esto es mucho más que una simple

paranoia. Esto es mucho más que los medios magnificando los hechos.

—Yo no quiero unirme a ningún club —le digo—, y nadie me está metiendo ideas en la cabeza. Yo no he empezado ninguna pelea. No voy a salir a atacar a nadie, como tampoco lo vais a hacer tú o Lizzie.

—Lo sé. Tenemos la madurez y el sentido común de nuestra parte, ¿no? Conocemos la diferencia entre lo correcto y lo incorrecto. Sabemos lo que es aceptable y lo que no.

—¿Estás intentando decir que todos los afectados por esto son sólo inmaduros? Venga, Harry, realmente crees...

—Hay un montón de gente ahí fuera a los que les importa una mierda el bien o el mal —prosigue, ignorándome—. Hay gente a la que entusiasma causar problemas, y mostrarlo en televisión como han hecho sólo ha empeorado las cosas. Al mostrarlo les están diciendo que está bien, que es aceptable.

—¡Y una mierda! No están diciendo eso en absoluto...

—Lo están insinuando porque ahora hay muchísima gente implicada, y todos los que por ahora se mantienen al margen pueden participar también.

—¡Y una mierda! —repito.

—No hace falta que me hables así —me corta.

—Estás tan equivocado —intento explicarle—. Esto no tiene nada que ver con...

—Y eso es precisamente del tipo de cosas de las que estoy hablando —continúa, levantando la voz y sin escuchar nada de lo que estoy intentando decir—. Hace treinta años nunca habrías usado ese tipo de lenguaje en una conversación normal. Ahora cada palabra que oyes es un taco. Lo aceptable se ha modificado y eso es lo que está ocurriendo en las calles.

Por un instante no puedo responder. El anciano está de repente muy agitado. Su rostro está rojo de ira. Unos pensamientos terribles me pasan por la cabeza. ¿Es un Hostil? ¿Está a punto de cambiar? ¿Está a punto de transformarse como esa gente que hemos visto en la tele? ¿Está a punto de atacarme? ¿Debo atacarlo primero, antes de que tenga la oportunidad de alcanzarme? ¿Es así como empieza...?

—Nadie tiene ya ningún respeto por nada ni por nadie —prosigue—. Eso es una maldita desgracia. Ha estado ocurriendo durante años. Antes de que te des cuenta tendremos una anarquía total y verás...

—Sé lo que intentas decir, papá —le interrumpe Lizzie, que vuelve a la habitación—, pero no estoy de acuerdo. Danny y yo tuvimos esta conversación anoche, ¿verdad? Nunca he visto nada como lo que hemos presenciado en los últimos días. He visto un montón de disturbios con anterioridad, pero nada como esto.

Me relajo. La súbita llegada de Liz parece que ha calmado la situación. La ira ha desaparecido del rostro de Harry.

—¿Qué quieres decir? ¿Cuál es la diferencia? —pregunta.

Liz está en el quicio de la puerta y reflexiona durante unos segundos.

—Esta tarde, después de que apalizaran a aquel hombre, casi se podía palpar en el aire.

—¿Palpar qué? —le pregunto.

—El miedo —contesta—. La gente está aterrorizada. La gente está empezando a esperar que haya problemas y están tensos para reaccionar ante ellos. Y cuando ocurre, reaccionan, la mayor parte de las veces de forma totalmente desproporcionada a causa de lo que han visto. No sé cuál es la causa de todo esto, papá, pero sé que tiene que haber una razón física bien definida. La gente está aterrorizada y la situación va cada día a peor.

—Las cosas empezarán a calmarse... —empieza a decir Harry instintivamente. Lizzie está negando con la cabeza.

—No, no lo harán —replica con voz temblorosa—. Esta tarde hemos visto que un grupo de hombres apalizaba a un Hostil. No sé lo que había hecho, pero no puede ser mucho peor que la venganza que se han cobrado en él. En ellos sí que había odio y rabia, a más no poder.

MIÉRCOLES

VII

Daryl Evans estaba sentado al fondo del piso superior del autobús, que circulaba por las calles hacia el centro de la ciudad. Estaba recostado contra el cristal y miraba hacia abajo mientras se dirigía hacia las oficinas municipales donde trabajaba y con la perspectiva de un nuevo día de trabajo y sufrimiento. Hoy no tenía ganas de trabajar. Quizás intentaría dejarlo después de un par de horas, pensó. Quizá le diría a Tina, su supervisora, que no se sentía bien y tenía que irse a casa. Con todo lo que estaba pasando ahora mismo pensaba que ella no se lo iba a impedir.

Evans no estaba particularmente interesado en el resto del mundo. No prestaba demasiada atención a nada que ocurriera fuera de su círculo inmediato de familia y amigos. La pasada noche disfrutó de una feliz velada y esta mañana le había resultado más difícil encontrar ánimos para ir al trabajo. Pasó la velada con un amigo que no había visto desde hacía tiempo. Había pasado el tiempo bebiendo cerveza y comiendo comida basura. Aún se sentía lleno y un poco resacoso. No había oído el despertador y después había vuelto del revés el piso, buscando el reloj. Al final lo había encontrado, debajo de la cama, pero para entonces ya salía tarde para el trabajo. Sólo sabía que iba a ser uno de esos días en el que todo cuesta más esfuerzo de lo que debiera y nada sale bien.

Evans no tenía tiempo para las noticias ni los temas de actualidad. No sabía por qué las calles estaban tan tranquilas esta mañana o por qué había tenido que esperar el autobús el doble de tiempo de lo normal, y encima iba medio vacío. No se dio cuenta de que las cosas parecían diferentes hoy, pero realmente nada podía obligarlo a plantearse la causa.

Había siete personas más en el piso superior del autobús. Cinco estaban solas, silenciosas y pensativas, contemplando la mañana gris y húmeda. Una pareja estaba sentada hacia la parte delantera, riendo y bromeando, y haciendo más ruido que el resto de los pasajeros juntos. Evans estaba sentado detrás del todo y los veía a todos. El interior del autobús estaba lleno de vaho de la condensación. Limpió la ventanilla para poder ver hasta dónde había llegado. Su repentino movimiento había llamado la atención de un hombre delgado como un lápiz y con el cabello hirsuto, sentado dos filas por delante, que se volvió nervioso para ver qué ocurría a sus espaldas.

Evans miró al otro pasajero a los ojos y se quedó helado.

El hombre —silencioso, sencillo y sin ganas de tener problemas— se giró con rapidez y volvió a mirar hacia el frente del autobús, rezando para que no ocurriese nada. Era demasiado tarde. Evans, movido por un impulso y un miedo súbitos e incontrolables, saltó del asiento y arrancó al otro pasajero del suyo. Lo tiró en el pasillo, entre las dos filas de asientos, y aterrizó con un tremendo golpe que fue lo suficientemente ruidoso para que lo oyesen todos en el piso de abajo. Miró al hombre, que le devolvía la mirada, petrificado, los hombros encajados entre

los asientos de ambos lados. Evans levantó el pie y le pisoteó la cara, rompiéndole la nariz y magullándole el párpado derecho. Después volvió a pisotearlo, una y otra vez, sintiendo cómo la resistencia desaparecía casi de inmediato. Luego notó que los huesos del hombre empezaban a romperse bajo la fuerza de su ataque sin piedad.

La conductora levantó la vista hacia su monitor pero los pasajeros del piso superior levantándose rápidamente de sus asientos y corriendo escaleras abajo le bloqueaban la visión. Frenó de golpe el autobús, en medio de una habitualmente concurrida calle de doble sentido. Una semana atrás la gente habría intentado hacer algo para ayudar, pero hoy no. Aterrorizados y temiendo por su propia seguridad, corrieron lo más rápido que pudieron, se echaron a la calle mirando hacia arriba cada vez que percibían los ocasionales atisbos del sangriento y violento ataque que proseguía en el piso superior.

Los agentes de policía que patrullaban cerca estaban dentro del autobús antes de que el último pasajero hubiera salido. Subieron rápidamente las escaleras, con las porras blandidas y dispuestas. Daryl Evans se les echó encima. Un único golpe de porra en un lado de la cabeza lo dejó sin sentido y cayó al suelo, a sólo unos centímetros de los pies inertes del cuerpo del hombre que acaba de golpear hasta la muerte.

Lizzie me ha dicho que era un maldito idiota por venir hoy, que estaba loco por ir a la ciudad y, ahora que estoy aquí, no puedo estar más de acuerdo. Quería quedarme en casa pero no tenía alternativa. En los últimos tiempos he faltado demasiado. Recibí una advertencia disciplinaria a causa de mi historial de ausencias hace un par de meses y ahora no me pagan si no ficho. Me han amenazado con despedirme si no aparezco en el trabajo y, no importa cuánto lo odio, pero no me puedo permitir perderlo. Quizá sea el único que aparezca hoy. Quizá deba aprovechar la oportunidad y darme la vuelta y volver a casa. No sé qué será peor: la idea de otra reunión disciplinaria con Barry, Penny y Tina, o correr el riesgo de verme involucrado en el tipo de problemas que vimos por aquí la pasada tarde.

Las calles están hoy más tranquilas. Aún hay un montón de gente por todas partes pero parece más un domingo por la mañana que un miércoles. Todo el mundo está silencioso y serio, y casi nadie habla con otra persona. Sé por qué es así. Yo tampoco quiero hablar con nadie. No quiero arriesgarme a hacer ningún contacto — ni siquiera los miro— por si existe la más mínima posibilidad de que estalle un incidente. Mantengo la cabeza baja y la boca cerrada, supongo que es lo que están haciendo todos los demás.

Todo esto es muy raro. Ayer por la tarde, cuando volvíamos a casa desde el hospital, y después, cuando estaba hablando con Harry, empecé a sentir como si el mundo se estuviera resquebrajando y llegando a su fin. Esta mañana la realidad parece diferente. A pesar de la tranquilidad y la ausencia de conversaciones todo parece extrañamente normal. Resulta difícil creer las cosas que hemos visto y de las que hemos oído hablar.

Cruzo Millennium Square para ir a la oficina. Se trata de una gran extensión pavimentada de baldosas y con una horrible y moderna fuente colocada justo en el centro. Está en pleno centro de la ciudad y la gente la cruza desde todas direcciones para ir a donde sea que vayan. Siempre está concurrida. Entre las ocho y las nueve de la mañana, entre mediodía y las dos de la tarde y casi sin interrupción después de las cuatro hasta primera hora de la noche, el lugar está lleno de gente. Si existe un sitio en el que puedes esperar que ocurra algo, es ése. Quizá lo debería haber evitado hoy, pero eso me habría hecho perder como mínimo otros diez minutos y ya voy tarde al trabajo. Parece como si las autoridades estuvieran preparadas para lo peor. Hay más agentes de policía patrullando por aquí de los que he visto con anterioridad y la mayoría, si no todos, van armados. Eso puede ser normal en cualquier otro lugar del mundo, pero aquí no. Joder, ver a los policías andando entre la multitud con sus

armas semiautomáticas en ristre hace que me dé cuenta de cuán peligrosa e impredecible es la situación. Pero ¿su presencia no agravará el problema en vez de solucionarlo?

Mis últimos minutos de libertad antes de llegar a la oficina.

¿Por qué ocurre todo esto? Mientras atravieso la multitud silenciosa y adusta, no puedo dejar de preguntarme otra vez la causa de toda esta locura e histeria. ¿Por qué el mundo ha perdido la cabeza? ¿Toda esta situación ha sido creada por los medios como cree el padre de Lizzie o hay algo más? ¿Realmente ha ocurrido algo? ¿Todo el mundo se está alejando, aterrorizado de algo que ni siquiera existe? ¿Es que hay algo en el agua? ¿Hay algo en el aire dispersado por terroristas? ¿Estamos viviendo un extraño escenario del tipo de *La invasión de los ultracuerpos*?

¿O es algo muchísimo peor que todo eso?

Mediodía.

Menos de la mitad de la plantilla ha aparecido en el trabajo. He intentado pasar desapercibido todo lo que he podido. Manteniéndote ocupado parece que el tiempo pasa más deprisa y yo quiero que el día pase lo más rápidamente posible. He hablado brevemente con Liz hace más o menos una hora. La escuela sigue cerrada. Han intentado abrirla esta mañana pero han aparecido la mitad de los niños e incluso menos maestros, de manera que Lizzie está pasando otro día encerrada en casa con los niños. La están volviendo loca pero sé que está mejor allí. A mí también me gustaría estar en casa.

La falta de personal significa que todos vamos estresados. Jennifer Reynolds es una de las personas que no ha aparecido y eso significa que todos tenemos que hacer turnos de una hora para cubrir Recepción. Si existe un día en el que no quisiera estar ahí fuera es hoy. Incluso Tina ha tenido que realizar un turno. Acabo de finalizar el mío y Hilary Turner ha salido a relevarme. Me gusta Hilary. Es una vieja solterona de rostro frío y agriado, y bastante obesa, pero sabe lo que hace todo el mundo por aquí y no está para gilipolleces. A diferencia de la mayor parte de la gente con la que trabajo, es recta y honesta. Si tiene algún problema con algo que has hecho te lo dice a la cara, nada de las puñaladas traperas que recibes de todos los demás. Es tan dura como una roca y me gusta por eso.

—Ha estado tranquilo —le digo mientras se acerca caminando como un pato—. No ha entrado nadie.

—Eso es el beso de la muerte —gruñe, mientras se deja caer pesadamente en la silla caliente detrás del mostrador—, empezarán a entrar todos juntos ahora que he salido yo.

Estoy a punto de decirle que se calle y que no diga estupideces cuando se abre la puerta principal. Quizá tenga razón. Se produce una súbita explosión de movimiento cuando un hombre se precipita en el edificio. Lleva un montón de papeles que tira con un golpe sobre el mostrador. Ella salta hacia atrás. Este tipo está furioso. Bulle de ira y de repente estoy demasiado aterrorizado para moverme. ¿Es

uno de ellos? ¿Es un Hostil?

—Solúcionelo —grita—. ¡Solucione este maldito lío ahora mismo!

Vuelve a dar un puñetazo en el mostrador. Su cara está roja de ira y respira pesadamente. Tiene más de metro ochenta de altura y la constitución de un maldito jugador de rugby. Debería decirle algo pero no puedo. En silencio espero que Hilary hable (habitualmente es muy buena manejando este tipo de situaciones) pero ella también permanece callada.

—Su jodida gente le ha puesto el cepo a mi coche —chilla—. No hay señales ni marcas de ningún tipo. Ésta es una total y jodida vergüenza. No he podido asistir a una reunión por culpa...

Sigo sin poder moverme. Él sigue gritando pero he dejado de escuchar lo que está diciendo. Lo miro a la cara y lentamente me voy alejando hasta que me aplasto contra la pared. ¿Es este hombre un Hostil? ¿Está a punto de explotar y matarnos a ambos? ¿Qué demonios debo hacer? ¿Debo correr? El hombre mira a Hilary y después a mí. Puedo ver a Hilary por el rabillo del ojo. Está temblando como una hoja. Normalmente es dura como una roca pero está tan asustada como yo. Tengo que hacer algo.

—Mire... —empiezo a decir en un tono bajo e inseguro.

—No me venga con más mierda. Sólo solúcionelo y hágalo ahora mismo. Necesito volver a mi oficina. Se me está acabando la paciencia y si no consigo...

Se inclina hacia delante y los dos reculamos.

—Por favor... —murmura Hilary lastimosamente. Empieza a sollozar. Bajo la mesa aprieta la alarma de ataque personal. Puedo oír el agudo pitido de la alarma en la sala principal.

El hombre se queda parado. Su expresión cambia. Él también está oyendo el estruendo. Me mira a mí, después a Hilary, y vuelta atrás una vez más. Sus ojos se han abierto de repente, llenos de sorpresa y miedo. ¿De qué demonios va a estar asustado? Ha sido él el que ha entrado aquí y...

—Lo siento —dice rápidamente, alejándose un par de pasos del mostrador—. Lo siento, yo no quería...

Se empieza a dar cuenta.

Su voz está ahora a una fracción del volumen de antes. Hilary y yo estamos esperando a que vuelva a explotar. En su lugar se encoge. Se da cuenta de que estamos asustados y ahora es él el que está asustado de cómo vamos a reaccionar.

—No soy uno de ellos —nos dice, suplicándonos que lo creamos. Parece como si tuviera lágrimas en los ojos—. De verdad que no lo soy. Me he vuelto loco por la multa de aparcamiento, que me ha sacado de quicio, eso es todo. No soy un Hostil. No quiero pelea. No voy a hacerle daño a nadie...

Sigo sin poder hacer nada. Me he quedado paralizado. Toda esta situación parece ajena y extraña. Es una escena incómoda que finaliza tan rápido como ha empezado. El hombre parece a punto de decir algo, pero no lo hace. Se da la vuelta y sale del edificio, con la multa de tráfico aún en la mano.

Hora de almorzar. Es un par de horas más tarde de lo que originalmente había planeado hacerlo. Hubiera sido más sensible y probablemente más seguro quedarme en la oficina, pero tenía que salir. He recibido otra llamada de Lizzie. Su día encerrada en casa con los niños ha ido empeorando. Necesitamos pan y leche pero los chicos están descontrolados y ella no se siente con fuerzas para llevarlos a ningún lado. Le he dicho que iré a comprar mientras esté por aquí. Iba a esperar hasta después del trabajo pero me alegro de no haberlo hecho. Las estanterías del supermercado estaban casi vacías. Esta noche ya no quedará nada.

Sin pensarlo ya estoy de vuelta en Millennium Square. No está tan concurrida como de costumbre pero hay un montón de gente y...

¿Qué demonios ha sido eso?

Estoy parado en el centro de la plaza, al lado de la fuente, y todo el mundo se ha vuelto loco. Todos se dejan caer al suelo y yo hago lo mismo. Se ha oído un ruido, un sonoro estallido, como si fuera un disparo. Pero no puede ser, ¿o no? Lentamente alzo la cabeza del suelo. La gente ha empezado a levantarse. Algunos ya están corriendo en todas direcciones y es imposible ver qué ha ocurrido. Otros permanecen quietos como yo, intentando averiguar qué está pasando y dónde está el peligro. Me tengo que mover. Tengo que salir de aquí. Me levanto y empiezo a correr hacia la oficina, pero es difícil avanzar con todo el mundo zigzagueando de repente a mi alrededor. Me paro y me agacho cuando vuelvo a oír el sonido. Era un disparo. No puede haber sido nada más.

Justo a mi izquierda un grupo de personas está gritando y chillando de pánico. En el suelo, justo en el centro del grupo, hay un cuerpo. No estoy lo suficientemente cerca para ver los detalles pero puedo ver que alrededor de la cabeza de la persona se está formando un charco de sangre. La gente ha empezado a moverse de nuevo, pisoteando el cadáver. Quizá ya está. Quizá ya ha acabado. Quizás es el cuerpo de un Hostil que yace muerto en el suelo y las cosas van a empezar a...

¿Ahora qué? La gente pasa a mi lado corriendo. ¿Han visto algo que se me ha pasado por alto? Tengo que salir de aquí antes de que me vea... demasiado tarde: un tercer disparo llega desde mi izquierda y envía a la multitud en dirección contraria como palomas asustadas. Tengo que seguir moviéndome pero mis piernas parecen de plomo. Estoy desorientado. Miro los edificios alrededor de la plaza, intentando orientarme y decidir en qué dirección correr. Cuando finalmente creo saber la dirección avanzo unos pasos, sorteo unas cuantas personas aterrorizadas y me quedo clavado en el sitio.

La multitud se ha dispersado delante de mí. A no más de diez metros por delante hay un agente de policía, armado como los que he visto esta mañana. Está vigilando la plaza, moviendo lentamente la cabeza de un lado a otro. Ahora se ha parado y alza de nuevo el arma. Mierda, está apuntando en mi dirección. ¡Me cago en la puta, me está apuntando a mí! Le miro directamente a la cara y él me devuelve la mirada. ¿Me debo dejar caer al suelo? ¿Debo darme la vuelta y correr o...?

El cuarto disparo.

El policía dispara y, Virgen santa, casi puedo sentir como la bala silba junto a mi cara. Despacio, miro por encima del hombro y veo otro cuerpo en el suelo, no muy lejos de mí, con un agujero sangriento en la cara, donde debía estar el pómulo. Temblando, me doy la vuelta y corro. Voy en dirección opuesta a donde quiero ir, pero no importa. Sólo tengo que salir de aquí.

¿Y si soy el siguiente? ¿Y si me está apuntando en este preciso instante? En cualquier momento puedo oír la detonación del próximo disparo y puedo estar en el suelo con una bala en la espalda. No tengo ni una jodida posibilidad. Sólo seguir moviéndome y esperar que alguien se interponga entre el pistolero y yo. «Muévete más deprisa. Muévete más deprisa —me digo a mí mismo—. Sigue corriendo. Ponte fuera de su alcance. Sigue adelante hasta...»

Quinto disparo.

Nada. No me ha dado.

Sexto, séptimo y octavo disparo en rápida sucesión. Parece como si esta vez hubieran llegado desde otra dirección. Miro hacia atrás, al centro de la plaza.

El policía armado está en el suelo. Otro policía está encima de él y descerraja los disparos nueve, diez y once en el cuerpo, preso de espasmos, de su antiguo compañero.

Sigo corriendo. Mientras me muevo, un solo pensamiento devastador me cruza por la cabeza. ¿Era ese policía un Hostil? Jesús, si hay gente en las fuerzas de policía capaces de desencadenar este tipo de violencia a sangre fría y sin emociones, ¿qué demonios se supone que tenemos que hacer? Las implicaciones son terroríficas. ¿Quién va a mantener el control? ¿Qué demonios ocurrirá ahora?

Tengo que volver a casa. Jodido trabajo. Olvida el empleo. Cambio de dirección y corro lo más rápido que puedo hacia la estación. Tengo que volver con Lizzie y con los niños.

Gracias a Dios que hoy circulan los trenes. Ayer tardé horas en volver a casa y esta tarde no quiero estar en las calles más de lo indispensable. Sólo he tardado unos minutos en ir de la plaza a la estación y no he tenido que esperar demasiado al tren. Dios sabe lo que Tina me va a decir mañana si vuelvo al trabajo. Podría llamarla ahora con el móvil y explicarle lo que ha ocurrido, pero no quiero hacerlo. No quiero hablar con nadie. Sólo quiero llegar a casa.

Sólo hay tres vagones en este tren. No puede haber más de veinte personas a bordo. He encontrado un asiento lo más alejado posible de todo el mundo. Es el último asiento del tren, al final del tercer vagón. Hay otras dos personas conmigo. Ambos están más cerca de la parte delantera, cada uno a un lado del pasillo. Me doy cuenta de que no dejo de mirarlos, asustado de que uno de ellos se gire porque mientras el tren se esté moviendo estoy aquí atrapado, con ellos. De vez en cuando veo como uno de ellos mira hacia atrás. Están tan ansioso, como yo. Tengo el estómago revuelto y siento como si fuera a vomitar. No sé si es por el movimiento del tren o los nervios.

Estamos entrando en la última estación antes de casa. Joder, espero que no suba nadie. Tengo el móvil en la mano y no lo he soltado desde que subí. Quiero llamar a Lizzie y decirle que estoy de camino a casa pero no me puedo decidir a hacerlo. ¿Es una estupidez? No quiero hablar alto para no llamar la atención. No quiero hacer nada que les pueda dar a los demás pasajeros una razón para mirarme.

El tren frena y se para. Miro hacia el andén (intentando que no parezca que lo estoy escrutando) y veo que un puñado de personas se aproxima tranquilamente a las puertas del tren. Una persona del vagón se levanta y se apea, y sube otro pasajero. Se trata de un hombre con una larga gabardina gris y un maletín con un portátil colgado del hombro. Hago todo lo posible por evitar su mirada pero tengo que seguir mirando. Tengo que ver adónde va. ¿Viene hacia aquí? Mierda, sí. Rápidamente bajo la mirada al suelo, desesperado porque no se dé cuenta de que estaba mirando. ¿Sigue viniendo hacia mí? ¿Se está acercando?

Se ha parado. Estoy seguro de que se ha quedado quieto y no puedo creer lo aliviado que me siento. Coño, esto es una estupidez. ¿Estoy paranoico? ¿Soy el único que está actuando de esta forma? No puedo creer que lo sea. Con muchísimo cuidado y moviéndome con muchísima lentitud, levanto la vista y miro a mi alrededor. El tren chirría y traquetea cuando arranca y, con precaución, me yergo apoyándome en el respaldo del asiento delante de mí. El pasajero recién llegado se ha sentado hacia la mitad del vagón, al otro lado del pasillo. Parece como si

deliberadamente hubiera puesto la mayor distancia posible entre él, yo y el tercer pasajero. Gracias a Dios.

Apoyo la cabeza contra la ventanilla y contemplo el familiar paisaje que pasa veloz. Todo parece igual pero esta tarde todo se percibe diferente.

Ya no falta mucho. Casi estoy en casa.

No más mierda. Son las nueve pasadas y los chicos están por fin en la cama. Ahora podemos bajar la guardia. Ahora podemos olvidar las voces felices, las sonrisas y las carcajadas que hemos desplegado por ellos. Ahora Liz y yo nos podemos sentar e intentar deducir qué está pasando. No tiene sentido implicar a los niños en esto. ¿Qué bien les iba a hacer? Si nosotros estamos confusos, ¿qué pueden hacer ellos? Es mejor que sigan ignorantes y felices. Ed está empezando a sospechar que algo va mal, pero los dos pequeños están muy tranquilos. A mí también me gustaría estarlo.

Llevamos sentados unos veinte minutos viendo los titulares.

—Esta noche es diferente —dice ella—. Ha cambiado.

—¿Qué ha cambiado?

—Las noticias. Han dejado de contarnos lo que está pasando. Sigue mirando y verás qué quiero decir. Ahora intentan explicarnos cómo afrontar la situación.

Tiene razón. Ha habido un cambio en el enfoque del canal de noticias que estamos mirando esta noche y yo no me había dado cuenta hasta que lo ha señalado Liz. Hasta ahora había un flujo continuo de reportajes sobre ataques individuales e incidentes mayores, pero todo eso ha desaparecido. Ahora todo lo que emiten es poco más que una serie de instrucciones. No nos están diciendo nada que no hubiéramos escuchado ya: alejarte de personas que no conozcas, quedarte en casa si es posible, vigilar cualquier comportamiento errático e irracional y alertar a las autoridades si estalla un incidente, cosas de ese tipo. Son todas instrucciones evidentes y de sentido común.

—Probablemente no valga la pena perder el tiempo informando de todo lo que está ocurriendo —me dice—. Una pelea en la calle se parece a cualquier otra.

—Lo sé —confirmo—. Sin embargo, falta algo, ¿no?

—¿Como qué?

—Si escuchas lo que están diciendo, nos siguen explicando que todo está bajo control y el problema contenido pero...

—Pero ¿qué?

—Pero nadie aparece con una explicación. Ni siquiera están intentando explicar lo que está ocurriendo. Eso me dice que nos están ocultando algo o...

—Nadie ha conseguido explicarlo aún —me interrumpe antes de que pueda acabar la frase.

Está oscuro. La casa está en silencio. Estoy cansado pero no puedo dormir. Son casi las dos de la madrugada.

—¿Estás despierta? —pregunto en voz baja.

—Muy despierta —contesta Lizzie.

Giro sobre un lado y la abrazo. Ella hace lo mismo y se arrima. Está muy bien tenerla tan cerca de esta manera. Hacía mucho tiempo.

—¿Qué vas a hacer por la mañana? —pregunta, su cara está tocando la mía. Puedo sentir su aliento en mi piel.

—No lo sé —contesto. Quiero quedarme en casa pero una parte de mí sigue pensando que debería volver al trabajo. Cuanto más rato permanecemos despiertos, más me convengo a mí mismo de que será seguro volver mañana a la oficina. Maldito idiota. Hoy he visto cómo tiroteaban a la gente en el centro de la ciudad. Es imposible que pueda volver allí.

—Quédate —me dice en voz baja—. Quédate aquí, con nosotros. Deberías estar aquí, conmigo y con los niños.

—Lo sé, pero... —empiezo a murmurar.

—Pero nada. Te necesitamos aquí. Yo te necesito aquí. Estoy aterrorizada.

Sé que tiene razón. La abrazo con más fuerza y muevo la mano a lo largo de su espina dorsal. Lleva un camisón corto y deslizo mi mano por debajo para volver a sentir su espalda. Su piel es suave y cálida. Espero que gruñe y se aparte de mí como hace habitualmente, pero se queda donde está. Ahora puedo sentir sus manos sobre mi piel.

—Quédate aquí conmigo —susurra de nuevo, moviendo lentamente la mano por mi espalda antes de introducirla entre mis piernas. Empieza a acariciármela y a pesar de todo el miedo, la confusión y la incertidumbre que sentimos los dos, se me pone dura en segundos. No puedo recordar la última vez que lo hicimos. Siempre parecía que había alguna razón para que no pudiéramos hacer el amor. Siempre se interponía algo o alguien.

—¿Cuánto tiempo hace? —le pregunto, manteniendo la voz baja.

—Demasiado —contesta.

Lizzie se pone de espaldas y yo me coloco encima. Con delicadeza, la penetro y ella se agarra a mí con fuerza. Puedo sentir sus uñas clavándose en mi espalda. Me desea tanto como yo a ella. Ambos nos necesitamos esta noche. Ninguno de los dos dice una palabra. No es necesario hablar. No hay nada que decir.

Son las cuatro y media. No recuerdo lo que ha ocurrido. Me he debido quedar dormido. Sigue oscuro y la cama está vacía. Miro alrededor y veo a Lizzie de pie, en la puerta.

—¿Qué ocurre?

—Escucha —susurra.

Me froto los ojos para quitarme el sueño y me siento. Oigo unos ruidos que vienen de arriba. Los sonidos son bajos y amortiguados. Algo está pasando arriba, en el otro piso ocupado. Se oyen voces —grandes voces— y después el sonido de unos cristales rotos.

—¿Qué está pasando? —pregunto, aún adormilado.

—Empezó hace unos cinco minutos —me explica mientras las voces de arriba son cada vez más ruidosas—. No podía dormir. Pensé...

Un golpe repentino en el piso de arriba la interrumpe. Ahora todo el edificio está en silencio. Se trata de un silencio largo, incómodo y ominoso, que provoca que contenga la respiración.

El dormitorio está frío y empiezo a temblar a causa de la combinación de la baja temperatura y los nervios. Lizzie se gira para mirarme y está a punto de decir algo cuando otro ruido se lo impide. Es el ruido de un portazo. Segundos después, oímos unas rápidas e irregulares pisadas en el vestíbulo del edificio, seguidas del chirrido familiar de la puerta principal al abrirse. Empiezo a levantarme.

—¿Adónde vas? —me pregunta.

—Sólo voy a ver... —empiezo a decir, aunque no estoy demasiado seguro de lo que estoy haciendo.

—No —me ruega—, por favor. Quédate aquí. Nuestra puerta está cerrada, al igual que las ventanas. Estamos seguros y también lo están los niños. Nadie más importa. No te involucres. Sea lo que sea que haya ocurrido ahí fuera, no te involucres...

No tengo intención de salir, sólo quiero ver qué ha ocurrido. Voy a la sala de estar. Oigo cómo arranca el motor de un coche y miro a través de las cortinas, asegurándome de que no me puedan ver. Uno de los hombres de arriba —no puedo ver cuál de ellos— se aleja a una velocidad increíble. No puedo discernir demasiados detalles, pero puedo ver que en el coche sólo va una persona, e inmediatamente empiezo a pensar en quién, o qué, se ha quedado arriba. Me doy la vuelta y veo que Lizzie está en la sala de estar, conmigo.

—¿Quizá debería subir a ver...?

—Tú no vas a ninguna parte —replica entre dientes—. Como te he dicho, nuestras puertas y ventanas están cerradas. Estamos seguros y tú no vas a ninguna parte.

—Pero ¿y si ha ocurrido algo ahí arriba? ¿Y si hay alguien herido?

—Ése no es nuestro problema. No me preocupa. Sólo tenemos que pensar en los niños y en nosotros. No vas a ir a ninguna parte.

Sé que tiene razón. Por sentido del deber, descuelgo el teléfono y marco el

número de emergencias. Señor, ni siquiera consigo que contesten.

Lizzie vuelve a la cama. Yo también iré en un par de minutos, pero sé que no me voy a volver a dormir en toda la noche. Estoy aterrorizado. Estoy aterrorizado porque, sea lo sea que hayamos visto que le ocurre al resto del mundo, de repente, parece que está más cerca.

JUEVES

Me despierto antes de que la alarma del reloj deje de sonar y me quedo mirando al techo, mientras intento encontrarle un sentido a todo lo que ha pasado en los últimos días. Todo parece inverosímil e imposible. ¿Realmente ha ocurrido todo eso? Aún no puedo dejar de preguntarme si todo esto no es el resultado de la jodida y exaltada imaginación de la gente o si realmente está ocurriendo algo más siniestro y extraño. En la fría luz de la mañana es difícil comprender todo lo que he visto y oído. Estoy intentando convencerme a mí mismo para ponerme en marcha, levantarme y prepararme para ir a trabajar. Pero entonces recuerdo lo que vi ayer en Millennium Square y me invaden los nervios y la incertidumbre cuando me golpea de nuevo esa realidad.

No tiene sentido seguir en la cama. Lizzie y los niños siguen durmiendo. Afuera aún está oscuro pero me levanto y trasteo por la sala de estar. Miro por la ventana. El coche de los vecinos de arriba aún no ha regresado. ¿Qué ha ocurrido allá arriba? Mi mente empieza a divagar y a jugarme malas pasadas. ¿Había un Hostil arriba? Me aterroriza pensar que mis hijos hayan podido estar tan cerca de uno de ellos. Me obligo a recordar las palabras de Lizzie cuando nos despertamos. Tengo que ignorar lo que le ocurra a cualquiera y concentrarme en mantener segura a la gente que está en mi casa.

El piso parece más frío que antes y la baja temperatura me hace sentir más viejo. Tomo algo para desayunar y me siento delante de la tele. Miro unos dibujos animados. No puedo asumir nada más serio. Aún no.

Estoy a medias de una cuenco de cereales secos y no puedo comer nada más. No tengo demasiado apetito. Me siento inquieto y no puedo dejar de pensar sobre lo que pasa ahí fuera. ¿Qué demonios está pasando? Pienso en todos los acontecimientos inconexos que he presenciado y los cientos —probablemente miles— de incidentes que han ocurrido en otros lugares. Nadie puede vislumbrar ninguna conexión y sin embargo, ¿cómo pueden no estar conectados? Eso, decido, es el aspecto más terrorífico de todos. ¿Cómo puede tanta gente, con vidas tan diferentes, empezar a comportarse tan irracional y erráticamente en un período de tiempo tan corto?

Miro el reloj y me doy cuenta que debería estar preparándome para ir al trabajo. Mi estómago empieza a revolverse cuando pienso en llamar y hablar con Tina. Dios sabe lo que me va a decir o lo que yo le voy a explicar. Quizá ni llame.

La curiosidad y la aprensión sacan lo mejor de mí. Finalmente transijo y cambio a las noticias. La mitad de mí quiere saber qué está pasando hoy, la otra mitad quiere

volver a la cama, meter la cabeza bajo la almohada y no levantarse hasta que todo haya pasado. Y eso me lleva a plantearme otra pregunta sin respuesta: ¿cómo acabará todo? ¿Esta oleada de violencia y destrucción sencillamente desaparecerá o seguirá creciendo y creciendo?

El canal de noticias de la tele parece diferente esta mañana y durante un rato no puedo decir por qué. El decorado es el mismo y la presentadora me resulta familiar. No reconozco al hombre sentado a su lado. Debe ser un sustituto. Supongo que el presentador habitual no se ha presentado a trabajar. La mitad de la plantilla no apareció ayer en mi oficina. No hay ninguna razón para que las cosas deban ser diferentes para la gente que trabaja en la tele, ¿o no? Excepto, quizá, por el hecho que a ellos les pagan muchísimo más que a mí por hacer muchísimo menos.

Otra vez están repitiendo las noticias a intervalos regulares. Parece que sólo están repitiendo los titulares, introducidos por los dos presentadores. No hay noticias de deportes, espectáculos ni economía, y los reportajes que estoy viendo son similares a los que hemos visto con anterioridad. Ninguna explicación, sólo la información básica. De vez en cuando se interrumpe la repetición, cuando uno de los presentadores entrevista a alguien con autoridad. A lo largo de los días he visto que entrevistaban a políticos, líderes religiosos y otras personas. Saben recitar el discurso y la mayoría de ellos también saben estar delante de las cámaras, pero ninguno de ellos puede disimular el hecho de que conoce tan poco de por qué está ocurriendo esto como nosotros. Y hay otras personas que habría esperado que entrevistasen pero que han brillado por su ausencia. ¿Qué ocurre con el primer ministro y con otros políticos de primer nivel? ¿Por qué no dan la cara? ¿Están tan ocupados gestionando personalmente la crisis (lo dudo) o pudiera ser que ya no estuvieran ocupando el cargo? ¿Podrían ser Hostiles el jefe del gobierno o el jefe de policía?

El presentador está diciendo que las escuelas y las empresas siguen cerradas cuando lo interrumpe un movimiento súbito frente a la cámara. Él levanta la mirada cuando una figura desaliñada con una carpeta en las manos y llevando auriculares aparece. Se trata de una mujer alta y esbelta que camina hacia atrás, hasta que está justo delante de la mesa de los presentadores. ¿Es la productora o la directora o algo así? Se inclina un poco para asegurarse de que la cámara la toma bien.

—No sigan escuchando toda esta basura —está diciendo, su cansado rostro desesperado y cubierto de lágrimas—. Sólo les están contando la mitad de la historia. No hagan caso de nada de lo que les digan...

Y desaparece. Hay más movimiento a su alrededor antes de que desaparezca la imagen y la pantalla se quede en negro. Después de una espera de unos largos e incómodos segundos vuelve la emisión. Se trata de un reportaje sobre protección personal y seguridad que he visto al menos cinco veces.

¿Qué es lo que no nos están contando? La mujer parecía desesperada, como si durante días hubiera buscado una oportunidad para hablar.

He llamado a la oficina hace unos minutos pero no hubo respuesta. Me sentí

aliviado cuando no tuve que hablar con nadie, pero entonces empecé a asustarme de nuevo, cuando pensé qué mal debían estar las cosas para que nadie haya ido a trabajar.

No hay nada que hacer, excepto sentarse en el sofá, delante de la tele, y contemplar cómo el mundo se hace pedazos.

Necesitamos comida. Lo último que quiero hacer es volver a salir pero no tengo alternativa. Los niños y Lizzie han estado atrapados en casa el último par de días y la despensa está casi vacía. Deberíamos haber pensado antes en eso. Necesito conseguir algunos alimentos antes de que las cosas se vuelvan aún más inciertas ahí fuera.

Tengo tanto dinero como el que puedo encontrar en mis bolsillos y ya veré qué puedo conseguir con ello. Siempre he ido mal de dinero. No tengo tarjetas de crédito desde que tuve un lío con mi banco hace poco más o menos un año y cancelaron todo lo que estaba relacionado con mi cuenta. Me dieron un préstamo de «última oportunidad». Una vez que he cobrado la nómina y pagado las facturas, lo que queda es con lo que vivimos hasta el siguiente día de cobro. Faltan dos semanas hasta ese día, así que no me queda mucho.

No pienso adónde voy a ir hasta que he salido del piso. Instintivamente conduzco hacia el supermercado en el que habitualmente hacemos la compra semanal pero me doy la vuelta antes de llegar. Aunque era bastante temprano ya había una gran cola sólo para entrar en el aparcamiento. Se trata de un sitio desagradable y concurrido en los mejores momentos, y poner hoy un pie allí habría sido buscarse problemas. Dos coches chocaron en la cola, justo por delante de mí. Uno golpeó en la parte trasera del otro. Los dos conductores bajaron y empezaron a gritarse, y tuve la sensación de que el jaleo estaba a punto de estallar. No quería correr riesgos. Me di la vuelta y conduje de vuelta a casa por calles sorprendentemente tranquilas. Sigue habiendo bastante tráfico, pero nada que ver con la cantidad de vehículos que circulan habitualmente a esta hora del día.

Estoy delante de la tienda de ultramarinos de O'Shea. Sólo está a unos minutos del piso. Está escondida en una calle lateral que sale de la principal, Rushall Road. La mayor parte de su clientela proviene de una fundición de acero que hay a la vuelta de la esquina. He llegado a la conclusión que si la gente no va hoy a trabajar, la factoría debe estar cerrada y la tienda vacía. Tienen sólo una parte de la oferta del supermercado y los precios son el doble pero no tengo alternativa. Mi familia necesita comida y yo tengo que obtenerla en algún lado. Aparco (más lejos de lo habitual) y cruzo la calle.

Maldita sea, cuando me acerco a la tienda empiezo a pensar en darme la vuelta. Parece que el local está siendo saqueado. Está lleno de gente y el suelo está cubierto de basura. Me fuerzo a entrar, recordándome que mi familia tiene que comer. La mitad de las estanterías y de los congeladores ya están vacíos, y en los estantes hay más embalajes y basura que comida. Cojo una caja de cartón (es lo más grande que

puedo encontrar) y empiezo a recoger lo que puedo. Parece que todo el mundo ha tenido hoy la misma idea que yo y, presas del pánico, se están llevando todo lo que encuentran. Yo me llevo todo lo que puedo encontrar —latas, botellas de salsa, patatas fritas, dulces, pasta— casi cualquier cosa rescatable y comestible. No hay nada fresco, ni leche ni pan ni fruta ni verdura.

La tienda es pequeña y el ambiente dentro del pequeño local caliente y congestionado es tenso. Ir de compras siempre parece que saca lo peor de la gente. Hoy puedo sentir la animosidad y los nervios en el aire, pero nadie está reaccionando. Todo el mundo mantiene la cabeza baja y prosigue con el saqueo de las estanterías. Nadie habla. Nadie mira a nadie. Un anciano me golpea accidentalmente en las costillas cuando los dos intentamos coger lo mismo. En una situación normal le habría dicho algo y él me habría contestado. Nos miramos por un instante brevísimo y en silencio cogemos lo que podemos. No me atrevo a iniciar una discusión.

Muy pronto la caja está llena en sus dos terceras partes. Giro la esquina hacia el último pasillo y veo delante de mí dos cajas de pago vacías. La gente simplemente pasa de largo y no se ve a ningún empleado. Inocente de mí, esperaba que la gente que he visto salir de la tienda hubiera pagado por los alimentos que llevaban. ¿Simplemente me debo llevar lo que he cogido? A pesar de todo lo que está ocurriendo a mi alrededor me siento incómodo ante la perspectiva de salir con la compra sin pagar. Pero tengo que hacer lo que tengo que hacer. Al diablo con las consecuencias, tengo que pensar en mi familia y olvidar todo lo demás. Esto es una locura total. Esto no es más que un saqueo con buenas maneras. Jodidamente extraño. Sigo llenando la caja y aproximándome a la salida.

De repente un grito. Joder, se trata de un sonido horrible que me atraviesa. La gente se queda parada y mira a su alrededor buscando la fuente del sonido. Puedo ver a una mujer en el suelo, justo detrás de mí. Está tendida en medio del pasillo, tapándose la cara con las manos. Intento no mirar pero no puedo evitarlo. Alguien se acerca arrastrando los pies. Una niña la está atacando. Una chica de quizás ocho o nueve años, no más, está prácticamente sentada encima de ella, dándole puñetazos y tirándole de los pelos. Joder, en una mano tiene una lata de comida y la está usando para golpear a la mujer. La lata golpea en su frente e inmediatamente aparece un verdugón de color rojo sangre. La mujer grita y llora y... Maldita sea, está gritando el nombre de la niña. ¿La está golpeando su propia hija? Durante una fracción de segundo pienso que la debo ayudar pero sé que no puedo. Ninguno de nosotros se puede arriesgar a verse involucrado. Todo el mundo parece que ha llegado a la misma conclusión. Todo el mundo está aturdido por lo que está viendo, pero nadie hace nada para ayudar. Con precaución la gente sigue adelante, rodeando la pelea para salir del local lo más rápido que puede. Yo sigo caminando a su lado. La mujer ya está muerta pero la chica sigue machacando su cara. Está bañada en la sangre de su madre...

La velocidad y el número de personas que abandonan el local aumenta con rapidez. Puedo sentir que el pánico burbujea bajo la superficie y sigo adelante,

desesperado por salir antes de que explote. Miro las vacías cajas cuando paso a su lado y siento otro estallido momentáneo de culpa antes de abrirme paso de vuelta al exterior y correr hacia mi coche. Tiro la comida en la parte trasera y después entro y cierro la puerta.

Arranco el motor y miro atrás, hacia O'Shea. Gente desesperada sale ahora como si fuera un río de la tienda saqueada, empujándose y pisándose los unos a los otros antes de que la situación en el interior empeore. Contemplo incrédulo el edificio, mi cabeza llena de imágenes de mi familia y de lo que acabo de presenciar. ¿Podría cualquiera de mis hijos hacernos a Lizzie o a mí lo que acabo de ver? Peor que eso, ¿podríamos hacérselo nosotros a cualquiera de ellos?

Lizzie me pregunta si estoy bien pero no puedo contestar. Primero debo entrar la comida y después cerrar la maldita puerta, atrancarla detrás de mí y no volverla a abrir nunca más.

—¿Estás bien? —pregunta de nuevo—. ¿Por qué has tardado tanto?

Corro de vuelta al coche y recojo las últimas cosas que habían caído porque se ha roto la caja de cartón. Paso a su lado y lo llevo todo a la cocina.

—Papá —gimotea Ed—, ¿podemos comer algo? Estoy hambriento...

No le hago caso a ninguno y me concentro en cerrar la puerta y asegurarme de que mi hogar y mi familia están seguros.

—Aparta —le gruño enfadado a Ellis, que está parada justo en medio del recibidor, impidiéndome pasar.

—¿Qué ocurre? —vuelve a preguntar Lizzie desde el otro lado de la mesa de la cocina. Como no contesto empieza a desempaquetar la comida. Mira lo que he traído a casa y frunce el ceño—. ¿Para qué has traído esto? —pregunta mostrándome un tarro de miel—. A ninguno nos gusta la miel.

Toda la tensión y el miedo que se ha ido acumulando en mi interior durante la mañana sale de repente a la superficie. No es culpa de nadie, pero no puedo evitarlo.

—Sé que no le gusta a nadie —le grito—, a nadie le gustan estas jodidas cosas pero es todo lo que he podido conseguir. Tendrías que salir y ver cómo es. Ahí fuera es la locura. Todo el maldito mundo se está haciendo trizas así que no empieces a tocarme las narices y a decirme que a nadie le gusta la jodida miel.

Liz parece como si le hubiera dado un puñetazo en la cara. Se ha puesto blanca de la sorpresa. Los niños están con nosotros en la cocina, mirándonos con unos ojos asustados y muy abiertos.

—Yo sólo... —empieza a decir.

—Lo hago lo mejor que puedo —le grito—. Hay gente luchando en las calles. Acabo de ver como una niña ha matado a golpes a una mujer y nadie ha movido ni un dedo para ayudarla, ni yo tampoco. Es una jodida locura y no sé qué hacer. Lo último que necesito es que empieces a quejarte y a poner en cuestión lo que acabo de hacer cuando me siento como si acabara de arriesgar mi maldito cuello por todos nosotros. No pido demasiado, sólo un poco de espacio y un poco de gratitud y comprensión y...

Dejo de gritar. Liz está temblando. Está ahí de pie, con la espalda aplastada contra la cocina y está temblando de miedo. ¿Qué demonios le ocurre? Doy un paso para rodear la mesa y acercarme, y ella recula. Se sigue alejando de mí, camino de la

puerta. Y entonces me doy cuenta de lo que está ocurriendo. Joder, cree que he cambiado. Cree que soy uno de ellos. Cree que soy un Hostil.

—No, no... —empiezo a decir, intentando acercarme—. Por favor, Lizzie...

Ella ha empezado a sollozar. Parece como si sus piernas estuvieran a punto de fallarle. «No me hagas esto, Liz, por favor no...»

—Atrás —dice en un tono casi inaudible—. No te acerques.

Intento hablar pero no me salen las palabras. «No me hagas esto». Me acerco.

—¡Atrás! —vuelve a gritar, alejándose de mí. Llega a la puerta y empieza a empujar a los niños para que salgan de la cocina. No me quita los ojos de encima.

—No, Liz —digo, desesperado por que comprenda—, por favor. No he cambiado. Por favor, créeme. Siento mucho haberte gritado. No quería...

Se queda parada pero sigue insegura. Lo puedo ver en sus ojos.

—Si eres uno de ellos yo...

—No lo soy, Lizzie, no lo soy. Si fuera uno de ellos a estas alturas ya habría ido a por ti, ¿no te parece? —Lloro. No sé qué más puedo decir. Estoy empezando a sentir pánico pero no quiero que ella lo vea—. Por favor, no estoy enfermo. No soy como ellos. Estoy tranquilo. Estaba enfadado pero ahora estoy tranquilo, ¿o no? Por favor...

Puedo ver que está analizando frenéticamente todo lo que le acabo de decir. Los niños están espionando alrededor de la puerta, intentando ver lo que está ocurriendo. Dentro, yo sigo chillando pero me estoy controlando para bajar la voz y no gritar. Mi cabeza está sumida en todo tipo de pensamientos oscuros y terroríficos. Sólo me he enfadado, eso es todo. No soy un Hostil, ¿no lo soy?

—De acuerdo —murmura al fin—, pero si me vuelves a gritar así...

—No lo haré —la interrumpo—. He perdido la cabeza. No pensaba.

Aún no sé si me cree. Me está mirando de reojo y parece como si estuviera esperando que la atacara. Nunca le he hecho daño. Me siento aliviado cuando vuelve junto a la caja de alimentos y sigue desempaquetándolos. Cada par de segundos levanta la vista. Cada vez que me muevo veo que se queda parada y aguanta la respiración.

—¿Qué ha ocurrido ahí fuera? —pregunta, al final lo suficientemente recuperada para hablarme de nuevo. No sé por dónde empezar. Entre los dos le damos de comer a los niños mientras le cuento lo de las colas en el supermercado y lo que he visto en O'Shea. Le hablo del saqueo y de la niña que ha atacado a la mujer y... y me vuelvo a dar cuenta de qué mal están las cosas.

Ellis me sigue los pasos. Sigue sin darse cuenta de que todo va mal. Eso es bueno, decido. Estoy contento. Ahora que ya ha comido está rezongando para que la deje ver su DVD. La sigo hasta la sala de estar. Ella coge la película de la estantería y me la acerca. Enciendo la tele pero me quedo quieto antes de poner el DVD en el reproductor.

—La apagué hace casi una hora —dice Liz—. No podía seguir contemplando más de lo mismo. Seguían emitiendo lo mismo una vez y otra y otra y otra.

Me siento con las piernas cruzadas frente a la televisión y contemplo las

imágenes que se suceden frente a mí. Dios santo, las cosas están realmente mal. He visto un montón de cosas raras en los últimos días pero lo que estoy viendo ahora me está metiendo el miedo en el cuerpo. Ahora me doy cuenta de hasta qué punto la situación se ha vuelto desesperada. Las noticias han desaparecido. Ya no hay reportajes ni presentadores. Todo lo que tenemos es una película de información pública que se repite continuamente. Mi estómago se retuerce de nervios una vez más.

—Quédense en casa —anuncia una profunda y tranquilizadora voz masculina mientras aparecen unas imágenes y unos gráficos muy simples, y más de lo mismo—. Permanezcan con su familia. Aléjense de las personas que no conocen...

Levanto la mirada hacia Lizzie y ella me la devuelve, encogiéndose de hombros.

—Todas son normas de sentido común. Nada que no hayamos escuchado antes.

—Mantengan la calma y no se dejen llevar por el pánico.

—¿Qué? —protesto—. ¿Mantengan la calma y no se dejen llevar por el pánico? Maldita sea, ¿han visto lo que está ocurriendo ahí fuera?

—Va mejorando —dice Liz sarcástica—. Escucha la siguiente indicación.

—Las autoridades están trabajando para poner la situación bajo control. Se requiere su asistencia y cooperación para asegurar que esto ocurra con rapidez y con el mínimo de molestias posible. Los controles y las regulaciones temporales son necesarios para alcanzar ese objetivo. En primer lugar, si tiene que salir de casa, debe llevar encima algún tipo de identificación. En segundo lugar, con efecto inmediato se establece un toque de queda nocturno. No deben salir entre el anochecer y el amanecer. Cualquiera que se encuentre en las calles después de oscurecer será tratado apropiadamente...

¿Tratado apropiadamente? Dios santo, ¿qué se supone que significa eso? ¿Van a empezar a detener a la gente por estar fuera durante la noche?

—Cerciórense de que su hogar es seguro. Prepare una habitación segura para que usted y su familia puedan permanecer en ella. Cerciórense de que la puerta de la habitación segura y todos los puntos de acceso pueden ser cerrados y atrancados desde dentro.

—¿Qué demonios es esto? —exclamo entre dientes.

—Papá, ¿puedes poner mi película? —suplica Ellis, impaciente.

—Si alguna de las personas que están con usted empieza a actuar de forma agresiva o desacostumbrada, deben aislarse de ella inmediatamente. Enciérrese con el resto de personas en su habitación segura. Expulse a la persona afectada de su propiedad si puede hacerlo sin correr ningún riesgo. Recuerde que esa persona puede ser un miembro de la familia, un ser amado o un amigo íntimo. Serán incapaces de controlar sus acciones y emociones. Serán violentos, y no los reconocerán ni mostrarán ningún remordimiento. Es de vital importancia que se proteja junto con los que se encuentren con usted.

—¿Puedes ver por qué la apagué? —pregunta Lizzie—. Este tipo de cosas sólo lo empeoran todo.

—No lo puedo creer... —balbuceo, falto de palabras—. No me lo puedo creer...

—¿Crees que ya saben lo que está pasando?

—Estoy seguro de que sí —respondo—. Lo han tenido que averiguar si están emitiendo cosas como ésta. Alguien tiene que saber lo que está pasando, y eso empeora las cosas, ¿no te parece?

—¿De verdad? ¿Por qué? Me encojo de hombros.

—Porque la situación debe estar bien jodida si siguen sin decirnos nada. Todo esto me suena a que están intentando que todo el mundo se encierre en casa para mantener las cosas bajo control y lo que he visto esta mañana me hace pensar que quizá las cosas no están ahora mismo bajo control.

Liz me frunce el ceño por haber dicho palabrotas delante de Ellis. Me vuelvo de espaldas a la pantalla.

—... el primer síntoma será un súbito estallido de rabia e ira —prosigue en la tele la inquietante voz sin rastro de emoción—. Habitualmente esta rabia estará dirigida contra una persona en particular. Recuerde que los afectados pueden aparentar calma una vez que ha pasado el primer estallido de ira y violencia. Siga manteniendo la distancia. Sin tener en cuenta de quién se trata o de lo que diga, estas persona no tienen el control de sus acciones. Seguirán siendo una amenaza para usted y para su familia...

Lizzie pasa a mi lado y me arrebató de las manos el DVD de Ellis. Lo mete en el aparato y empieza la reproducción.

—Ya es suficiente —corta.

—Estaba mirando ese...

—¿Irás a buscar a mi padre?

El alma se me cae a los pies. No quiero volver a salir del piso pero sé que no tengo alternativa.

—¿Cuándo quieres que...? —empiezo a decir antes de que me interrumpa.

—Ve a buscarlo ahora mismo —contesta, mordiéndose nerviosamente las uñas—. Si no vas tú, iré yo.

La idea de dejar a Lizzie sola ahí fuera es peor que la idea de salir yo mismo. Odio hacerlo.

El descansillo está en silencio. Cierro con llave la puerta del piso detrás de mí y miro con cautela a mi alrededor. Le he dicho a Liz que prepare una habitación segura como han dicho en la tele y que se encierre en ella con los niños. La sala de estar es el lugar obvio. Ella ha cerrado las cortinas y ha bajado el volumen de la tele. Desde fuera parece que no hay nadie dentro.

Abro la puerta de entrada y el chirrido habitual hace eco por todo el vacío edificio.

—¿Hay alguien ahí? —sisea una voz desde la oscuridad, escaleras arriba. Me quedo clavado e intento no dejarme llevar por el pánico. ¿Qué debo hacer? Quiero seguir adelante y hacer como que no he oído nada, pero no puedo. Mi familia está en este edificio y no los puedo dejar sabiendo que hay alguien más con ellos. Puede ser cualquiera. Pueden estar esperando a que me vaya para llegar a Lizzie y a los niños. Pero ¿por qué habrían gritado como lo han hecho? Dejo ir la puerta, que vuelve a chirriar al cerrarse. Doy unos pocos y lentos pasos, de vuelta a la oscuridad y, por un segundo, me asalta la idea de volver al piso. Sé que con eso no voy a conseguir nada. En algún momento tengo que salir para ir a buscar a Harry.

—¿Quién anda ahí? —pregunto a mi vez, maldiciéndome por mi estupidez. Estoy actuando como un personaje de una mala película de terror. Se supone que tienes que huir del monstruo, me digo, no acercarte a él.

—Aquí arriba —responde la voz.

Levanto la vista hacia lo alto de la escalera, al rellano del primer piso. Una cara me mira entre las barras metálicas de la barandilla. Se trata de uno de los hombres de la vivienda del último piso. No sé si es Gary o Chris. Empiezo a subir las escaleras con precaución. Casi he llegado al descansillo cuando los escalones bajo mis pies se vuelven pegajosos. El suelo está cubierto de pegajosos charcos de sangre. El hombre está tendido en el suelo delante de mí, agarrándose el pecho. Gime y se gira sobre la espalda. El vaquero y la camiseta están empapados de sangre. Vuelve la cabeza hacia un lado y consigue saludarme. Se relaja, aliviado porque finalmente hay alguien con él, supongo. Está hecho un verdadero desastre y no sé por dónde empezar. ¿Hay algo que pueda hacer por él o ya es demasiado tarde?

—Gracias, tío —boquea, alzándose sobre los codos—. He estado aquí durante horas. He oído cómo entraba alguien hace un rato y estaba intentado conseguir... —Deja de hablar, y sin fuerzas, cae sobre su espalda. El esfuerzo es demasiado. Su voz suena ahogada y rasposa. Debe tener sangre en la garganta. ¿Qué se supone que debo hacer? Dios santo, no tengo ni idea de cómo ayudarlo.

—¿Quieres que intente llevarte escaleras arriba? —le pregunto inútilmente. Él mueve la cabeza y traga para aclararse la garganta.

—No vale la pena —gruñe mientras intenta levantarse de nuevo. Le pongo una mano en un hombro para calmarlo—. Me gustaría un trago —dice—. ¿Puedes subir al piso y traerme una cerveza?

Sus ojos giran en las órbitas durante un segundo y me pregunto si se ha ido. Me levanto con rapidez y subo las escaleras hasta el piso que comparte con el otro hombre. Sigo un delgado rastro de sangre seca a lo largo del pasillo y hasta la sala de estar del piso, que está sorprendentemente limpia y bien arreglada. En realidad no sé por qué esperaba otra cosa. En medio de la habitación hay una mesa volcada y a su lado una lámpara rota. También hay una cámara de vídeo sobre un trípode al lado de un ordenador y una tele grande. Parece como si les gustase filmarse.

Tienen un caro sofá de cuero y... y me doy cuenta que estoy aquí, examinando el piso, mientras uno de sus ocupantes yace al final de las escaleras. Forzándome a moverme, voy a la cocina y cojo una botella de cerveza de una nevera bien surtida. La abro y corro de vuelta al lado del hombre que está en el rellano del primer piso.

—Aquí tienes —le digo mientras le acerco la botella a la boca. No sé cuánto ha conseguido tragar. La mayor parte parece que corre por su barbilla. Cuando retiro la botella veo que tiene el cuello cubierto de sangre, que procede de sus labios. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? Intento moverlo pero no es buena idea. Gime de dolor en cuanto lo toco. Este pobre bastardo se está muriendo y no hay nada que yo pueda hacer para ayudarlo. No tiene sentido preguntarle quién le ha hecho esto o si hay alguien con el que puedo contactar: la rápida salida de su amante/amigo/socio esta mañana temprano era una clarísima admisión de culpa. Me siento fatal aquí a su lado, intentando pensar en una excusa para irme cuando se está muriendo a mis pies. Pero ¿qué puedo hacer?

—Voy a buscar ayuda —digo en voz baja, agachándome cerca de él, pero teniendo cuidado de no mancharme con su sangre—. Voy a ir a buscar a alguien que sea capaz de ayudarte.

Se lame los labios cubiertos de sangre, traga y niega con la cabeza.

—Ahora ya es demasiado tarde —resuella. Cada gesto le cuesta muchísimo esfuerzo y le provoca grandes dolores. Desearía que se callase y que se quedase tendido, pero no lo va a hacer. Tiene algo más que decir. Exhausto, vuelve a girar la cabeza hacia mí y me mira directamente a la cara.

—No hable más y... —empiezo a decir.

—Intenté ir a por él —explica sin aliento—. El jodido llevaba un cuchillo encima. Me dio primero.

—¿Qué?

—Intenté ir a por él pero me estaba esperando...

—¿Qué estás diciendo? ¿Te atacó? ¿Era un Hostil?

Niega con la cabeza.

—Lo ves todo tan claro cuando te ocurre. Tenía que matarlo. Era él o yo. Tenía que matarlo antes...

Me levanto y empiezo a alejarme. Dios santo ¿es él el Hostil? Él es el que empezó el jaleo que oímos la pasada noche. Él fue el que perdió el control. Joder, he estado aquí perdiendo el tiempo con un jodido Hostil.

Se lame de nuevo los labios ensangrentados y traga una vez más.

—Colega, se trata de ellos —murmura— o nosotros. Ellos son los que odian. Estate preparado...

No sé de qué demonios está hablando ahora y no quiero escuchar nada más. Necesito alejarme de este enfermo pedazo de mierda. Le doy la espalda y corro escaleras abajo, con la certeza que no hay manera de que llegue a alcanzar a mi familia en las condiciones en que se encuentra. Pienso en rematarlo pero eso me haría tan perverso como él y, además, dudo que fuera capaz de hacerlo. Miro atrás y lanzo una última mirada a esa escoria que está en el rellano. No le queda mucho. Estará muerto para cuando haya vuelto y eso no será demasiado pronto.

Corro hacia el coche y arranco el motor.

Normalmente puedo ir desde el piso a la casa de Harry en unos quince minutos pero hoy me ha costado casi una hora. Sigue sin haber demasiado tráfico pero algunas calles son inaccesibles. Algunas están atascadas con colas que se mueven con mucha lentitud, otras están simplemente cortadas.

Harry está tan agitado como el resto de nosotros aunque no quiera admitirlo. Está apagado, mucho más tranquilo de lo habitual. Liz lo ha llamado y le ha explicado que lo iba a buscar, pero no tiene nada preparado. Ahora estoy con él en el piso de arriba, ayudándole a llenar una bolsa para pasar la noche. Parece perdido e indefenso como un niño pequeño. Me sigue planteando preguntas que sabe que no puedo contestar. ¿Cuánto tiempo va a estar fuera? ¿Qué se tiene que llevar? ¿Estaremos seguros en nuestro piso?

La casa de Harry es silenciosa y oscura. Es muy raro que yo vaya al piso superior. El lugar es pequeño pero demasiado grande para él solo. Los dormitorios de Liz y de su hermana no se han tocado desde que se mudaron y un lado del dormitorio de Harry es un altar a Sheila, su difunta esposa. Lleva muerta tres años pero en la habitación siguen estando más cosas suyas que de Harry. Toda la casa está llena de trastos. El viejo nunca tira nada. No puede desprenderse de nada.

Quería entrar y estar fuera en minutos, pero Harry sigue retrasando la partida. Tengo que volver con Lizzie y con los niños pero estoy aquí, atascado, viendo cómo comprueba que todo esté apagado y después comprobando que lo ha comprobado todo. Me gustaría decirle que creo que ya no importa pero eso sólo iba a empeorar las cosas, así que le sigo la corriente e intento meterle prisa. La cabeza me da vueltas. Necesito hablar de lo que ha pasado, pero Harry no es la persona indicada. No sé quién lo es. Necesito hablar del hombre medio muerto en el rellano y sobre lo que he visto esta mañana en la tienda. No me puedo quitar de la cabeza la imagen de la niña golpeando a su madre. ¿Podría alguno de nuestros hijos atacar de esa forma a Lizzie? ¿Podría estar pasando ahora mismo, mientras estoy aquí, perdiendo el tiempo con este estúpido anciano? Me muerdo el labio e intento mantener la calma. No puedo mostrar ninguna emoción. No quiero que Harry piense que soy un Hostil.

—Venga, vamos —le digo, interrumpiendo su paseo por la planta baja, comprobando por tercera vez que las puertas y las ventanas están cerradas—, tenemos que irnos.

Espero una respuesta hiriente, que es lo que habitualmente obtengo de Harry, que es un viejo cabrón sabelotodo y gritón que no tiene una buena opinión de mí. Él supone que sabe más que yo de todo y nunca se toma a bien que le metan prisa o le

digán lo que tiene que hacer. Me sorprende cuando asiente, recoge su bolsa y camina lentamente hacia la puerta principal. Cojo la bolsa de su mano y la meto en el coche, dejando que le eche una última mirada a su hogar.

—Tranquilo, ¿no te parece? —dice mientras vamos de vuelta al piso. Inmediatamente lamenta sus palabras cuando desembocamos en una calle principal colapsada por un atasco. Nos unimos al final de la cola. Es lenta pero nos seguimos moviendo y no puedo pensar en ninguna otra ruta mejor hacia casa. Decido esperar sentado.

—¿Estás bien, Harry? —pregunto.

—Bien —contesta en un murmullo—. Un poco cansado, eso es todo.

—¿Problemas para dormir? Asiente con la cabeza.

—La pasada noche ocurrió algo en la parte trasera de la casa —explica con voz tranquila—. Hubo una pelea o algo así... muchos gritos, mucho ruido...

El tráfico se ha ralentizado otra vez y casi estamos totalmente parados. Para y arranca todo el rato.

—No sé lo que está ocurriendo —murmuro.

La calle por la que nos estamos arrastrando pasa delante de una fila de casas antes de subir y girar a la derecha, para cruzar por un puente que pasa por encima de la autopista. Al seguir el arco de la calle salta a la vista la razón del atasco. Hay un flujo continuo de coches que abandonan la autopista y se unen al tráfico de la ciudad. Nos volvemos a parar en medio del puente.

—¿Por qué nos paramos? —pregunta Harry, mirando a su alrededor con curiosidad.

—Ni idea. Debe haber habido un accidente o algo...

—Esto no es un accidente —dice mirando a través de la ventanilla y golpeando el vidrio con el dedo. Me yergo en el asiento y me inclino hacia él para ver qué está mirando. Hay algún tipo de bloqueo que corta totalmente la autopista. Hay dos grandes camiones militares de color verde oscuro parados a ambos lados. Guardias armados están colocando barreras con franjas rojas y blancas mientras otros soldados dirigen la cola de los coches que se aproximan. ¿Qué demonios están haciendo? Si no me equivoco, están parando los coches que intentan abandonar la ciudad. Ni siquiera los registran. O les ordenan que utilicen la salida para abandonar la autopista o los dirigen a través de un hueco que han abierto en la barrera central y los obligan a volver por donde han venido. El tráfico está siendo canalizado de vuelta a la ciudad.

—No quieren que nos vayamos demasiado lejos, ¿no te parece? —comenta Harry, que contempla los coches por debajo de nosotros mientras empezamos a avanzar de nuevo.

—Aunque dicen que lo tienen bajo control.

—¿Qué?

—Estuve viendo algo en la tele justo antes de salir a buscarte. Decían que la situación estaba bajo control.

—Bueno, esto es probablemente parte del control, ¿o no? Necesitan saber dónde está todo el mundo...

—¿De verdad?

—¿Cómo nos pueden proteger las autoridades si no saben dónde estamos?

No me molestó en contestar. El hecho de que acabo de ver una presencia militar importante en las calles no me llena de confianza. En todo caso, hace que me sienta peor.

Cuando nos alejamos de la autopista, el tráfico empieza a ser más fluido. Aprieto el acelerador y proseguimos hacia casa.

Mi nerviosismo y paranoia aumentan a cada segundo que pasa. Necesito volver con mi familia.

Las calles que atravesamos ahora están incómodamente silenciosas y tranquilas. Todo da una sensación ominosa. El país parece que se está rompiendo en pedazos con niveles desconocidos de violencia, ¿por qué, entonces, está todo tan tranquilo? La reacción humana normal ante una amenaza como los Hostiles sería levantarnos y luchar, pero hoy no podemos. Esa gente está enferma. Los mueve un deseo de matar y destruir y, por lo que he podido ver, no van a parar hasta que esos deseos se vean satisfechos. Levantarse y luchar contra ellos significaría desplegar las mismas emociones que ellos. Sería autodestructivo. Devolver el golpe es correr el riesgo de que también te tilden de Hostil. Todo lo que podemos hacer es mantenernos apartados y no contraatacar. La población se está alejando de todos los demás por miedo. Miedo a cualquiera y miedo a uno mismo.

Finalmente aparecemos frente al bloque de pisos y llevo a Harry adentro. Estoy a punto de volver a recoger su bolsa del coche cuando veo a una figura solitaria que camina por la calle. Instintivamente espero en la sombra hasta que estoy seguro que ha desaparecido antes de volver a poner el pie en la calle. Dios santo, estoy demasiado aterrorizado para arriesgarme incluso a que me vea un completo desconocido.

—Papá —dice Ed.

—¿Qué? —gruño, molesto por la interrupción. He estado leyendo una pila de revistas de música que he encontrado bajo la cama. Creía que las había tirado. Me han ayudado a soportar el intranquilo aburrimiento de esta tarde sin fin.

—¿Qué está haciendo?

—¿Qué está haciendo quién? —pregunto sin levantar la cabeza.

—El hombre de la casa al otro lado de la calle. ¿Qué está haciendo?

—¿Qué hombre?

—Virgen santa —chilla Lizzie al entrar en la habitación. El pánico en su voz hace que deje caer la revista y levante la vista. Por todos los demonios, el hombre que vive en una de las casas cercanas a nuestro bloque de pisos está arrastrando a su mujer fuera de la casa, hacia el centro de la calle. Es una mujer grande, con unas amplias espaldas y brazos fofos que agita frenéticamente. El hombre —creo que su nombre es Woods— la está arrastrando de los pies y desde aquí se oyen los gritos de ella. La arrastra por encima del bordillo y su cabeza golpea el asfalto. Él lleva algo más en las manos. No puedo ver qué es...

—¿Qué está haciendo? —vuelve a preguntar Ed.

—No mires —le grita Liz. Atraviesa la habitación corriendo e intenta que Ed se dé la vuelta y lo empuja hacia la puerta. Josh está en medio. Está de pie, en el quicio, comiendo una galleta, y Lizzie no puede pasar a su lado.

—¿Que no mire qué? —pregunta Ellis. No la he visto entrar. Está detrás de mí, de puntillas, mirando por la ventana.

—Haz lo que dice mamá —le digo mientras intento apartarla. Se agarra al alféizar y no hay forma de soltarla. Los niños se están volviendo locos atrapados dentro de casa. Están desesperados por cualquier distracción.

Fuera, Woods se ha dejado de mover. Su mujer sigue tendida en el suelo y él está encima de su cuello. Maldita sea, ha puesto la bota y todo su peso sobre su cuello. La cara de ella está roja de sangre y manotea ahora más que nunca, pero él está siendo capaz de mantenerla en el suelo, aunque tiene la mitad de su envergadura.

—Ellis, apártate de ahí —le grito, y finalmente consigo alejarla de la ventana. Ed sigue mirando y yo tampoco puedo evitar hacerlo. No puedo apartar la mirada. Era una botella lo que llevaba Woods. Ha quitado el tapón y ahora está vaciando el contenido sobre su mujer. ¿Qué demonios está haciendo?

—¿Qué ocurre? —pregunta Harry. Ahora estamos todos en la sala de estar. Él

se encuentra de camino a la puerta y tengo que rodearlo para sacar a Ellis de allí. Intento cerrar las cortinas pero desde aquí no llego. Harry está en medio.

—Saca a los niños de aquí —grita Lizzie.

—¿Quieres apartarte, Harry? —le digo con tono seco—. No puedo pasar...

Vuelvo a mirar por la ventana cuando Woods prende fuego a su mujer. Dios sabe lo que le ha tirado encima, pero ella se ha encendido en una gran bola de llamas y el fuego también ha prendido en él. Ella se sigue moviendo. Maldita sea. Coloco mis manos sobre los ojos de Ellis pero reacciono con lentitud y ella ya ha visto demasiado. Woods se aleja del cuerpo en llamas con las perneras de los pantalones ardiendo. Se aleja a trompicones por Calder Grove, pero sólo llega hasta la mitad de la calle antes de que lo consuman las llamas.

Entre los dos sacamos a los niños al recibidor. Yo vuelvo a la sala de estar.

En el exterior nadie hace nada. Nadie se mueve. No hay ninguna actividad en la calle, ni siquiera cuando el fuego del cuerpo de la mujer de Woods se extiende hacia una pila de bolsas de plástico llenas de basura que han estado al borde de la acera durante más de una semana. De las bolsas y de los cadáveres en la calle se eleva un humo negro que llena el aire de suciedad.

Sollozando, Lizzie cierra las cortinas.

El hombre en el descansillo de la escalera está muerto. Hace unos minutos salí del piso y subí a ver. Qué forma más horrible de morir: terminar tus días solo, desangrándote lentamente hasta la muerte, en una escalera de cemento a oscuras. ¿Podría haber hecho algo por él? Posiblemente. ¿Debería haber hecho algo por él? Definitivamente no. Era un Hostil y es escoria como él la que ha provocado todo esto. Ellos son la razón de que todo se esté desmoronando. Ellos son la razón de que tenga que encerrarme con mi familia en mi piso. Ellos son la razón de que todos estemos jodidamente aterrorizados.

Lo que me da más miedo del cadáver en la escalera y de lo que hemos visto en la calle es la proximidad de todo eso. Podía asumir esta crisis cuando era algo que veía en las noticias. Incluso podía sobrellevar lo del concierto y cuando vimos la pelea en el pub, y el chico bajo el coche. Lo que ha cambiado hoy es la proximidad del problema a mis hijos y a mi casa. Este piso era seguro hasta hoy.

Los niños se han dado cuenta del cambio. Quizá sea porque han estado atrapados en el piso sin contacto con nadie durante días. Obviamente lo que han visto hoy ha empeorado las cosas. Siguen haciendo preguntas y no sé cómo contestarlas. Ya no sé qué decirles. He retirado el pestillo que coloqué el domingo por la mañana en la puerta del cuarto de baño y lo he colocado en la parte interior de la sala de estar (o «habitación segura», que es como se supone que debemos llamarla ahora) para intentar que todo el mundo se sienta un poco más tranquilo. No sé si ha hecho algún bien.

Hemos estado sentados en la habitación segura durante horas y ya no lo aguanto más. Me levanto y me paseo por el piso sin rumbo fijo. No me puedo quedar sentado sin hacer nada, pero tampoco hay nada que hacer. No quiero hablar con nadie. Tengo frío y estoy cansado y aterrorizado. Entro en la pequeña habitación de Josh y Ed, y subo a la cama de Ed, que es la litera superior. Su pequeña pantalla de televisión está al final de la cama. La enciendo y voy cambiando de canal. Nada que valga la pena ver. Hay un par de canales que repiten viejos programas de televisión, el resto sólo emiten la película de información pública que vimos antes. Se emite exactamente al mismo tiempo en todos los grandes canales nacionales. Debe estar producida y emitida por el gobierno. Por lo menos supongo que es el gobierno. ¿Quién más podría ser?

Con nada en la tele y sin ninguna otra distracción, miro por la ventana que está justo al lado de la cama. Estoy tendido sobre el pecho en la estrecha litera y contemplo la calle a través de la cortinilla. Desde aquí puedo ver toda la extensión de Calder Grove: desde los cuerpos aún humeantes de Woods y su mujer hasta el cruce con Gregory Street. Excepto por el humo que se eleva en el cielo, todo lo demás está tranquilo. El mundo parece silencioso y desierto, como si todos nosotros estuviéramos en cuarentena. De vez en cuando vislumbro alguna figura solitaria en la distancia. La gente se oculta en las sombras y desaparece tan rápidamente como aparece. Prácticamente no hay ningún movimiento más. De tarde en tarde pasa un coche, pero da la impresión de que nada se mueve. Es como contemplar una foto fija del mundo.

¿Por qué nadie ha hecho nada con los cadáveres? Hemos mantenido cerradas las cortinas en la sala de estar para que los niños no los vean. Si el cuerpo de la mujer de Woods sigue ahí por la mañana saldré a echarle una sábana por encima para que no esté a la vista. Puedo ver los restos ennegrecidos de los brazos de la mujer. Sus huesudas manos y dedos están levantados y unidos como si estuviera rezando o

suplicando ayuda.

No sé lo que vamos a hacer. Estoy intentando no dejarme llevar por el pánico. No creo que tengamos más alternativa que encerrarnos y sentarnos a esperar a que pase, por mucho que tarde. No quiero que...

—¿Qué estás mirando? —pregunta de repente una voz a mi lado, haciendo que dé un salto. Miro a mi alrededor y veo que es Ellis. Se ha deslizado en la habitación y ha conseguido subir la escalerilla hasta la cama de Ed. Me está mirando por encima de la barandilla, con ojos grandes como platos.

—Nada —digo, apartándome a un lado y dejándole espacio para que pueda subir a mi lado. Con esfuerzo se sube a la cama.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Eso es difícil de responder. Ni siquiera yo estoy muy seguro.

—Nada —repito.

—¿Estás mirando a la señora muerta? —pregunta con inocencia y sin darle importancia.

—No, sólo me he echado un rato. Estoy cansado.

—¿Por qué estás en la cama de Ed? ¿Por qué no te has echado en la cama tuya y de mami?

Sus preguntas parecen no acabar nunca. Me gustaría que lo hicieran. No estoy con ánimos para contestarlas.

—Quería ver la tele —le explico, sin ser totalmente honesto—. No tengo ninguna en mi dormitorio.

—¿Por qué no miras la tele con todos nosotros?

—Ellis —digo, reprimiendo un bostezo y acercándola más—, cállate, ¿quieres?

—Cállate tú —murmura entre dientes. También bosteza y se arrima más.

Por un ratito la habitación vuelve a estar en silencio y empiezo a preguntarme si Ellis se ha dormido. Pero no es sólo esta habitación la que está en silencio: en todo el piso hay un silencio ominoso. Incluso puedo oír los sonidos apagados de la tele en la sala de estar. ¿Están callados o les está pasando algo? ¿Es consecuencia de lo que ha pasado en el exterior, o es que el aislamiento y la incertidumbre empiezan a producir un efecto en el resto de la familia? ¿Uno de ellos está a punto de empezar a cambiar, o ya han cambiado...? Una vez más estoy pensando sobre lo que ocurre fuera. Todos estos pensamientos oscuros e inquietantes me están deprimiendo. Seguramente las cosas no pueden seguir así indefinidamente. Deben llegar a un punto en el que ocurra algo o la situación se resuelva por sí misma, ¿o no? No tengo respuesta y siento un gran alivio cuando Ellis decide atacarme con otra batería de preguntas mucho más sencillas.

—¿Volveremos mañana a la escuela? —pregunta con inocencia.

—No lo creo —contesto.

—¿Al día siguiente?

—No lo sé.

—¿Al otro?

—No lo sé. Mira, Ellis, no sabemos cuándo volverá a abrir la escuela.

Esperemos que no tarde mucho.

—La semana que viene voy de excursión.

—Lo sé.

—Mi clase va a ir a una granja.

—Lo sé.

—Iremos en autobús.

—Lo sé.

—¿Podremos ir?

—Eso espero.

—¿Me llevarás si la escuela sigue cerrada?

—Te llevaré.

Con eso parece feliz y se calla de nuevo. Me recuesto y cierro los ojos. Hasta ahora el día ha sido largo y emocionalmente agotador, de manera que se ha cobrado su peaje. Siento los párpados pesados. Al poco, siento que el cuerpo de Ellis se relaja en mis brazos. Su respiración cambia, volviéndose más superficial y regular, y la miro. Está dando cabezadas, completamente relajada y casi dormida. En un mundo que de repente se ha vuelto totalmente irracional, impredecible y caótico ella permanece perfecta e inalterada. Esta niña pequeña lo es todo para mí.

Estoy cansado. Cierro los ojos.

Estaba casi dormido, hasta que volvió la imagen de la niña en el supermercado de esta mañana. Durante un terrorífico momento he imaginado que era Ellis y que estaba atacando a Lizzie tirada en el suelo. Estoy aterrizado. Estoy petrificado ante la perspectiva de que, sea lo que sea que está ocurriendo fuera, pueda encontrar el camino de entrada a mi hogar y hacer daño a mi familia.

Intento imaginarme a esta bonita niña atacándome. Intento imaginarme a mí atacándola a ella.

Es justo antes de medianoche. Los niños están durmiendo. Estamos sentados en la sala de estar, en silencio y una casi total oscuridad. Harry, Liz y yo no podemos estar más separados los unos de los otros. Harry está frente a la ventana, mirando por unas cortinas medio descorridas. Liz está junto a la puerta, mirando hacia la nada. La televisión ha estado apagada toda la noche. Nadie dice nada nuevo, de manera que no tiene sentido mirarla. La falta de información está empeorando las cosas.

—¿Alguien quiere algo de beber? —ofrezco. El silencio es insoportable. Ella niega con la cabeza y baja la mirada. No ha hablado durante horas. Tuvimos una conversación sobre los niños justo después de que ser fueran a la cama, pero desde entonces casi no ha dicho nada.

La habitación se llena de un ruido sordo y retumbante, y un súbito rayo de luz, cuando una gran bola de fuego se levanta hacia el cielo desde un edificio cercano.

—¿Qué demonios ha sido eso? —gruñe Harry mientras se levanta de la silla y se tambalea hacia la ventana. Abre completamente la cortina y yo me quedo detrás de él y miro por encima de su hombro. No puedo ver qué se está quemando. Quizá sea el centro médico de Colville Way. Está a unos quinientos metros de aquí, pero es demasiado cerca para sentirse tranquilo. Cuando se apaga el ruido inicial y se modera el crepitar de las llamas oigo otros ruidos igualmente aterradores. Una mujer desesperada grita pidiendo auxilio. Su voz suena ronca y aterrorizada. Le está suplicando a alguien, gritándole que se alejen de ella y que la dejen sola... y sus gritos paran de repente. Ahora puedo oír un coche arrancando. El motor está revolucionado y acelera con furia. El coche empieza a moverse a gran velocidad pero su breve viaje acaba en segundos. Los frenos chirrían y los ruedas derrapan en medio de la calle antes de oír el golpe inconfundible de una colisión.

El silencio que sigue al repentino caos es mil veces peor que las llamas y los gritos. Estoy esperando oír las sirenas de la policía, de los bomberos o de cualquiera que pueda ayudar aproximándose a la escena; pero no hay nada, sólo un silencio frío y hueco. Sé que la respuesta sería la misma si algo ocurriera aquí. Estamos completamente abandonados a nuestra suerte.

Me doy la vuelta. La habitación sigue iluminada por el apagado resplandor del fuego. Veo que Lizzie está llorando. Me siento a su lado, dejando a Harry en la ventana contemplando ese infierno tan cercano. Pongo un brazo a su alrededor y la atraigo hacia mí.

—Venga —digo inútilmente. Ella no reacciona. Le cojo la mano, que se queda

inerte en la mía.

—Nunca debería haber llegado hasta este punto —parlotea Harry de espaldas a nosotros, junto a la ventana, como un general supervisando el campo de batalla—. Nunca deberían haber dejado que llegáramos a esto.

Se da la vuelta y nos mira a los dos, como si estuviera pidiendo una respuesta. Liz le devuelve la mirada con la cara cubierta de lágrimas.

—Déjalo, Harry —le advierto—. No es el momento...

—¿Cuándo será entonces el momento? —me corta—. ¿Cuándo quieres que empecemos a hablar de ello? ¿Cuando los problemas llamen a tu puerta?

—Hay un cadáver tirado en la calle a unos diez metros de aquí. Creo que ya han llegado a la puerta —le replico enfadado.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —pregunta. Hay un incómodo matiz de pánico y desesperación en su alto tono de voz—. ¿Vamos a seguir sentados aquí? ¿Sólo vamos a...?

—¿Qué podemos hacer? —le interrumpo, apretando un poco más la mano de Lizzie—. ¿Cuáles son las alternativas, Harry? ¿Debemos seguir sentados aquí manteniendo a los niños y a nosotros mismos seguros, o quieres que salgamos y nos unamos a la lucha?

—Eso es lo que ha provocado los problemas en primer lugar —argumenta.

—Exactamente, entonces ¿qué se supone que debemos hacer?

Ahora Harry me está apuntado con el dedo y sigue alzando la voz. No está siendo nada razonable y yo me estoy mordiendo el labio para no dejarme llevar por el pánico. Una vez más me pregunto si está a punto de cambiar.

—Esto es precisamente lo que la gente ha estado esperando —continúa con un tono incómodo—, una excusa para pelearse. No es que antes necesitaran muchas excusas, pero ahora ya no importa. La gente puede hacer lo que le dé la realísima gana sin temer las consecuencias. Es una oportunidad para que la chusma se muestre como lo que es y...

—Cállate —le chilla Lizzie enfadada—. Cállate, papá. No estás ayudando.

—Esa gente necesita mano dura —remacha, indiferente. Señala a la tele con un dedo acusador—. Y si los idiotas que dirigen las cadenas de televisión no hubieran sido tan sensacionalistas mostrando más y más violencia, quizá no estaríamos en este lío. Si sólo hubiera habido un poco de respeto por la autoridad, quizá todos hubiéramos...

—Ya no hay ninguna autoridad —le grito—. Ayer vi que un policía disparaba a sangre fría a la gente y después vi a otros agentes volver sus armas contra él y abatirlo. Las autoridades están tan jodidas como el resto de nosotros.

—Pero si la gente parase de...

—Por el amor de Dios, ¡cállate! —vuelve a chillar Liz. Aparta su mano de la mía y sale corriendo de la habitación. La veo desaparecer por el pasillo y casi de inmediato empieza la paranoia. Harry está ahora callado, ¿es Liz la que está cambiando? ¿Va camino de las habitaciones de los niños? ¿Va a hacerles daño? Me levanto y voy tras ella. Me siento aliviado cuando veo que se ha encerrado en el baño

y me siento estúpido y culpable por pensar que pudiera estar haciendo cualquier otra cosa. Lentamente vuelvo a la sala de estar, donde parece que Harry finalmente se está calmando.

—¿Está bien? —gruñe.

Asiento pero no me puedo animar a hablarle. Me vuelve la espalda de nuevo y continúa contemplando cómo sale humo del edificio en llamas de Colville Way.

VIERNES

No estoy seguro de a qué hora me fui a dormir. Estuve tendido en la cama durante horas intentando (y fracasando) encontrar un sentido a todo lo que está pasando. Durante la noche debo de haber mirado el reloj despertador un centenar de veces o más. He visto cómo se escurría cada hora...

—Papá.

Aún estoy medio dormido pero Ed me despierta. Me siento con rapidez. ¿Qué va mal? ¿Qué está ocurriendo? Me froto los ojos e intento enfocarlos en la cara de mi hijo. La habitación está oscura pero me parece que está bien. Miro a un lado, y veo que Lizzie sigue durmiendo a mi lado en la cama. Ella también parece que está bien.

—Papá —repite, molesto porque no le he contestado.

—¿Qué ocurre? —murmuro—. ¿Están bien tus hermanos?

Asiente. Lo que me tiene que decir obviamente no tiene nada que ver con Ellis o Josh.

—La tele se ha estropeado —gruñe.

Me dejo caer en la almohada, aliviado. ¿Eso es todo? Gracias a Dios.

—¿Qué le pasa? —pregunto, intentando parecer interesado.

—No se ve ninguna imagen.

—¿Está enchufada?

—Sí —gruñe—. No soy idiota.

Estoy demasiado cansado para regañarle por ser tan maleducado.

—¿Has comprobados los cables de la parte de atrás?

—No los he tocado. Ayer funcionaba, ¿no?

—¿Y la tele de tu dormitorio?

—No sintonizo el canal que quiero en mi tele. Venga, papá, levántate.

—Iré a echarle un vistazo en un par de minutos —bostezo—. Déjame un rato más...

—Pero mi programa se emite ahora —protesta—. Por favor, papá.

Cierro los ojos durante unos pocos segundos pero es evidente que no voy a tener paz hasta que Ed consiga que arregle la tele. Maldiciendo en voz baja me levanto, atravieso tambaleándome el frío suelo del dormitorio y sigo hasta el pasillo, evitando a Harry cuando me lo encuentro en la puerta de la cocina. Ed pasa a mi lado cuando llegamos a la sala de estar. Coge el mando a distancia y enciende la tele.

—Mira... —dice mientras va cambiando de canales.

Me siento y contemplo la pantalla.

—¿Qué ocurre? —pregunta Harry, entrando en la habitación detrás de

nosotros.

—Se ha roto la tele —le explica Ed.

—No está rota —replico mientras voy cambiando de canal.

—¿Has comprobado la antena? —sugiere Harry.

—No le ocurre nada —le digo a los dos—, mirad.

Harry se aparta para poder ver la pantalla. Y ahora puede ver lo que yo he estado mirando. En todos los canales aparece lo mismo. Una pantalla negra con un texto de color muy blanco.

MANTENGAN LA CALMA NO SE DEJEN LLEVAR POR EL PÁNICO.

MANTÉNGANSE A CUBIERTO ESPEREN NUEVAS INSTRUCCIONES.

LA SITUACIÓN ESTÁ BAJO CONTROL.

Son las once, y Lizzie, Harry y los niños están sentados en la sala de estar. Algo está ocurriendo en el exterior. Los demás todavía no se han dado cuenta. No quiero que los niños y Liz tengan otro sobresalto, de manera que no le he dicho nada a nadie. Empezó hace una media hora. He oído vehículos pesados moviéndose en la distancia y algún chillido y grito ocasional. También he oído disparos.

He intentado mirar por todas las ventanas del piso pero no puedo ver lo que está pasando. Tengo que saberlo. Me aseguro de que los demás están distraídos y me escabullo del piso. Me paro en mitad del rellano. Todo parece igual a como estaba cuando salí ayer, pero hoy la sensación es diferente a causa de lo que hay escaleras arriba. Me paro al pie de las escaleras y, durante un segundo, me planteo volver al piso. Tendré una mejor vista desde los pisos superiores pero me da miedo subir. No creo que haya nadie ahí arriba; el coche de la gente del piso superior sigue sin aparecer y no puedo oír nada. Pero ¿qué pasa con el cuerpo? Sé que el hombre en el rellano está muerto pero ¿tengo huevos para pasar al lado del cadáver? Mi cabeza se llena de repente con estúpidas imágenes de pesadilla de unas manos sin vida que intentan agarrarme. El sonido de otro disparo en la distancia me espolea para entrar en acción. Respiro hondo y subo corriendo las escaleras, sin parar hasta llegar al último piso. Espío por la puerta medio abierta para asegurarme de que sigue vacío, después entro.

Sólo hay dos pisos entre mi casa y ésta pero la vista desde aquí es completamente distinta. Esos pocos metros adicionales de altura suponen una gran diferencia y desde aquí puedo ver kilómetros alrededor. Casi puedo abarcar todo el barrio y ver el centro de la ciudad. Esta mañana el mundo parece como las imágenes que envían los corresponsales de guerra. El horizonte es oscuro y gris. Un humo sucio y espeso se eleva de los ennegrecidos esqueletos de edificios quemados. No queda mucho del centro médico de Colville Way. Las calles están desiertas.

¿Cómo se supone que voy a proteger a mi familia de esto? Siento que el peligro aumenta casi cada segundo y no hay nada que pueda hacer para detenerlo. Pienso en los niños abajo y me siento aterrorizado e indefenso. Dependen de mí y yo no sé qué puedo hacer para mantenerlos a salvo.

Ahora veo movimientos en la distancia. Desde aquí no puedo saber exactamente qué es. Me doy la vuelta y cojo la cámara de vídeo que vi cuando estuve ayer aquí. Dios sabe para qué la utilizaban los hombres que vivían aquí. No tengo interés en saberlo. Acercó la cámara a la ventana y la enciendo. Casi no queda batería. Encuentro el botón del zoom y hago que enfoque lo más lejos posible. Me

lleva unos pocos segundos dirigir la cámara en la dirección correcta y ubicar el movimiento que acabo de ver.

Creo que estoy mirando hacia el área alrededor de Marsh Way pero no estoy seguro. Sea cual sea el nombre de la calle que estoy mirando, por ella están circulando dos grandes camiones de color gris verdoso. A ambos lados de los camiones hay figuras uniformadas. Maldita sea, son soldados con lo que parece el equipo completo de campaña. Llevan máscaras o visores que les oscurecen las caras. Los camiones se detienen a medio camino de la calle y los guardias que los rodean se dividen en grupos más pequeños. Algunos permanecen cerca de la parte trasera de los vehículos mientras que otros se mueven hacia las casas que hay a ambos lados de la calle. Desde aquí sólo puedo ver con claridad un grupo de figuras pero supongo que todos están haciendo lo mismo. Parece una inspección casa por casa.

El soldado al frente del grupo golpea con el puño en la puerta. Joder, no esperan a que les abran. Cuatro de los soldados del grupo de cinco fuerzan la entrada en la casa en cuanto se abre la puerta. La quinta figura uniformada les sigue adentro, lleva algo. Es difícil mantener el enfoque de la cámara desde la distancia y no puedo decir si lo que tiene en las manos es un portapapeles o uno de esos ordenadores portátiles. Todos desaparecen en el edificio y espero a que salgan. Y espero. Y espero.

En todas partes a lo largo de la calle está pasando lo mismo. Grupos de soldados se separan de los camiones y examinan cada una de las casas. Levanto la vista de la pantallita de la cámara durante un segundo y vislumbro movimiento en otra calle cercana. Otra vez lo mismo. Bizqueo cuando el sol traspasa hoy, por primera vez, la densa capa de nubes y puedo ver como mínimo dos filas más de camiones y soldados avanzando por otras calles, todas ellas en un radio de pocos centenares de metros. Vuelvo a enfocar la casa que estaba mirando en Marsh Way cuando salen los cinco soldados e inmediatamente centran su atención en el edificio de al lado, dejando atrás a una aturdida y desconcertada pareja de mediana edad que cierra tímidamente la puerta a sus espaldas.

Hay helicópteros volando sobre la ciudad. Qué raro. Quizás estén coordinando los movimientos de las tropas en tierra.

Los soldados que he estado observando han forzado la entrada en otra casa. Reaparecen en menos de un minuto, esta vez arrastrando a alguien tras ellos. No puedo distinguir si es un hombre o una mujer pero está golpeando, pataleando y haciendo todo lo que puede para que la dejen ir. Ahora puedo ver que es una mujer. Sólo está medio vestida. Le han dado la vuelta y la están llevando hacia el camión más cercano. Ella sigue resistiéndose. Cuando la empujan hacia la parte trasera del vehículo, consigue liberarse del soldado que la estaba agarrando. Empieza a correr por la calle y... y ahora no puedo creer lo que estoy viendo. Uno de los soldados da un paso adelante y levanta el fusil. En lugar de correr tras ella, sencillamente le dispara por la espalda.

Dos de ellos recogen el cuerpo caído y lo tiran sin ceremonias en la caja de uno de los camiones.

Finalmente deben estar eliminando a los Hostiles. Gracias a Dios.

Ya era hora. Espero que los muy hijos de puta reciban lo que se merecen.

Es un alivio saber que finalmente alguien parece que está tomando el control de la situación. Los soldados en la calles es el primer indicio que hemos tenido de que las autoridades están haciendo algo para ayudarnos. Estoy contento, pero seré mucho más feliz cuando se hayan ido. No le digo nada a los demás. No quiero que Lizzie y los niños vuelvan a inquietarse.

La cabeza me da vueltas. Cada vez encuentro más difícil soportar estar atrapado en la habitación segura con el resto de la familia. Esta intensa claustrofobia me está matando. Hemos estado sentados juntos durante horas y casi no hemos hablado, excepto los niños, que no dejan de pelear y discutir. Sé que no pueden evitarlo pero están empezando a ponerme de los nervios. No parece que afecte a Lizzie y a Harry. Quizá sólo sea yo. Quizá porque sé que hay soldados ahí fuera. Me estoy poniendo cada vez más ansioso, aquí sentado, esperando el inevitable golpe en la puerta.

Voy al baño como una excusa para levantarme y salir de la habitación. Cierro la puerta de la sala de estar a mis espaldas y me apoyo en ella, aliviado. La atmósfera ahí dentro era opresiva y el aire de aquí fuera es mucho más frío y fresco. Avanzo por el pasillo y me paro ante la puerta de entrada. ¿Debo subir otra vez y observar las calles? ¿Qué pasará si el ejército ya está aquí? ¿Qué iba a parecer si abro la puerta y me doy de bruces con una de esas patrullas? Pueden pensar que soy un Hostil. ¿Me darán la oportunidad de explicarme antes de apuntarme con sus fusiles?

Utilizo el baño y después me dirijo a la habitación de Ed y Josh. Subo a la cama de Ed como hice ayer y miro durante un rato por la ventana. No puedo ver nada. Si ignoro los cadáveres, todo parece tranquilo, en silencio y relativamente normal. Es una ilusión. Bajo la superficie todo el mundo se está cayendo en pedazos.

Me duele la cabeza. Estoy cansado de pensar continuamente en todo lo que está ocurriendo. Sólo quiero desconectar durante un rato.

Me tiendo de espaldas, cierro los ojos y espero el golpe en la puerta.

Oigo movimiento dentro del piso, fuera de la habitación segura. No sé cuánto tiempo he estado aquí tendido. Me debo haber quedado dormido. Me siento enfermo. Necesito beber algo. Me incorporo, dejo caer las piernas por encima de la barandilla y bajo. Me duele el cuerpo cuando me estiro y tambaleo por el pasillo.

Hay alguien en la cocina. Me acerco y veo a través de la puerta abierta que se trata de Harry. Está de pie ante el fregadero, de espaldas a mí, bebiendo o fregando algo. Doy un paso al frente, entro en la cocina y me paro. No sé por qué. Algo no va bien. No me quiero acercar. Puedo sentir algo en el aire que me inquieta. No, es algo más que eso, me hace sentir inseguro. Harry deja de hacer lo que estaba haciendo. ¿Sabe que estoy aquí? Por lo que parece una eternidad ninguno de los dos se mueve. Entonces se empieza a dar la vuelta con lentitud. ¿Él es...?

Dios santo. Miro profundamente en los ojos del anciano y me quedo helado de miedo. ¿Puede ser éste el mismo hombre? Me devuelve la mirada con ojos fríos y acerados, llenos de un odio y un desprecio inexplicables. Puedo sentir que su repugnancia por mí mana de él como un hedor y sé que por alguna inexplicable pero innegable razón me quiere ver muerto. Quiere destruirme. Mis piernas se aflojan a causa de los nervios cuando me doy cuenta que el odio ha llegado finalmente a mi hogar.

Harry se mueve de repente y yo reacciono con velocidad. Sólo da un paso adelante pero es suficiente y sé que mi vida está en peligro si no actúo ya. Me asalta un irresistible e instintivo deseo de supervivencia cuando me alejo de él. Miro hacia la derecha. Junto a la encimera se encuentra nuestro cuchillero de madera. Cojo el cuchillo del pan que tiene el mango negro y lo saco del taco de madera como si esgrimiese una espada. Con un solo movimiento cargo contra Harry y lo hundo profundamente en su carne, justo por encima de la cintura. Lo abrazo con el otro brazo y lo acerco a mí, forzando que la hoja penetre más y más en sus entrañas, girándolo a medida que va penetrando. Siento cómo se desliza el filo aserrado a través de la piel y corta músculos, venas y arterias, y lo empujo profundamente dentro de él hasta que ha desaparecido toda la hoja del cuchillo. Siento un flujo repentino de sangre caliente cuando mana sobre mi mano y suelto el cuchillo y le doy un empujón a Harry. Él se tambalea hacia atrás. Sus piernas tiemblan y se derrumba sobre el suelo, golpeando la parte de atrás de la cabeza contra la puerta del horno al caer. Estoy sobre él. Respira pero no va a durar mucho. Tengo que asegurarme de que está muerto.

Oigo un grito que viene del quicio de la puerta —un chillido agudo y

ensordecedor— y me doy la vuelta para ver a Lizzie y a los niños. Me mira con la misma expresión fría de su padre y vuelvo a sentir el odio. Saco el cuchillo de las tripas del moribundo y lo esgrimo hacia ella, sabiendo que también ella debe morir. Ella se echa para atrás, sacando con ella a los niños de la cocina. Edward y Josh me miran enfadados, con tanto odio como su madre.

—¡Papi! —grita Ellis.

Miro a la cara de mi pequeñina y sé al instante que ella no es como los otros. Ella es como yo. Ella no ha cambiado. Corro rodeando la mesa de la cocina para agarrarla pero es demasiado tarde. Su madre ya la ha cogido por el cuello y la ha alejado fuera de mi alcance. Su delgado rostro, cubierto de lágrimas, muestra miedo y aturdimiento, y sus ojos se abren de par en par cuando Liz la coge por la ropa y la aleja de mí. Ed me mira. Incluso Josh me desprecia. Mis hijos me desprecian y sé que también los tengo que destruir a ellos.

Me vuelvo a precipitar sobre Liz, sabiendo que la debo matar antes de que yo pueda resultar herido y ella pueda hacerle daño a Ellis. Ella grita a los niños que se muevan y corren por el pasillo hacia la sala de estar. Edward atraviesa la sillita de Josh en el vestíbulo y yo tropiezo con ella, cayendo de bruces. Antes de que me pueda levantar y llegar a la sala de estar, atrancan la puerta. Oigo cómo cierran los pestillos.

¿Qué demonios voy a hacer ahora? ¿Cómo ha ocurrido? ¿Cómo es posible que mi familia se haya vuelto contra mí con tanta rapidez? Tengo que olvidarlos y recuperar a Ellis. Ella no ha cambiado y sé que me necesita. Reúno fuerzas y me precipito contra la puerta. La golpeo con el hombro pero no se mueve. Vuelvo atrás y cargo una y otra vez, y la quinta vez que la golpeo siento cómo cede el pestillo. Intento abrir la puerta pero sólo se mueve unos centímetros. La han atrancado con muebles para impedir que entre. ¿Por qué me están haciendo esto?

Aporreo la puerta con los puños.

—Ellis —grito—. ¡Ellis!

La puedo oír. Está atrapada ahí dentro. Puedo oír cómo me responde a gritos. Me quiere a mí, no a ellos, y necesita estar conmigo. Ahí no está segura. Estoy desesperado. No puedo dejarla. Me vuelvo a lanzar sobre la puerta y la fuerza del impacto sacude todo mi cuerpo.

—¡Ellis! —grito de nuevo. Casi no puedo oír su apagada respuesta.

Tiene que haber otro modo de llegar a ella. La ventana. Entraré por la ventana de la sala de estar. Me doy la vuelta y corro por el pasillo, paso al lado del cuerpo en la cocina y salgo al vestíbulo del edificio. Abro la puerta principal de un empujón y me precipito al frío y lluvioso mundo exterior. Ahora que estoy fuera me doy cuenta del ruido a mi alrededor. Puedo oír los helicópteros, los camiones militares, disparos y el sonido de gente como yo luchando por sobrevivir. Es como estar en medio de una zona de combate. Pero esto no es el ruido de una batalla, sino de cientos de combates. Cientos, probablemente miles de batallas libradas por gente como yo que ha sido atacada y traicionada.

Estoy junto a la ventana de la sala de estar. Miro adentro. Lizzie sigue apilando

muebles contra la puerta. Edward me ve casi al instante y Lizzie mete a los niños en una esquina de la habitación. Ellis está atrapada detrás de Edward y Josh pero aún la puedo ver. Aún puedo ver su cara. Está llorando y pronunciando mi nombre.

Miro alrededor, buscando algo para romper los cristales. Hay unas baldosas rotas a medio camino de la puerta principal. Cojo una y la lanzo contra la ventana. Los cristales se rompen y el ruido es incómodamente alto. Ahora puedo oír de nuevo sus voces. Puedo oír a Lizzie que les grita que se mantengan alejados de mí. Me alzo sobre el alféizar y entro por la ventana, sintiendo cómo algunos fragmentos de cristal se hunden en mí y me cortan la piel. El dolor no importa.

Fuerzo mi cuerpo a través de la ventana, con la cabeza por delante, y caigo sobre la alfombra. Me levanto con rapidez pero no he afirmado bien los pies y estoy desequilibrado. Lizzie está corriendo hacia mí. Tiene algo en las manos: el tubo de metal de la aspiradora. Lo proyecta contra mí. Intento agacharme para evitarlo, pero soy demasiado lento y me golpea.

Un dolor abrasador y agudo cruza mi cara.

La sangre mana de mi nariz y me entra en la boca.

Boca abajo en la alfombra. No puedo...

La sala está fría y silenciosa. Lentamente consigo abrir los ojos. No creo que haya nadie conmigo. El montón de muebles está a un lado y la puerta abierta. La lluvia entra a raudales a través de la ventana rota y la parte trasera de mis piernas está mojada. Intento sentarme pero el dolor es demasiado fuerte y me dejo caer de nuevo.

¿Cuánto tiempo llevo aquí tendido?

Empiezo a recordar lo que ha pasado. Lo voy rebobinando. Recuerdo que Lizzie me golpeó. Recuerdo la mirada de odio en su cara, igualada sólo por las expresiones similares en los rostros de Edward y Josh. Cierro los ojos e intento situarme. Ver cómo mi compañera y mis hijos huyen de mí y saber que me odian tanto duele más que el malestar físico que siento ahora. Me siento vacío, traicionado y asustado. No puedo explicar nada de lo que ha pasado. No sé por qué maté a Harry, sólo sé que tenía que hacerlo. No puedo explicar por qué casi toda mi familia se ha vuelto contra mí con tanta rapidez y tan completamente. No puedo explicar por qué Ellis no se ha vuelto así. Joder, tengo que encontrarla.

Me fuerzo a levantarme. Mi cuerpo me duele y cualquier movimiento es difícil. Muy lentamente, utilizando como apoyo el brazo del sofá, consigo ponerme de pie. Veo mi reflejo en el espejo colgado por encima del radiador. Mi ojo derecho está negro e hinchado. Uno de mis dientes delanteros está suelto y tengo sabor a sangre en la garganta. Cuando veo el estado de mi cara empiezo a sentir realmente el dolor. Me arrastro hasta la cocina y paso por encima del cuerpo que hay en el suelo para conseguir un poco de agua. Esto está mejor.

El agua está helada, pero me refresca y me ayuda a aclarar un poco el embotamiento de la cabeza, que me da vueltas. Estoy inclinado sobre el fregadero y me lavo la boca, escupiendo sangre. Contemplo el agua de color rojizo e intento no mirar a Harry, muerto a mis pies. ¿Qué demonios ha ocurrido? El suelo de la cocina está cubierto con su sangre, de un color carmesí oscuro. Sus ojos sin vida miran hacia el techo y puedo sentir cómo me queman. No me arrepiento de lo que he hecho — tenía que matarlo antes de que me matase a mí—, pero necesito comprender por qué...

Cierro el grifo y, excepto por el ocasional goteo de agua, el piso está en completo silencio. ¿Se habrá llevado Lizzie a los niños a alguno de los pisos superiores? Lentamente camino hacia la puerta de la cocina, escuchando con mucha atención. Sé que se han ido.

Mierda.

Una súbita revelación me golpea como un puñetazo en la barriga, más dolorosa que los golpes físicos y emocionales que ya me han dado. Pensar en los pisos superiores me ha recordado el cuerpo en el rellano y las palabras del Hostil cuando estaba agonizando. «Estate preparado —me dijo—, son ellos, no nosotros. Lo ves claro cuando te ocurre». Dios santo, me miró y vio a otro Hostil. Soy uno de ellos. Es la única explicación lógica. ¿Cómo podrían haber cambiado Harry, Lizzie, Edward y Josh, todos al mismo tiempo? Lo razonable es que yo sea el único que es diferente. No puedo explicar cómo o por qué, pero cuando miré en sus ojos supe inmediatamente que los otros no eran como yo y que eran una amenaza. Sentí cómo manaba la repulsión de ellos. Miré a mi familia y los temí, y eso explica por qué hice lo que hice y por qué tantos otros han matado antes que yo. Tenía que atacarlos antes de que me atacasen. Todos excepto Ellis...

Mantén la calma, intento decirme, mientras corro por el pasillo y salgo al vestíbulo principal. Miro hacia fuera por la puerta principal. Maldición, el coche ha desaparecido. Maldita sea, se han llevado el coche y ahora pueden estar en cualquier sitio. Lucho por hilvanar los pensamientos y me han vuelto las náuseas provocadas por el pánico. «Mantén la calma —me vuelvo a repetir—. Piensa con lógica. ¿Adónde pueden haber ido?» Sus opciones son limitadas. Podrían haber ido a la casa de Harry, pero es poco probable con él muerto en el suelo de la cocina. Con mayor certeza Lizzie los habrá llevado a casa de su hermana. Los buscaré allí.

Tengo frío. Mi ropa está mojada y empapada de la sangre de Harry y de la mía. Voy a cambiarme, recogeré algunas cosas y saldré a buscar a Ellis. No sé a dónde iremos cuando la recupere. No podemos volver aquí. Este lugar ya no es seguro.

Me he lavado y cambiado, y ahora ya estoy listo para irme pero no consigo hacerlo. La verdad de lo que ha ocurrido finalmente me ha golpeado. La adrenalina y los nervios provocados por el miedo han desaparecido y ahora me siento vacío, confundido y aterrorizado.

Me he dado cuenta de que lo he perdido todo. Estoy en el dormitorio de Edward y Josh, simplemente mirando. Esto es demasiado doloroso... No puedo poner en palabras cómo me siento. Sé que mis chicos están al alcance de la mano, pero también sé que se han ido y que nunca más volveré a estar con ellos. Recojo un juguete —una pieza de nada, sólo un barato muñequito de plástico que regalan en un hamburguesería— y me asalta el dolor. Se lo dieron a Josh hace unas tres semanas. Harry nos dio un poco de dinero. Estuvimos fuera hasta tarde y atiborramos a los niños de comida rápida. Era la primera vez que Josh tenía un menú para él solo. Estaba tan orgulloso. Se pasó más tiempo jugando con este maldito juguete que comiéndose la hamburguesa.

Tengo que apartarlos de mi pensamiento. Entro en el dormitorio que compartimos Lizzie y yo y recojo de encima de la cama la bolsa que he preparado. La puerta del armario está abierta. Contemplo las ropas de Lizzie y cada uno de los vestidos me despierta tantos recuerdos... Me llenan de una tristeza que me revuelve las tripas. Todos los recuerdos que tengo —todos los segundos de la vida que he llevado desde que la conocí— de repente no significan nada.

Sería más fácil si hubieran muerto. Sé lo que soy ahora, y sé que Lizzie, Edward y Josh son diferentes. No comprendo la diferencia entre nosotros, pero sé, más allá de cualquier duda, que es insuperable. Sé que nunca volveré a estar con mi compañera y con mis hijos. En cuanto a Ellis... ella es como yo y lucharé hasta el último aliento para recuperarla.

Estoy intentando levantar el cuerpo de la cocina. A pesar del odio que vi en los ojos de Harry no quiero dejarlo así: medio vestido y contorsionado, tirado en un rincón de la cocina. Tiro de sus pies pero sus extremidades están rígidas y no responden. Cojo una sábana del dormitorio y la coloco sobre el cadáver.

Mientras estoy intentando mover el cuerpo oigo un ruido. Me levanto y corro hacia la sala de estar para mirar por la ventana rota. Dos camiones del ejército avanzan por la calle y sé que tengo que salir de aquí con rapidez. No sé con seguridad si esos soldados me van a ayudar o si se van a volver contra mí pero no

puedo correr el riesgo. ¿Qué pasa con la mujer que he visto cómo tiroteaban en la calle esta mañana temprano? ¿Era como yo o como los otros? ¿Era también una Hostil?

Muévete. Ponte en movimiento ahora y no te pares. Pero ¿adónde ir? Los camiones se acercan. Me cuelgo la bolsa del hombro y salgo corriendo del piso hacia el vestíbulo principal. ¿Ahora hacia dónde? ¿Comprobarán los pisos superiores? ¿Me puedo arriesgar a esconderme allí? Sé que tengo que irme de aquí y corro hacia la salida trasera. Intento abrir la salida de emergencia pero está cerrada con un candado. Dios santo, ¿cuánto tiempo hace que está así? ¿Qué le habría pasado a Lizzie y a los niños si se hubiera declarado un incendio? Ahora no importa. Miro hacia atrás y puedo ver movimiento en el exterior del bloque de pisos. Ya vienen. «Sigue moviéndote. Sólo sigue moviéndote».

La puerta del otro piso de la planta baja está abierta. Ahora estoy dentro y apesta. Nadie ha vivido aquí oficialmente durante los últimos seis meses pero lo han utilizado regularmente vagabundos, yonquis, okupas y Dios sabe quién más. Su distribución es una imagen especular de mi piso. Atravieso corriendo la cocina y fuerzo la ventana que está encima del fregadero. Ahora puedo oír a los soldados dentro del edificio. Los pasos de sus pesadas botas en el vestíbulo de entrada. Me escabullo por la ventana y salto al descuidado jardín trasero. Estoy fuera. Sin pensar, corro por la alta hierba hasta el final del jardín y escalo con rapidez la rampa embarrada que separa nuestro bloque de los jardines de las casas, cuyos patios traseros dan hacia nosotros. Corro hasta llegar a una alta valla de madera. Tengo que pasar por encima de ella. Me aúpo, con los músculos de mis brazos ardiendo por el esfuerzo, y consigo pasar una pierna por encima de la valla. Me inclino hacia el otro lado y caigo sobre el pavimento, aterrizando dolorosamente sobre cagadas de perro, basura y matojos. Me levanto, me sacudo la ropa y sigo corriendo.

El lugar más seguro para esconderse, decido sobre la marcha, es algún sitio donde sé que ya han estado los soldados. Cambio de dirección y recorro la calle que va paralela con Calder Grove antes de cruzar un par de calles más y llegar finalmente a Marsh Way. Esta es el área donde vi patrullando a los soldados cuando miraba esta mañana por la ventana del piso superior.

La calle está vacía. No hay ningún signo de la presencia militar. Me oculto bajo la sombra de un árbol al final de la calle y miro a un lado y otro. En realidad no hay señales de ningún tipo de presencia. Todo está en un completo silencio. Nada se mueve. Nada, excepto yo.

Me doy cuenta de que la puerta de entrada de una de las casas al otro lado de la calle se ha abierto ligeramente. Corro hacia ella y me abro paso hacia el interior. Me encuentro con el propietario de la casa, que arrastra una bolsa de basura por el recibidor, a punto de tirarla a la calle. Levanta la mirada e inmediatamente sé que no es como yo. Tengo que matarlo.

—¿Quién demonios es usted...? —empieza a decir.

Me lanzo sobre él, lo agarro por el pescuezo y lo empujo hacia el interior de la casa. Me sigo moviendo, sintiéndome fuerte y al mando, pero sin saber adónde voy o qué voy a hacer. Entramos en la sucia cocina y lo estampo contra un armario de pared. Su cuerpo rebota con el impacto. Lucha e intenta librarse pero sé que lo puedo matar. Tengo la fuerza, la velocidad y la sorpresa de mi parte. Pongo mi mano sobre su cara, la agarro con fuerza y estampo su cabeza contra la puerta del armario. Se resiste. Atraigo la cabeza y la vuelvo a golpear, esta vez más fuerte. Y una vez más. Una vez más y más fuerte, tanto que siento que algo se rompe; no estoy seguro si es la puerta o su cráneo. Otra vez y deja de debatirse. Otra vez y se desploma. Otra vez y ya está.

Arrastro el cuerpo por el suelo y lo dejo tendido en un rincón de la cocina, para que no estorbe. Después cierro la puerta con llave y finalmente me paro a tomar aliento y a planear mi siguiente movimiento.

Nunca me he sentido así antes. Una parte de mí sigue destrozada y vacía por lo que me ha ocurrido hoy. Otra parte se siente más fuerte y más viva de lo que me he sentido nunca. La forma en la que he matado al propietario de esta casa ha sido impropia de mí, y, sin embargo, me parece correcta y me siento bien. Me siento como si pudiera con cientos de miles de ellos si tuviera que hacerlo.

Yo soy un Hostil.

Sentado aquí, en uno de los dormitorios de esta sucia y sórdida casita, finalmente he conseguido aceptar que soy un Hostil. El nombre parece tan erróneo ahora... pero comprendo por qué nos lo han dado. Para esos en el exterior —esos que no han sentido lo que yo estoy sintiendo ahora— nuestras acciones se pueden malinterpretar con facilidad como consecuencia del odio. Pero no lo son. Todo lo que he hecho hoy ha sido en defensa propia. He matado para evitar que me matasen. Esa gente, esa gente «normal», es la que odia. No puedo explicarlo. Lo puedo ver en sus ojos y casi lo puedo oler en el aire a su alrededor. Es como un sexto sentido, un instinto. Sentí cómo manaba de Harry y por eso lo maté. Ha ocurrido lo mismo con el hombre de la planta baja y será lo mismo con el próximo que encuentre. Seguiré adelante y seguiré matando durante todo el tiempo que haga falta.

Y ahora puedo ver adónde lleva todo esto. Al fin empiezo a comprender por qué, desde fuera, toda esta crisis ha parecido tan interminable y errática. Somos nosotros contra ellos. No va a haber un empate o una tregua o ninguna negociación política para resolverlo. Esta lucha no tendrá fin hasta que una de las partes prevalezca y el enemigo esté muerto a sus pies.

Se trata de matar o morir.

Odiar o ser odiado.

La luz ha empezado a desvanecerse y estoy preparado para seguir adelante. He esperado hasta ahora con la esperanza de obtener de la oscuridad un poco de cobertura y protección. Tomo un poco de comida de la cocina (casi no hay nada aprovechable) y ya estoy dispuesto para volver al exterior.

Durante el corto espacio de tiempo que he pasado en esta casa mi estado de ánimo y mis emociones han oscilado y cambiado de forma constante. La mitad de mí se siente excitado y muy vivo como consecuencia de en qué me he convertido. Una parte de mí se siente libre y sin ataduras por primera vez desde que puedo recordar y me siento aliviado de haberme apartado por fin de las partes de mi vida que detestaba. Me siento fuerte, decidido y lleno de energía y, sin embargo, todo eso no cuenta para nada en los momentos en los que pienso en el pasado. Lizzie y yo llevaríamos juntos diez años el próximo año. Hemos educado juntos a nuestros hijos y, aunque hemos tenido nuestros malos ratos, siempre hemos estado muy unidos. Ahora todo eso ha desaparecido y duele. Quizá sea un Hostil, pero sigo sintiendo el dolor. Me gustaría que Liz, Edward y Josh también hubieran cambiado. Tengo que dejar de pensar en ellos. Estoy tratando de encontrar algún sentido a mis emociones. Aún los sigo queriendo pero al mismo tiempo sé que, si tengo que hacerlo, los mataría en un instante.

Mientras atravieso la casa algo llama mi atención.

En la sala de estar, sobre una mesita redonda que está al lado de un sucio y raído sillón, se encuentra un folleto. Un folleto publicado por el gobierno. Parece limpio y nuevo, y a pesar de eso me parece vagamente familiar. Lo recojo y empiezo

a hojear sus páginas. Recuerdo haber recibido algo parecido por debajo de la puerta hace unos meses, cuando hubo una amenaza terrorista. El folleto es bastante genérico y le explica al público qué debe hacer en caso de emergencia. Va de amenazas de bomba a desastres naturales, ese tipo de cosas. Le dice a la gente que permanezcan en casa y sintonicen la radio o la tele para nuevas instrucciones. También da información para administrar los primeros auxilios, qué suministros hay que conservar y los números de emergencia. Al final hay un montón de páginas de propaganda y basura: que el país está preparado para cualquier eventualidad y que los servicios de emergencia entrarán en acción de forma inmediata, ese tipo de mierda. Hay algunas páginas sueltas que se han añadido a la guía, y cuando las hojeo me doy cuenta de que lo más probable es que al propietario de la casa se lo dieran los militares después de su visita/inspección/operación de limpieza de hoy. No me sorprende la ausencia de todo dato real y tiene todo el tufillo de la basura política. Aun así, es interesante leer lo que le están contando a la población sobre la gente como yo.

El texto habla de lo que nos ha pasado como si fuera una enfermedad. Lo que implica que se trata de algún tipo de infección o mal que causa una forma de demencia, pero pasa por encima del tema y no utiliza un lenguaje directo u ofrece datos concretos. Dice que una pequeña proporción de la población —sugieren que no más de un uno por cien— es susceptible a ese «trastorno». Habla de síntomas, diciendo que la gente afectada sufre delirios y, al azar, atacará violenta e irracionalmente a otras personas. Jodidos idiotas. No hay nada aleatorio o irracional en lo que he hecho hoy.

Lo que más me preocupa es lo que leo en las últimas páginas adicionales. El folleto explica que la gente afectada está siendo recogida, aislada y «tratada». No hay que ser un genio para deducir que ésa es la razón de los camiones y de los soldados atravesando la ciudad. Pero ¿qué implica ese supuesto tratamiento? Por lo que he visto se limita a una bala en la nuca.

Estoy perdiendo el tiempo. No quiero seguir leyendo. Meto el folleto en mi bolsa y, después de comprobar que la calle está desierta, abandono la casa y dejo atrás a su propietario muerto. Atravesaré la ciudad hasta la casa de la hermana de Liz y traeré a Ellis de vuelta a casa.

Me siento fuerte. Superior a toda la gente que no ha cambiado. Estoy contento de ser uno entre un centenar. Prefiero ser así que ser como ellos.

Me siento como si hubiera corrido durante kilómetros así que ahora he reducido el ritmo. He llegado al extrarradio de la ciudad y ahora hay pocos edificios y pocas sombras para ocultarme. No quiero que me vean. Podría haber cogido un coche pero ahora no circula ninguno por las calles y habría llamado demasiado la atención. He perdido la noción del tiempo. Es última hora de la tarde y la luz ha desaparecido casi por completo. Tengo frío, empapado como estoy por la fuerte lluvia que ha estado cayendo durante la última hora, pero eso sólo es una pequeña incomodidad física y aún me siento sorprendentemente fuerte.

No sé cuánto tiempo he estado fuera, pero hasta ahora sólo he visto un par de personas. Se oyen ruidos lejanos, los militares intentan localizarnos y sacarnos a las calles, pero éstas están vacías. Sé que se supone que hay un toque de queda nocturno pero estoy seguro de que ésa no es la única razón de que no se vea a nadie. Estar en el exterior es demasiado peligroso. A las pocas personas que he visto —figuras solitarias que se deslizan cuidadosamente por las sombras como yo— las he evitado. No me quiero arriesgar a encontrarme con nadie. ¿Serán como yo? Quizá lo sean pero no puedo correr ningún riesgo. Pueden ser como el resto de ellos. Volveré a matar si tengo que hacerlo pero no estoy buscando problemas. Encontrar a Ellis es más importante. Esta noche parece que la parte «normal» de la población se ha ocultado por miedo a nosotros.

Creo que ahora probablemente estoy a medio camino entre mi piso y la casa de la hermana de Liz. He planeado caminar durante toda la noche pero creo que lo más razonable es parar y encontrar pronto un refugio. Ahora los helicópteros vuelven a sobrevolar la ciudad y me siento expuesto. El instinto me dice que muy pronto será demasiado arriesgado estar solo en la oscuridad en el exterior, con los militares patrullando por las calles y el cielo. Si pensase que proseguir fuera seguro, lo haría. Voy a aprovechar la oportunidad para descansar un rato y comer.

No puedo dejar de pensar en Ellis. Mi pobre niñita está atrapada en medio de un grupo de personas que se volverán en su contra en cualquier momento y sin ninguna advertencia previa. Está en peligro y no hay nada que pueda hacer para ayudarla. Quizá ya sea demasiado tarde pero no puedo evitar pensar de esa forma. Conscientemente he intentado sacarlo de mi mente pero sigo pensando en Lizzie, Edward y Josh. Recordarlos me llena de una tristeza abrumadora, y de remordimientos. Me pregunto si ellos también cambiarán. ¿Podría ser que lo que ha cambiado dentro de mí también estuviera oculto en su interior? Me gustaría creerlo pero no tengo demasiadas esperanzas. La información gubernamental que leí antes

(si algo de eso era verdad) decía que sólo un pequeño porcentaje de la población corría el riesgo de verse afectada. Yo también percibí una diferencia entre Ellis y los demás. Ella y yo somos iguales. Nos diferenciamos de ellos, lo puedo sentir. Tengo que aceptar que el resto de mi familia está perdida.

Ahora estoy saliendo de la ciudad. Miro de reojo y veo que aunque sigue habiendo luces en muchos edificios, también hay grandes áreas de la ciudad que están bañadas en la oscuridad. Deben haber cortado la electricidad. Es inevitable, supongo. Este «cambio» (sea lo que sea) puede que sólo afecte a una minoría, pero todo el mundo está sintiendo sus repercusiones. Está rompiendo la sociedad con la misma rapidez que ha destruido a mi familia.

Doblo una esquina y tropiezo de cara con otro cuerpo que va en dirección contraria, la primera persona con la que me he cruzado en mucho tiempo. Inmediatamente me tensó, dispuesto a matar. Empujó la oscura figura y cerré el puño dispuesto a golpear. Atravesé la oscuridad para mirar el rostro de la otra persona y... y todo está bien. No hay ira ni odio ni amenaza. El silencioso sentimiento de alivio de ambos es inmenso. El tipo es como yo, y ambos sabemos que ninguno de los dos tiene nada que temer del otro.

—¿Está bien? —pregunto en voz baja.

El otro asiente y sigue su camino.

Oigo motores en la distancia. A mis espaldas, los militares se siguen moviendo por la ciudad a oscuras. Ahora están más cerca. También hay más helicópteros atravesando el cielo. Veo que cuatro de ellos se ciernen ominosamente, barriendo las calles e iluminando de vez en cuando el suelo a sus pies con focos increíblemente potentes. Definitivamente ha llegado el momento de encontrar refugio.

Cruzo un bajo puente de piedra que pasa por encima de unas silenciosas vías de ferrocarril. Delante de mí se encuentra la oscura silueta de una gran fábrica o almacén y, al otro lado de la calle, una obra. Cuando me acerco veo que es el inicio de una nueva urbanización. Unas pocas casas están casi terminadas justo al lado de la calle principal y están rodeadas por las estructuras de otros edificios parcialmente contruidos. Las paredes a medio subir y los marcos de madera que se recortan contra el cielo hacen difícil decir si las obras se han abandonado o no. Es un lugar silencioso y desolado. Parece adecuado para parar y refugiarme durante un rato.

Las baldosas y el asfalto bajo mis pies dan paso a grava y barro. Sigo el camino enlodado e irregular que se adentra en el centro de la zona de obras y me encuentro caminando a lo largo de una fila de seis casas de diferentes formas, tamaños y grados de construcción. El suelo está tan maltratado por la maquinaria que me lleva un rato darme cuenta de que voy caminando por los futuros jardines traseros de esos edificios y no por la fachada principal. Me pregunto si se terminará alguna vez algunas de esas construcciones. Las tres más alejadas parecen ser las más completas y me dirijo hacia ellas. Sus ventanas y puertas están cubiertas con planchas de metal gris. Todas excepto la que está en medio de las tres. La plancha que cubría el espacio

donde debería ir su puerta trasera ha sido retirada. Está tirada en el suelo, sobre un charco de barro, doblada e inútil. Ahora estoy delante de la puerta mirando al interior. ¿Ha estado alguien aquí? Me doy cuenta de que puede seguir habiendo alguien dentro pero necesito descansar. ¿Debo entrar? ¿Es seguro? Sintiendo que ya nada es seguro, subo el escalón y entro en el edificio con precaución. Si hay alguien dentro y no es como yo, lo mataré.

Pasos en la oscuridad. Movimientos repentinos.

Intento retroceder pero antes de que pueda reaccionar tengo a una figura encima de mí. Me tiran de las piernas y caigo de espaldas sobre el duro suelo de cemento. No puedo ver nada. Intento liberarme y levantarme a base de patadas y puñetazos pero antes de que me pueda mover me vuelven a tirar al suelo. Alguien me presiona los tobillos y otro tiene las manos en mis hombros, manteniéndome tendido en el suelo. Hay también una tercera persona. Su sombra pasa delante del hueco de la puerta.

—¿Crees que está bien sujeto? —pregunta alguien. Encienden una linterna y la inesperada claridad me quema los ojos.

—Apágala —oigo que dice otro en un susurro grave y aliviado—. Está bien.

Con tanta rapidez como me habían agarrado las manos, me sueltan. Me alejo arrastrándome por el suelo, poniendo toda la distancia que puedo con las personas que están aquí. La luz dentro de la casa a medio terminar es limitada y trato de distinguir algo. Alguien se está moviendo delante de mí. Sé que al menos son tres personas pero ¿hay más? Vuelven a encender la linterna.

—Tómalo con calma, colega —dice uno de ellos—. No vamos a hacerte daño.

No sé si creerlo. No sé si voy a creer a alguien nunca más.

La figura que sostiene la linterna ilumina su propia cara. Se trata de un hombre, quizás a finales de la veintena. Sé al instante que es como yo y que estoy seguro con él. Y si este hombre no es una amenaza, entonces la gente que está con él tampoco lo es.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—Danny —contesto—. Danny McCoyne.

—¿Llevas así mucho tiempo, cariño? —pregunta una voz de mujer.

—¿Qué? —murmuro en respuesta.

—¿Hace mucho que ha ocurrido? —dice, reformulando la pregunta. Supongo que está hablando de lo que ocurrió en casa cuando maté a Harry y perdí a mi familia.

—Unas horas —murmuro con la garganta seca—. No estoy seguro...

—Soy Patrick —se presenta el hombre que sostiene la linterna y extiende la mano. No estoy seguro si me la ofrece para un apretón o para ayudarme a levantarme. La cojo y tira de mí—. Me ocurrió hace tres días —prosigue—. Lo mismo que a Nancy. Éste es Craig —dice, apuntando la linterna hacia la tercera persona al otro lado de la habitación—. Ayer por la tarde, ¿no, Craig?

—Justo después de comer —contesta Craig. Patrick dirige la linterna hacia él pero sólo consigue iluminar una pequeña parte de una gran barriga. Craig es

inmenso.

—¿Qué ocurrió? —pregunta Nancy—. ¿Alguien cercano?

—El padre de mi mujer —explico, sintiendo un poco de tristeza pero no remordimientos o culpabilidad por lo que he hecho—. Se volvió contra mí. Pensé que iba a matarme así que...

—¿Fuiste primero a por él? —interrumpe ella, acabando la frase por mí. Ahora mis ojos se están acostumbrando a la oscuridad en la casa. Puedo ver a Nancy asintiendo e inmediatamente sé que comprende totalmente lo que tuve que hacer y por qué tenía que hacerlo, aunque ni siquiera yo estoy completamente seguro—. Pronto todo empezará a tener sentido —me explica—. A mí me pasó lo mismo. Me odio por haberlo hecho pero no tenía alternativa. Llevaba con John desde hace casi treinta años y durante todo ese tiempo casi no nos habíamos separado ni un solo día. Fue como si alguien le diera a un interruptor. Supe que tenía que hacerlo.

Esto corre peligro en convertirse en una comedia de errores. ¿Todos han matado? Formulo la pregunta sin darme cuenta de que estoy hablando en voz alta.

—Supongo que sólo depende de dónde estás cuando ocurre —contesta Patrick—. Craig aún no ha matado a nadie, lo que resulta toda una sorpresa si tenemos en cuenta el tamaño del jodido.

Nancy sigue con la historia de Craig.

—Sin embargo lo intentó, ¿no es verdad, cariño? —suspira. En el círculo de luz veo que asiente—. Un puñado de ellos te tenían arrinconado en el trabajo, ¿no es verdad?

—Estaba preparando pedidos en el almacén con cuatro de ellos —explica el gigante con una voz sorprendentemente suave—. No sé lo que pasó. Empecé con uno de ellos pero eran demasiados. Me encerraron en uno de los despachos pero conseguí salir por una ventana. Lo único que podía hacer era correr.

Esta conversación es extraña e incómodamente surrealista. Sólo resulta creíble cuando recuerdo el hecho de que yo he matado dos veces en el día de hoy. ¿Cómo puede ser? Joder, hasta esta mañana ni siquiera había golpeado a nadie al perder los estribos, y mucho menos matado. Patrick me pasa una botella de agua de la que bebo, sediento.

—¿Y tú? —le pregunto.

—He matado —contesta—. No sé quién era el tipo, tenía que hacerlo, como el resto de nosotros. Sólo estaba allí, mirándome, cuando me estaba subiendo al coche...

—¿... Y?

—Y lo atropellé. Arranqué el coche, lo perseguí por la calle y lo atropellé. Casi me cargo también el coche. Seguí conduciendo con él bajo las ruedas. No sabía qué otra cosa podía hacer. Intenté volver a casa pero cuando llegué vi que mi hija era como el resto de ellos y...

—... y ya conoces el resto de la historia —gruñe Craig—. No tenías más remedio que hacerlo, ¿no?

—Es como una segunda naturaleza —dice Patrick lentamente—. Es instintivo.

Es un instinto animal.

La habitación se queda en silencio.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—Quién sabe —responde Nancy—. Supongo que nos seguiremos matando hasta que hayamos desaparecido nosotros o ellos. Una locura, ¿no te parece?

Es difícil aceptar que esta mujer (que tiene la apariencia de cualquier otra mujer/madre/hija/hermana/tía) esté hablando tan tranquilamente de matar. En los días que han pasado desde su cambio parece que ha renunciado a cualquier aspecto de su vida anterior y ahora está preparada para matar con el fin de seguir viva. En momentos como éste todo parece increíble. Nancy tiene más la apariencia de estar a punto de hornear un pastel que de matarte. Muevo la cabeza sorprendido mientras Craig se levanta y coloca un tablón de madera, tapando el hueco de la puerta y bloqueando los últimos retazos de luz que llegan del exterior.

Entonces, ¿cuánto de lo que te hemos contado lo habías deducido ya? —pregunta Patrick. Ambos estamos en el piso de arriba, en lo que probablemente estaba destinado a ser el dormitorio principal de la casa a medio acabar, con las espaldas apoyadas sobre una pared enyesada hace poco. El cielo ha ido clareando y la luna proporciona una iluminación limitada pero agradable a través de la reja sobre la ventana. Estoy cansado y no tengo ganas de hablar pero no puedo evitar contestar a su pregunta.

—No tengo ni maldita idea de lo que está pasando —respondo con honestidad—. Esto es todo lo que he conseguido averiguar —digo mientras saco el doblado folleto de mi bolsa y se lo paso. Hojea las páginas bajo la luz de la linterna y sonrío irónicamente.

—¡Buen material! —ríe sarcástico.

—Lo cogí de una casa en la que estuve escondido —le explico—. No dice mucho.

—¿Cuándo fue la última vez que el gobierno te dio algo que lo dijera?

Cierra el folleto y lo tira al suelo.

—Tampoco se trata de algo que le puedas preguntar a cualquiera —digo—. Aún no sé si alguien sabe realmente lo que está pasando.

—Alguien lo sabe —refunfuña—, lo deben saber. Puedes apostar algo a que desde el mismo momento en que cambió la primera persona, algún departamento del gobierno en alguna parte ha estado analizándonos y cortando a tiras a gente como tú y yo...

—¿Cortando a tiras a la gente?

—Estoy exagerando —prosigue—, pero sabes lo que quiero decir, ¿no? Deben tener un equipo de científicos de primera fila sentados en algún laboratorio investigando qué nos ha ocurrido. Deben estar trabajando en una cura.

—¿Tú crees?

Él se encoge de hombros.

—Quizás. Ocurra lo que ocurra, intentarán encontrar una forma de pararnos para que no sigamos con lo que hacemos.

Sé que tiene razón. Somos una amenaza para ellos. Una amenaza mucho mayor que cualquier enemigo al que hayan tenido que combatir con anterioridad.

—No quiero que me curen —afirmo, sorprendiéndome a mí mismo con mi confesión—. Quiero seguir siendo así. No quiero volver a ser uno de ellos.

Patrick asiente y apaga la linterna. En la oscuridad, vuelvo a pensar en Ellis. Sé

que sólo es cuestión de tiempo que cambie, si es que no lo ha hecho ya. He intentado convencerme a mí mismo de que estará bien pero sé que, mientras esté con los demás, está en peligro. Lo más duro de asumir del día de hoy —más duro incluso que todo lo que he perdido— es el hecho de que Lizzie, la persona que ha engendrado a mi pequeña y que le ha proporcionado más seguridad que cualquier otra persona, es ahora la que representa el mayor peligro para ella. El dolor que siento cuando pienso esta noche en Ellis es indescriptible. Quizá debería intentar llegar hasta ella ahora mismo. La pequeña no sabe lo que está a punto de ocurrir. No tiene ni la más mínima idea...

—No hablas mucho —me presiona Patrick. Está empezando a atacarme los nervios pero siento que tiene la necesidad de hablar. Está tan nervioso, asustado y confundido como yo, de manera que no reacciono.

—No hay mucho que decir —gruño en respuesta.

—¿En qué estás pensando?

Muy listo. Me callo pero decido contestarle. Quizá me ayude.

—Mi hija pequeña. Es como nosotros.

—¿Por qué no está contigo?

—A causa de su madre. Ocurrió en casa... con toda la familia. Supe que Ellis era como yo e intenté llegar a ella pero...

—Pero ¿qué?

—Lizzie llegó a ella antes que yo. Me golpeó en la cara con un maldito tubo de metal. Lo siguiente que supe es que se había ido y se había llevado a los niños.

Patrick menea la cabeza.

—Muy malo... —murmura—. Duele cuando los pierdes, ¿no?

Asiento, pero no sé si se ha dado cuenta de mi respuesta.

—¿Y tú? —pregunto—. Antes dijiste algo sobre tu compañera...

No responde durante unos segundos eternos.

—Como dije, conseguí volver a casa después de que ocurriese. Casi antes de verlos ya sabes si han cambiado o no. Hice lo que tenía que hacer.

No sé lo que quiere decir con eso. ¿La mató? Con rapidez decido que probablemente no sea una buena idea preguntarle. Por un momento pienso que es el final de la conversación pero entonces Patrick vuelve a hablar.

—Lo entienden todo al revés, ¿no? —prosigue.

—¿Qué?

—Los periódicos y la tele y todo eso —explica— nos han convertido en los malos de la historia, ¿no te parece?

—Para ellos lo somos.

—Han deducido que somos nosotros los que los odiamos a ellos...

—Nunca he odiado a nadie —replico—, por lo menos no como lo cuentan en las noticias.

A la luz de la luna veo que Patrick asiente, convencido. No es estúpido. Se ha pasado tres días reflexionando sobre lo que yo sólo he intentado comprender en unas pocas horas.

—¿Sabes lo que pienso?

—¿Qué? —contesto con un bostezo.

—Nos llaman Hostiles porque desde su punto de vista todo lo que hacemos es atacar y matar. Eso es lo que me parecía antes de cambiar. ¿Estás de acuerdo?

—Supongo.

—Pero la verdad es que todo el mundo odia. Ellos son tan malos como nosotros. Nos quieren muertos tanto como nosotros nos queremos librar de ellos. Puedes sentir cómo el odio mana de ellos, ¿no es así? Aunque no sean capaces de mostrarlo como nosotros o asumirlo como lo hacemos nosotros, nos quieren ver muertos. De manera que todo lo que hacemos es protegernos. Sólo sabes que tienes que hacerlo, ¿verdad? Tienes que matarlos antes de que te atrapen.

—Entonces somos tan malos como todos los demás —sugiero.

—Quizá. Como he dicho, todo el mundo odia, sólo que nosotros lo sabemos canalizar mejor que ellos. Tenemos que mirar por nosotros mismos y, si eso significa destruirlos, eso es lo que tenemos que hacer.

—El problema es que ellos sienten exactamente lo mismo...

—Lo sé. Pero ellos no tienen el físico ni son tan agresivos como nosotros y ahí es donde tenemos ventaja. No se mueven con la suficiente rapidez. En su momento pagarán el precio.

—Pero ¿qué es lo que ha cambiado? —pregunto—. ¿Y por qué ahora? ¿Por qué le ha pasado a algunos y a otros no? En definitiva, ¿por qué ha ocurrido?

—Ésa es la gran pregunta, ¿verdad? Esa es la que no soy capaz de contestar y puedes apostar a que tampoco vamos a encontrar ningún indicio en el maldito folleto del gobierno.

—Pero ¿qué crees que lo ha provocado?

—No lo sé. Hasta ahora he llegado a algo así como un centenar de explicaciones posibles —se ríe entre dientes— ¡pero todas son una mierda!

—¿Se trata de una enfermedad? ¿Hemos pillado algo?

Él niega con la cabeza.

—Quizá sí. Por lo que parece puede haber dos explicaciones posibles. O es un virus o algo por el estilo, o quizá le ha ocurrido algo a todo el mundo. Gente como tú y como yo nos hemos visto afectados, pero el resto no han cambiado en absoluto.

—¿Algo como qué?

—No lo sé... quizás alguien ha puesto algo en el agua. Quizás el planeta ha atravesado una maldita nube de gas espacial o algo así. Quizá se trata sólo de la evolución. La naturaleza siguiendo su curso...

Patrick se vuelve a reír entre dientes. La habitación se queda en silencio y eso me da la oportunidad de valorar lo que acaba de decir. Puede que tenga razón. Si fuera un virus o una enfermedad, es seguro que mucha más gente se habría visto afectada. Todo es tan extraño esta noche que todas estas teorías contradictorias e insubstanciales suenan plausibles.

—¿Cuánta gente como nosotros crees que existe? —pregunto, sabiendo que él no puede hacer nada más que suposiciones para contestar.

—Ni idea —contesta—. Lo último que recuerdo es que hablaban de una pequeña minoría y eso es lo que dice en tu folleto. Pero creo que es mucho mayor de lo que nadie reconoce. Es posible que nadie sepa lo grande que es.

—¿Y cómo se ha extendido? ¿Seguramente esto no puede estar ocurriendo sólo aquí?

—Se ha extendido de un lado al otro del país con bastante rapidez, ¿no? De manera que si un país está afectado...

—... entonces, ¿por qué no los demás?

—Exactamente.

—Entonces, ¿dónde acaba esto?

Más silencio.

—No lo sé. Ni siquiera sé si quiero pensar en ello. Tenemos que seguir luchando para seguir vivos y puedes apostar a que ellos harán exactamente lo mismo. De manera que sólo podemos seguir corriendo y matando —contesta—, porque, si no vamos a por ellos, vendrán a por nosotros.

Finalmente, Patrick ha cerrado la boca. Estoy tendido en el frío suelo y trato de dormir para descansar la mente y el cuerpo. No puedo dejar de pensar en Ellis. Por la mañana, decido, seguiré hacia la casa de la hermana de Liz y la buscaré allí. Sólo rezo para no ocurra nada antes de que pueda llegar a su lado.

Por la mañana correré el riesgo de coger un coche para ir más rápido. Me siento fuerte y tranquilo, y estoy preparado para andar el resto del camino pero iré más rápido en coche, aunque esté mucho más expuesto y vulnerable. Ahora no importa. Lo que estoy haciendo parece tan correcto. Con cada minuto que pasa, la vida que he dejado atrás se me antoja más extraña y antinatural. Nunca volvería a ella, aunque tuviera la oportunidad. Sólo querría que Lizzie, Edward y Josh pudieran ser como Ellis y yo.

Fuera hay más ruido. Es de madrugada —las dos o las tres, creo— y hay un flujo constante de ruido que llega desde el centro de la ciudad. Oigo más camiones y helicópteros. Más patrullas descubriendo a la gente. Pase lo que pase mañana, sé que tengo que abandonar este lugar. No quiero permanecer en un mismo sitio durante demasiado tiempo. Seguiré en movimiento hasta que encuentre a Ellis y entonces, cuando la tenga conmigo, huiremos juntos. Encontraremos algún lugar seguro donde haya más gente como nosotros, muy lejos de los que nos odian. Y si no podemos encontrar ningún sitio seguro, entonces mataremos y destruiremos a tantos como podamos. Como ha dicho Patrick, tenemos que matarlos antes de que nos maten.

Ahora voy a dormir y me iré con la primera luz del día.

SÁBADO

—¡Fuera! —grita una voz aterrorizada por encima de un ruido terrible—. ¡Por el amor de Dios, salid de aquí! Me levanto con rapidez. Me duele el cuerpo de dormir en el suelo. La casa a medio construir está llena de un ruido ensordecedor. Corro hacia la ventana y aplasto la cara contra la reja de metal gris, desesperado por ver lo que ocurre fuera. Un helicóptero se cierne cerca de nosotros. No está directamente sobre el edificio pero sí lo suficientemente cerca y sé que está buscando a gente como nosotros. Miro alrededor y veo que estoy solo. Patrick se ha ido pero sus cosas siguen aquí.

Mierda. Hay un camión al final del camino de grava y los soldados ya están saliendo de su parte trasera y corriendo hacia estas casas. Agarro mi bolsa y me dirijo hacia la puerta. Desde un altavoz, alguien grita una advertencia sobre quedarse tranquilo y sin moverse y... disparos. Vuelvo corriendo a la ventana y miro de nuevo: ahora veo a Craig boca abajo en un charco de barro y sobre él un soldado con el fusil aún humeante que le apunta a la nuca. También puedo ver a Patrick y a Nancy, que están intentando huir. Más tropas los rodean con rapidez, cortando cualquier vía de escape, al mismo tiempo que llega otro camión.

Tengo que alejarme de aquí. Quizá pueda subir a la buhardilla y esconderme. ¿O debo intentar huir? ¿Estoy demasiado arriba para saltar por una de las ventanas? No puedo permitir que me cojan. Pasos sonoros, pesados, metálicos. Jesús, probablemente ya sepan que estoy aquí. Corro hacia una de las pequeñas habitaciones traseras y me doy de bruces con un soldado enmascarado que va en dirección contraria. Intento pasar a su lado pero el cabrón me golpea en la cara y antes que pueda reaccionar estoy tendido de espaldas mirando al techo. Intento levantarme pero unas manos duras me agarran por los brazos y me arrastran escaleras abajo. Es inútil luchar, pienso, mientras intento no dejarme llevar por el pánico. Ahora mi única opción es esperar hasta que esté en el exterior y entonces intentar correr. Pero entonces pienso en el pobre bastardo de Craig, desplomado en el suelo, cosido a balazos. Cooperar con ellos, decido, a pesar de que todos los nervios, tendones y fibras de mi cuerpo quieren combatir a estos animales y destruirlos.

Me arrastran por el pasillo, la cocina y finalmente al exterior de la casa. Me empujan hacia el camión frente al cual se encuentran temblando Nancy y Patrick. Tropiezo y caigo de rodillas en el barro, al lado de los pies de Patrick.

—¡Levántate! —me grita uno de los soldados y una mano me agarra por el pescuezo y me levanta. Patrick me mira. Veo desesperación, terror y frustración en sus ojos asustados.

«¿Ahora qué? —pienso para mí—. Venga, si me vais a matar, hacedlo. Pasemos por ello de una vez». Hay armas que nos apuntan, pero seguramente ya habrían disparado si fueran a hacerlo. Miro al soldado más cercano. Un visor reflectante oscurece sus ojos pero puedo sentir el odio que rezuma de él como el hedor de la descomposición. Dos figuras uniformadas bajan de la cabina del primer camión y vienen hacia nosotros. Uno de ellos lleva uno de esos delgados portátiles que vi ayer. El otro sostiene en la mano un aparato electrónico más pequeño. No puedo ver lo que es. Se mueven con rapidez. Uno me empuja hacia atrás, contra el lateral del camión, mientras el otro aprieta el pequeño aparato contra mi garganta. Hay un pequeño siseo que dura un segundo y entonces siento una repentina y dolorosa punzada en un lado del cuello, como el picotazo de un insecto. Me dejan en paz y vuelven su atención a Patrick y después a Nancy, haciéndoles a los dos exactamente lo mismo. Después, curiosamente utilizan la máquina en el cadáver de Craig.

Estamos en fila, a un lado del camión, callados y sin atrevernos a hacer ningún movimiento. Los soldados conectan el aparato al ordenador y estudian la pantalla.

—¿Y bien? —pregunto uno de los soldados que está un poco más alejado.

—Todos ellos —contesta el que maneja el ordenador.

—¿Alguna identificación?

—Sólo una, Patrick Crilley —responde, señalándolo. Patrick mira ansiosamente de un lado a otro—. No puedo localizar a los demás.

El primer soldado se da la vuelta y hace con la mano una señal desdeñosa hacia el resto de soldados que nos siguen rodeando con las armas dispuestas. Me muerdo el labio e intento no reaccionar cuando uno de ellos me agarra por el hombro y me empuja hacia la parte de atrás del camión.

—Adentro —gruñe. Me quedo quieto y le miro al visor. Dos más se acercan a mí por los lados y, cogiendo cada uno de ellos una pierna, me levantan y me tiran a través de una mugrienta cubierta de lona hacia el interior del camión. Aterrizo de bruces en la oscuridad y antes de que me pueda mover, Patrick y Nancy aterrizan pesadamente encima de mí. Presionan mi cara contra el sucio suelo y me aplastan aún más cuando intentan desembarazarse el uno del otro.

—Estás bien —susurra una voz que no reconozco, al lado de donde he caído—. Aquí estás entre amigos.

El que está encima de mí consigue ponerse de pie y yo consigo levantarme al fin. Intento mantener el equilibrio pero arranca el motor del camión y la repentina sacudida al reanudar la marcha hace que me vuelva a caer. Alguien me ayuda a levantarme y, por primera vez, tengo la oportunidad de mirar a mi alrededor. Cuento las oscuras sombras de diecisiete personas, incluyendo a Patrick y a Nancy. La luz es pobre pero sé inmediatamente que son como yo. Diecisiete hombres, mujeres y niños como yo.

Hemos estado en marcha durante lo que parecen horas, pero sé que ha sido mucho menos. Paramos cinco veces más (quizás han sido seis) para recoger más gente, pero hace bastante rato que nos detuvimos por última vez. Creo que ahora somos veintiocho. Es un alivio estar con tanta gente como yo, pero el espacio es limitado y el lugar es jodidamente incómodo y caluroso. Supongo que el camión ya está lleno, pero ¿adónde demonios nos llevan? Mi hogar, mi familia y todo lo demás parecen a millones de kilómetros. Sé que la distancia con Ellis está aumentando con cada minuto que paso atrapado en este maldito camión.

La cubierta de lona bloquea la mayor parte de la luz, de manera que no se ve mucho dentro. He conseguido abrirme paso hasta una lateral del vehículo y alguien cerca de mí ha sido capaz de levantar un pequeño trozo de lona. No puedo ver gran cosa por el hueco, solo el arcén, que pasa con rapidez. No hemos aminorado para tomar ninguna curva durante un buen rato. Debemos estar en una carretera principal y debe estar prácticamente vacía. Estoy casi ciego y no puedo oír nada por encima del ruido del motor del camión y el retumbar de las ruedas sobre el asfalto. El mundo parece extraño y desolado, y la desorientación lo vuelve todo cien veces peor.

Los pocos rostros que puedo distinguir cerca de mí parecen abatidos, vacíos e inexpresivos. Nadie comprende lo que nos está ocurriendo o por qué. La gente está demasiado asustada y confundida para hablar, de manera que permanece callada. No hay ninguna conversación, apenas unas palabras susurradas. Me gustaría que hubiera alguna distracción. Con nada que ocupar mi mente lo único que puedo hacer es recordar a Ellis y pensar en lo que me puede estar esperando al final del viaje. ¿Adónde nos llevan y qué va a pasar con nosotros cuando lleguemos? Alguien cerca del otro extremo hace un intento de abrir la cubierta trasera del camión. Durante unos pocos segundos la huida parece posible, hasta que descubrimos que la lona está asegurada desde fuera. Estamos atrapados.

Hay una chica sentada a mi lado que está cada vez más agitada. Conscientemente he intentado no mirar a nadie en la semioscuridad pero he visto lo suficiente para saber que es joven y guapa, aunque su rostro parezca cansado, sucio y cubierto de lágrimas. Creo que está a finales de la adolescencia, o quizás sea un poco mayor. Está apoyada en mí y puedo sentir cómo le tiembla el cuerpo. Ha estado sollozando durante un rato. Dios santo, si yo *estoy* asustado, ¿cómo demonios debe sentirse ella? Levanta la vista hacia mí y por primera vez nos miramos a los ojos.

—Me encuentro mal —gimotea—. Creo que voy a vomitar.

No llevo nada bien los vómitos. «Por favor, no vomites», pienso para mí mismo.

—Respira hondo —sugiero—. Seguramente sólo son los nervios. Intenta respirar hondo.

—No son los nervios —responde—, me estoy mareando.

Estupendo. Sin pensarlo la cojo por un brazo y empiezo a masajearle la espalda con la otra mano. Es más un consuelo para mí que para ella.

—¿Cómo te llamas? —pregunto, intentando distraerla para que no piense en lo mal que se encuentra.

—Karin —contesta.

Y ahora no sé qué más decir. ¿De qué puedo hablar con ella? Si ella es como yo ya se debe haber dado cuenta que se ha convertido en una asesina sin hogar, familia ni amigos. No tiene sentido intentar hablar de menudencias. Maldito idiota, desearía no haber dicho nada.

—¿Crees que vamos a estar aquí mucho tiempo más? —pregunta con la respiración muy superficial.

—Ni idea —contesto sincero.

—¿Adónde nos llevan?

—No lo sé. Mira, lo mejor que puedes hacer es no pensar en ello. Encuentra cualquier otra cosa en la que pensar y...

Es demasiado tarde, empieza a boquear. Aprieta mi mando cuando empiezan las convulsiones. Intento girarla para que pueda vomitar a través del pequeño hueco en la lona pero no hay suficiente espacio ni tiempo. Devuelve, salpicando el interior del camión, mis botas y mis pantalones de vómito.

—Lo siento —gime cuando me golpea el olor. Ahora el que trata de controlar su estómago soy yo. Noto el sabor de la bilis en la garganta y oigo que la gente a mi alrededor tiene arcadas y gruñe.

—No importa —murmuro.

El interior del camión, que ya estaba caliente y húmedo por la gran cantidad de personas atrapadas en su interior, ahora apesta. Es imposible huir del olor pero tengo que intentarlo o dentro de poco haré mi aporte. Me levanto, sosteniéndome en el lateral del camión para equilibrarme y, ahora que estoy de pie, me doy cuenta de un pequeño roto en la lona a la altura de mis ojos. Lo examino y veo que se trata de un zurcido que ha empezado a soltarse. Meto los dedos por el hueco e intento pasar la mano. Al separar los dedos el cosido que mantiene unido el material empieza a deshilacharse y deshacerse. Finalmente el camión se llena de la bienvenida luz del día y del muy necesario aire fresco y frío. Sin importarme las consecuencias, meto las dos manos en el roto y tiro con fuerza en ambas direcciones. El hueco aumenta de tamaño hasta medio metro y oigo el alivio de la gente a mi alrededor.

—¿Puedes ver dónde estamos? —pregunta una voz al otro lado del camión. Todo lo que puedo ver son árboles al lado de la carretera por la que circulamos con rapidez.

—No tengo ni idea —respondo—. No puedo ver gran cosa.

—Puedes ver más que yo —me corta la voz—, sigue mirando.

Fuerzo mi cabeza por el agujero e intento mirar hacia el frente del camión.

Estamos en una autopista, creo. La carretera larga y sin distintivos se curva hacia la izquierda y, por primera vez, veo que no estamos viajando solos. Tenemos otro camión delante. Espera, más de uno. Es difícil estar seguro, pero creo que puedo ver al menos otros cinco vehículos por delante del nuestro, todos ellos camiones de un tamaño similar, que mantienen entre ellos la misma distancia. Intentando no resbalar en el gran charco que hay a mis pies me giro para ver qué llevamos detrás. Cuento otros tantos camiones que nos siguen, probablemente más.

—¿Y bien? —pregunta la voz cuando vuelvo a entrar la cabeza.

—No puedo ver dónde estamos —contesto lo suficientemente alto para que todos me puedan oír—, pero no estamos solos.

—¿Qué?

—Hay un montón de camiones como éste —les explico—, al menos diez.

—¿Adónde nos llevan? —pregunta otra voz asustada, sin que espere realmente una respuesta—. ¿Qué van a hacer con nosotros?

—No lo sé —oigo que contesta Patrick en su familiar tono resignado—, pero puedes apostar a que será jodidamente desagradable, sea lo que sea.

Vuelvo a sacar la cabeza por el lateral del camión para huir del hedor a vómito y de la nerviosa y asustada conversación que los comentarios, acertados pero insensibles, de Patrick acaba de desatar.

Finalmente aminoramos la marcha y los camiones toman un inesperado giro pronunciado hacia la izquierda. Es una curva aguda, demasiado brusca para ser una salida normal de la autopista. La carretera por la que circulamos se vuelve irregular y continúa girando y regirando durante lo que parecen otros tres o cuatro kilómetros. Entonces, sin previo aviso, el viaje ha terminado. Nos hemos parado. Mi estómago se revuelve a causa de los nervios una vez más cuando el camión se detiene y el motor queda en silencio. En el exterior llueve a cántaros y el repiqueteo en el techo sobre mi cabeza es ensordecedor.

—¿Dónde estamos? —pregunta alguien nervioso. Consciente de mi deber vuelvo a sacar la cabeza por el agujero en la lona y la vuelvo a meter con rapidez cuando veo que se aproximan unos soldados a pie. Espero a que hayan pasado antes de volver a mirar con precaución. El camión (y los otros diez o más vehículos que han viajado con nosotros en convoy) han parado en una larga fila a lo largo de una carretera estrecha que discurre al borde de lo que parece un bosque espeso. No puedo ver adónde lleva el camino desde aquí. No quiero arriesgarme a exponerme de esta manera más de lo necesario y cierro el hueco en la cubierta de lona. Estoy seguro de que muy pronto sabremos dónde estamos.

—No hay mucho que ver —les explico sin que sea de ayuda cuando me doy la vuelta y me vuelvo a acucillar—, sólo árboles a este lado. —La lluvia es torrencial y tengo que gritar para que me oigan.

El sonido del agua golpeando la cubierta de lona es incesante. El ruido, combinado con la falta de luz, aumenta mi desorientación. No puedo soportarlo. Me pregunto de nuevo si debo aprovechar cualquier oportunidad y huir. ¿Qué tengo que perder si ya lo he perdido casi todo? No sé que otras opciones me pueden quedar. La situación parece cada vez más negra. ¿Debo quedarme sentado y esperar lo que hayan planeado para nosotros o debo tomar el control de mi destino e intentar escapar? Por lo poco que he podido ver del bosque, parece bastante espeso, poco acogedor. Tengo la impresión de que estamos en medio de ninguna parte y no creo que me puedan seguir entre los árboles con estos camiones. Me pueden disparar por la espalda mientras corro o consigo huir. Vale la pena correr el riesgo. Mi cabeza se llena con imágenes de volver a casa y encontrar a Ellis, y la decisión está tomada. A la primera ocasión lo intentaré. Dios sabe hacia dónde voy a correr, pero siempre será mejor que estar aquí. ¿Debo decir a los demás lo que estoy planeando? ¿Tengo más oportunidades corriendo con ellos o solo? Mi instinto me dice que los deje y me preocupe de mí mismo, pero ¿qué va a pasar con ellos? ¿Qué pasa con Karin, Nancy

y Patrick? Seguramente mientras más de nosotros lo intentemos, más posibilidades habrá de huir...

Mis estúpidos planes se vienen abajo cuando dos soldados calados hasta los huesos levantan la cubierta trasera del vehículo. Uno de ellos asegura la lona en la parte superior, el otro apunta el fusil hacia el interior. La realidad de lo que está pasando me devuelve de golpe al presente ahora que vuelvo a mirar a lo largo del cañón de otra arma. Los planes que había estado considerando con seriedad hace unos segundos ahora parecen estúpidos. Más que nunca quiero luchar, pero correr ahora sería un suicidio.

—¡Fuera! —nos ladra el soldado con el fusil—. ¡Salid ahora mismo!

Los más próximos a la parte trasera del camión empiezan a bajar de inmediato. Es una caída de casi un metro hasta un camino embarrado y más de uno pierde pie y cae. Pobres hijos de puta, sólo llevan unos segundos en el exterior y ya están helados y empapados. Uno de los hombres que va conmigo en el camión —joven, delgado, con el cabello largo y oscuro— salta sobre uno de los soldados nada más tocar tierra. Tres soldados aparecen de la nada y lo alejan de su compañero. Dos de ellos lo tiran al suelo y lo inmovilizan boca abajo, sobre la hierba al lado de la carretera. El tercer soldado levanta una pistola y le mete una bala en la nuca. El ataque frenético y la quirúrgica respuesta ha durando unos pocos segundos. Ya se llevan el cadáver. La gente que ya está en el suelo profiere sollozos y lamentos de miedo e incredulidad.

Soy uno de los últimos en abandonar el camión. Bajo de espaldas y resbalo pero consigo permanecer de pie al tocar el suelo. Los demás están alineados en una sola fila en el margen entre los árboles y los camiones. Uno de los soldados me empuja hacia la fila. Me quedo quieto durante un segundo y miro al soldado. Sus ojos están ocultos y puedo ver mi cara arañada reflejada en su visor opaco. Debería matarlo ahora, pienso para mí. Y sé que podría hacerlo. Podría romperle el cuello con las manos desnudas. Este trozo de mierda no se merece nada más que una muerte violenta, dolorosa y muy sangrienta por su participación en lo que nos está ocurriendo. Pero entonces miro detrás de él y veo a más de ellos llevándose el cuerpo sin vida del hombre al que acaban de disparar en la cabeza. Lo dejan tendido a la vista, tirado sin más al otro lado de la carretera, y, reticente, ocupo mi sitio en la fila.

Desde donde estoy sólo puedo ver las personas con las que he venido en el camión. Ahora que me he movido puedo ver que la gente de los otros vehículos también están en el exterior. La fila delante de mí se pierde en la distancia. Estoy detrás de Karin, la chica que se ha mareado antes.

—¿Te encuentras bien? —susurro. Miro por encima a los soldados más cercanos, pero no reaccionan y me arriesgo a hablarle de nuevo—. Karin, ¿te encuentras bien? —Se gira un momento y asiente con la cabeza, pero no habla. Su rostro está pálido y sus dientes castañetean de frío.

La lluvia cae con tanta fuerza sobre nosotros que hace daño. Sólo llevo fuera un par de minutos y ya estoy calado hasta los huesos. Menos mal que llevo encima unas cuantas capas de ropa. Por delante de mí puedo ver a gente que sólo lleva una camiseta. Algunos van en pijama. Un anciano sólo viste una bata. Los debieron

pescar de noche mientras estaban durmiendo. ¿No han podido dejar que se cambiasen o darles algo de más abrigo? Eso sólo demuestra lo enraizado que está el odio contra nosotros, y cada vez parece más claro que el comentario de Patrick en la caja del camión era correcto. Sea lo que sea lo que nos espera va a ser jodidamente desagradable. En el mejor de los casos nos han traído aquí para aislarnos y separarnos de ellos. ¿Y en el peor? Sé que hay una altísima probabilidad de que estemos aquí para que nos destruyan. Pueden intentar matarme pero cuando llegue el momento me iré luchando. Le debo a Ellis llevarme por delante todos los que pueda.

Dios santo, ¿qué pasa con Ellis?! ¿Cómo puedo ser tan imbécil? He estado tan centrado en lo que me está ocurriendo que he dejado de considerar la posibilidad de que hayan traído también aquí a mi pequeña. ¿Es posible que haya cambiado como yo y que la haya capturado una de las patrullas? Sé que las posibilidades de encontrarla aquí son remotas pero tengo que intentarlo. Puedo ver a algunos niños en la fila por delante de mí, pero incluso a esta distancia sé que ninguno de ellos es mi hija. Me doy la vuelta e intento mirar hacia atrás. Maldita sea, la fila parece que no tiene fin. No puedo ver dónde acaba. Acabo de salir de la fila pero no me importa. Encontrar a Ellis es más importante que mi seguridad. Empiezo a desplazarme hacia atrás de la fila, pero me paro cuando una mano agarra mi hombro y me vuelve a colocar en mi sitio. Me giro, esperando encararme con un guardia, pero se trata de Karin.

—No seas estúpido —susurra, mirando ansiosamente a su alrededor—. Por favor, te matarán en cuanto te vean.

Asiento pero no digo nada. Sé que tiene razón. Vuelvo a mi lugar inicial en la fila y me fuerzo a aceptar la situación. Me capturaron horas después de que Liz se llevara a Ellis y pueden haber ido a una parte completamente distinta de la ciudad de la que yo creo que están. Las posibilidades de que esté aquí son escasas. Y si de aquí nos trasladan a otra ubicación central, probablemente tendré más oportunidades de encontrarla allí.

Tengo que mantener el control y esperar el momento oportuno, pero es difícil. Quiero correr y luchar y matar a los soldados que nos rodean. Necesito moverme y entrar en acción pero no puedo. Estar aquí de pie y esperar es insoportable. Estas condiciones son muy duras. Estoy tan mojado que me pesa la ropa y el empapado peso está empezando a hundirme. Estamos todos calados de lluvia y ateridos de frío, y todo lo que podemos hacer es quedarnos quietos y callados.

Hay movimientos repentinos. Ha pasado tiempo pero no tengo ni idea de cuánto desde que nos sacaron de los camiones. Sigo resistiendo para seguir de pie pero he visto que algunas personas han caído al suelo a lo largo de la fila. Nadie se atreve a moverse para ayudarlos. Cada uno de nosotros sabe que arriesgarse a moverse es correr el riesgo de recibir un tiro de la chusma que nos rodea. Hay cientos de personas en esta fila y los soldados continúan patrullando constantemente a lo

largo de ella, los fusiles cargados y a punto para disparar. Tengo que concentrarme para no salir de la fila y matarlos. Es una tortura. ¿Es así como planean librarse de nosotros? ¿Dejarnos de pie en medio de la nada hasta que caiga el último de nosotros?

Hace un ratito oí un flujo de estática de radio. Casi la mitad de los soldados han regresado de repente a sus vehículos dejando a la otra mitad para controlar la fila, con las armas apuntándonos sin descanso. Ahora han vuelto a arrancar los motores y los vehículos se alejan en convoy. Pasan con rapidez, regándonos con barro y agua de los baches y charcos que hay en la carretera.

Por primera vez puedo ver con claridad lo que hay al otro lado de la senda.

A través de la lluvia, fuerte y persistente, puedo ver una enorme extensión de terreno. Parece una factoría, o quizás algún tipo de explotación agrícola o almacén. A la izquierda se levantan dos grandes silos y todo parece extrañamente desvencijado y sucio. Un camino asfaltado y vacío sale de la parte delantera del edificio y cruza los campos hasta la carretera en la que estamos. Y ahora también puedo ver que la fila prosigue a lo largo de toda la carretera hasta casi llegar a la entrada del campo. Dios santo, debemos ser miles.

En la distancia se ve actividad alrededor del edificio. Desde aquí no es posible ver con claridad lo que está pasando. Veo que soldados y otras figuras vestidas de negro se mueven sin descanso. Algunos están sacando equipos del edificio, otros están metiendo cosas. No tengo ni idea de lo que puede ser. Y no creo que quiera saberlo.

Justo delante de mí la súbita actividad ha provocado que alguien haya perdido los nervios. El pánico se extiende por la fila y durante un segundo intento ver de quién y de qué se trata. Parece como si alguien hubiera salido de la fila y saltado sobre uno de los soldados. ¿Debo aprovechar la distracción para huir? Otros están pensando lo mismo. Al menos dos personas están corriendo entre los árboles. Ahora cinco, seis, siete... quizás hasta diez figuras más están corriendo hacia el bosque. Me tengo que mover ahora si voy a hacerlo. Los soldados más cercanos están distraídos y si soy rápido puedo...

Hijos de puta. La huida ha terminado casi con tanta rapidez como empezó. Los soldados dan un paso al frente y vacían sus armas automáticas sobre los árboles. La gente que está corriendo cae abatida sin aviso previo: tiro por la espalda y muerto. Mucha más gente que seguía en la fila más adelante ha caído en el fuego cruzado y también está muerta. Sé que lo mismo me pasará a mí si intento cualquier cosa.

Los soldados se reagrupan y vuelven a sus posiciones. Uno de ellos llama por radio y, tras un corto retraso, aparece una furgoneta delante del edificio y se va acercando a la carretera. Para al otro lado del camino, en el punto que ha tenido lugar el tiroteo. La gente que está en la fila es obligada a punta de pistola a recoger los cuerpos de los muertos y cargarlos en la furgoneta. Impotente, contemplo cómo dos mujeres que están sollozando son obligadas a arrastrar los cadáveres desde el bosque y llevarlos al otro lado de la carretera. Un anciano y una adolescente son enviados a recoger el cuerpo del hombre del camión al que dispararon antes en la cabeza.

La lluvia torrencial continúa y no da señales de parar. Las nubes grises sobre nosotros son más oscuras que nunca y la luz está desapareciendo con rapidez. No creo que pueda seguir de pie durante mucho tiempo más. Ya no puedo sentir los pies ni las manos. La piel de mi cara está en carne viva y estoy entumecido a causa del frío. No he bebido nada en todo el día, pero tengo la vejiga llena y el dolor es insoportable.

Estoy asustado. Cada vez que se mueve uno de los soldados cercanos aguanto la respiración, no porque tenga miedo de él, sino porque dentro de mí estoy gritando de frustración, desesperado por luchar y por matar a la chusma diabólica que nos mantiene aquí cautivos. Pero sé que no puedo. Son demasiados y están fuertemente armados. Si me atreviese a mostrar mis intenciones me liquidarían en segundos. No puedo dejar que eso ocurra pero cada vez es más difícil mantener esas emociones bajo control. Sé que en algunos sitios a lo largo de la fila otras personas han sido incapaces de controlarse y lo han pagado con la vida. Sólo hace unos minutos oí un grito de rabia seguido de una ráfaga en la penumbra que hay a mis espaldas. El silencio que nos rodea ahora es incluso más terrorífico que el ruido de lucha y muerte que lo han precedido.

A medida que el día se ha ido arrastrando se ha vuelto imposible ver el final de ambos extremos de la fila. En la luz menguante sólo puedo ver a unas treinta personas por delante de mí y a otras tantas por detrás. Estoy seguro de que la fila ha crecido en cientos de personas. Dos veces en aproximadamente la última hora han pasado a nuestro lado convoyes de camiones vacíos. La lógica dice que han traído más gente y que ahora han vuelto a las calles para buscar más.

La chica delante de mí se vuelve a mecer sobre los pies. No puedo dejar que caiga. Me deslizo ligeramente hacia delante y la cojo para sostenerla.

—Venga —susurro entre dientes—, ahora no. Intenta aguantar... —Ni siquiera sé si me puede oír por encima de la eterna lluvia.

Algo está ocurriendo por delante. No puedo ver nada y sin duda he oído algo. Escruto la penumbra, desesperado por ver qué ocurre. ¿Se empieza a mover por fin la gente? Durante unos pocos segundos no estoy seguro pero entonces un inesperado flujo de movimiento recorre la fila hasta un punto en el que finalmente puedo ver lo que está ocurriendo. Hemos empezado a movernos hacia delante. Una súbita oleada de movimiento, extraño y tambaleante, llega hasta mí y por primera vez en horas empiezo a caminar. Mis piernas están terriblemente agarrotadas y cada paso me cuesta un gran esfuerzo de coordinación. Durante un momento me siento

estúpidamente aliviado cuando las punzadas en mis doloridas piernas empieza a remitir un poco, pero entonces empiezo a pensar hacia dónde estamos yendo y regresa el pánico. Sé que la huida está descartada por ahora. La sencilla tarea de poner un pie delante del otro ya es suficientemente complicada. No tengo ni fuerza ni energía para moverme con mayor rapidez.

Los soldados caminan a nuestro lado, manteniéndose a distancia la mayor parte del tiempo, pero golpeando y empujando de vez en cuando a los que se mueven demasiado despacio o a los que tropiezan y se salen de la fila. Un poco por delante de mí, uno de los hombres que vino en el mismo camión que yo ha caído al suelo. Es viejo y está cansado. Ahora se halla tendido en la calzada de grava, sollozando. Sigo andando —no tengo alternativa— y oigo que uno de los soldados le grita que se ponga en pie y siga adelante. Me gustaría hacer algo para ayudar. No me atrevo a mirar atrás. Oigo un disparo, muy cerca, a mis espaldas, y sé que sus sufrimientos han terminado. Ahora mi furia es más difícil de controlar que nunca. A pesar de que estoy exhausto el deseo por volverme contra estos soldados y luchar contra ellos — para matarlos— es cada vez mayor con cada minuto que pasa y es casi imposible de contener. Sólo la obiedad de que cualquier reacción será inevitablemente la última cosa que haga me mantiene en la fila.

Nos hemos parado de nuevo.

Casi con la misma rapidez con que empezó el movimiento, ha terminado. No tengo ni idea cuánto hemos recorrido. No sé cuánto me he acercado a lo que sea pero supongo que la gente al principio de la fila ha llegado hasta la entrada del edificio.

¡Dios santo qué frío! La cubierta de nubes se ha abierto un poco y, por lo menos durante un rato, ha parado la lluvia. El edificio de delante ha sido iluminado por una serie de brillantes focos que relucen desde el suelo y hacen que parezca una maldita catedral gótica o una fortaleza. Aunque ahora lo puedo ver con mayor claridad, sigo sin tener ni idea de su utilidad. ¿Se trata de un centro de cuarentena? Nada de esto tiene sentido. Si nos han traído aquí para matarnos, ¿por qué no lo hacen? ¿Para qué perder todo este tiempo y esfuerzo para tenernos en fila y recoger los cuerpos? Para algunos de los pobres bastardos que están conmigo en la fila una bala en la cabeza sería una liberación. Pero ¿quizá todo esto va precisamente de eso? ¿Quizá lo que quieren es que suframos?

Después de horas de inactividad, ahora hemos dado tres súbitos empujones hacia delante. Esta vez he contado el número de pasos que he dado. Creo que nos hemos movido un centenar de pasos hacia delante. La lógica dice que un número similar de personas acaban de desaparecer en el edificio delante de nosotros.

Otro convoy de camiones recién descargados pasa atronador a nuestro lado. Otros pocos centenares de personas se añaden al final de la cola.

El ruido de los camiones se pierde rápidamente en la distancia pero ahora puedo oír algo más. Puedo oír un avión, y el sonido de sus poderosos motores, muchos kilómetros por encima de nosotros, hace que me dé cuenta de qué silencioso se ha vuelto el resto del mundo. El avión se mueve a una velocidad increíble. Debe ser un caza o algo por el estilo. Estoy atento a no hacer ningún movimiento repentino para levantar la vista al cielo, pero no puedo evitarlo. Manteniendo la cabeza tan quieta como me es posible y sólo moviendo los ojos, escruto los cielos. Y lo veo. Un borrón de metal oscuro que corre a una velocidad fenomenal, cruzando el horizonte de derecha a izquierda. Incluso algunos de los soldados se han distraído mirándolo.

Ahora hay un segundo ruido. Un rugido apagado que puedo sentir a través del suelo, bajo mis pies. Este ruido viene de una dirección diferente. Parece girar y cambiar con el viento antes de volverse más fuerte y definido. Procede de nuestra espalda. Miro y veo que un solo rayo de luz corta a través de la oscuridad kilómetros por encima de nuestras cabezas, volando hacia el caza en la distancia. ¿Se trata de otro caza? ¿Un misil?

Sólo dura unos segundos pero el momento parece eterno. Veo cómo la luz blanca en el cielo se aproxima al caza y se precipita sobre él, derribándolo con una precisión increíble. Durante un segundo una gran bola de fuego que se expande con llamas naranjas queda colgada en el cielo cárdeno. Todo ello ya ha desaparecido

cuando nos llega el rugido atronador de la explosión.

Avanzamos de nuevo.

Estoy unos cuantos metros más cerca del edificio pero, por una vez, lo que me está esperando allí no es lo que ocupa mi pensamiento. Intento explicarme lo que acabo de ver. Sin tener en cuenta quién volaba en el avión y quién lanzó el misil, se trataba de un ataque consciente y decidido, y esto finalmente me da un pequeño rayo de esperanza. Alguien, en algún sitio, sigue combatiendo.

El miedo y el pánico han llegado a un nivel intolerable en esta parte de la fila. Nos seguimos moviendo. Avanzamos a sacudidas hacia el edificio en medio del campo. El nerviosismo de los soldados a nuestro alrededor parece que ha aumentado.

¿Se trata de un matadero? ¿Nos van a neutralizar? ¿Han desarrollado una «cura» para que nos volvamos como ellos? Pensamientos terroríficos pasan por mi mente a cientos de kilómetros por hora a medida que me aproximo al edificio. Sea lo que sea que ocurra allí, sé que casi he llegado al final inevitable de mi viaje. El último día ha sido un infierno pero volvería a pasar por todo ello para cambiar mi sitio por el de la persona al final de la fila. Daría cualquier cosa para no atravesar esas puertas negras que se adivinan cada vez más cerca. A pesar del hecho de que estoy rodeado por cientos, probablemente miles de personas como yo, me siento completamente solo. Hace sólo unos días todo era relativamente normal y todo esto hubiera parecido imposible. Hace una semana estaba sentado en el pub con mi familia, ignorante de todo lo que nos estaba a punto de ocurrir. Pienso en la pérdida de Liz y de Harry y de Ed y de Josh, y se me hace difícil contener mis emociones. Pienso en Ellis y siento como si me hubieran apuñalado en el corazón.

Nos movemos por la carretera como si estuviéramos encadenados. Lo único que falta son los grilletes en los pies. Por encima del sonido de cientos de pies exhaustos que se van arrastrando, creo que puedo oír algo. Hay un ruido en la distancia. Es un ruido sordo e indefinido, pero está ahí sin lugar a dudas. Un rumor profundo y lejano. ¿Se trata de un trueno o algo por el estilo? La lluvia sigue cayendo sobre nosotros y la débil luz hace que sea imposible ver lo que ocurre más allá del edificio.

El avance es lento pero desearía que lo fuera más. Ya estoy a medio camino de la senda que va de la entrada del edificio hasta la carretera y ahora, por primera vez, estoy lo suficientemente cerca para ver algo de lo que ocurre alrededor de la entrada. El camino está repleto de personas que hacen cola ante un punto de control, cubierto con lona y estrechamente vigilado. Es difícil ver ningún detalle, pero desde aquí parece como un mostrador de control de inmigración o de aduanas en un aeropuerto. Un flujo constante de personas pasan por delante del punto de control y es conducido hacia la parte principal del edificio. Miran hacia atrás con desesperación mientras más soldados con los fusiles en ristre los empujan hacia delante. Ni siquiera quiero pensar en lo que hay ahí dentro. Una cosa es dolorosamente obvia: no parece que haya salida. La gente está entrando pero, por lo que puedo ver, nadie sale.

Ahora sólo quedan unos pocos metros entre el punto de control y el lugar en el que estoy parado. Por delante hay más pánico y confusión cuando algunos rompen la fila e intentan escapar. Nadie los sigue. La figura alta que corre hacia los enormes silos a mi izquierda es abatida con una larga ráfaga de balas, muchas más de las necesarias. Y sorprendentemente, en cuanto el cuerpo toca el suelo más soldados cruzan por delante del edificio para recogerlo. En vez de dejarlo donde ha caído, lo recogen y entre ellos lo cargan hasta el interior. ¿Qué demonios están haciendo?

Otro ruido en la distancia. Deben ser truenos.

Avanzamos de nuevo y ahora estoy lo suficientemente cerca para oír parte de la conversación en el puesto de control. Mi corazón late a un centenar de veces su velocidad normal y siento como si las piernas estuvieran a punto de ceder y dejarme caer. Esta vez no tiene nada que ver con el cansancio, es puro terror.

Puedo sentir cómo se van desgranando los minutos de mi vida y estoy desolado porque vaya a acabar de esta manera. Quizá pueda atacar. ¿Puedo reunir suficiente energía para un golpe final? ¿Estoy preparado para morir luchando? Ésta es realmente mi última oportunidad. Puedo ver a Patrick a sólo unas diez personas por delante de mí. Si pudiera llamar su atención, quizá podríamos hacer algo juntos... ¿A quién estoy engañando? Miro al soldado más cercano con el fusil terciado y preparado para disparar, y sé que las probabilidades están demasiado decantadas a un lado como para ni siquiera considerarlo. Se habría acabado incluso antes de que pudiera matar a uno solo de ellos.

—¿Nombre? —grita uno de los oficiales en el punto de control a la siguiente persona en la fila.

—Jason Mansell —contesta el hombre con voz tranquila y resignada, pero aún con un matiz de ira y resistencia.

—¿Fecha de nacimiento?

Responde. También le preguntan por su dirección más reciente y, mientras está contestando, finalmente se me hace evidente por qué estos bastardos nos están tratando como mierda pero están tan sorprendentemente preocupados por nuestros cuerpos. Nos han quitado toda individualidad y, sin embargo, quieren saber quiénes somos y de dónde venimos. La respuesta es obvia: se trata de un maldito censo. Nos están incluyendo en un maldito censo. Si nos quieren controlar totalmente y exterminarnos, entonces necesitan saber quiénes somos, hasta el último de nosotros. Por eso intentaron identificarnos cuando nos atraparon en la casa esta mañana. Por eso recogen los cuerpos de los muertos. Tienen que saber quiénes son los que han matado para asegurarse de que estamos todos. Estúpidamente pienso en darles información falsa cuando me llegue el turno pero sé que no le va a hacer ningún bien a nadie. Cuando me acerco veo que también están tomando muestras de saliva y están utilizando los aparatos para escanear los ojos y las palmas de las manos. Joder, para ellos debemos ser una amenaza terrible. Están cada vez más asustados.

Otro rugido de truenos. La tormenta se está acercando. Patrick ha desaparecido de mi vista y ahora sólo tengo cuatro personas por delante en la fila. Avanzamos a una velocidad incómoda. Están controlando a la gente a un ritmo frenético, lo que

parece una locura. Hemos estado aquí parados durante horas. ¿A qué viene ahora tanta prisa?

Tres personas. Me gustaría que fueran más despacio.

Dos personas.

Ahora soy el siguiente. Estoy a corta distancia detrás de dos soldados y veo cómo controlan a Karin. Contemplo impotente cómo uno de ellos coloca con rudeza la palma de su mano sobre algún tipo de escáner, mientras otro le mantiene el ojo abierto y le escanea la retina con otro aparato. Unas pocas teclas presionadas en el teclado del ordenador y han terminado con ella. La empujan hacia la oscura apertura del edificio. A cada lado hay un compacto cordón de guardias. Está claro que una vez que has pasado el control sólo se puede ir hacia el interior.

—¿Nombre? —me grita el oficial tras el escritorio cuando me empujan hacia delante.

—Danny McCoyne —respondo. Miro a mi izquierda y veo que hay un rifle apuntando a mi cabeza. «Haz sólo lo que te dicen —pienso—, haz sólo lo que te ordenan».

—¿Diminutivo de Daniel?

Asiento con la cabeza.

—¡Contesta!

—Sí —murmuro.

Me pregunta por la fecha de nacimiento y mi dirección más reciente, y se lo digo. Después me agarran la mano derecha y la escanean. Se acerca otro soldado y con unos dedos duros y torpes me mantiene abiertos los párpados y me acerca el aparato. Tiene una luz brillante que no me esperaba. Me deja ciego durante un momento.

—Adelante —oigo que ordena el oficial y me empujan hacia la oscuridad. Indudablemente están acelerando las cosas. Están haciendo pasar a demasiados de nosotros con excesiva rapidez. Tropiezo con el final del cuello de botella que se está formando con rapidez. Detrás de mí oigo cómo controlan a la siguiente persona.

Menos de diez metros me separan ahora del destino que me está esperando dentro de este lugar. Sigo sin poder ver nada desde aquí, sólo un par de grandes puertas y un flujo constante de cuerpos que pasan por ellas. Como he visto hacer a tantas otras personas desesperadas, lanzo una mirada impotente por encima del hombro. No puedo ver demasiado pero sé que hay cientos y cientos de personas a mis espaldas.

Un ruido repentino nos coge a todos por sorpresa. Llega de dos direcciones: desde el final de la cola y también por el otro extremo de la carretera en la que hicimos cola inicialmente. Incluso los soldados parecen confusos durante un segundo. Muchos de los soldados que me rodean se giran y miran a través de los campos.

Se trata de un ataque.

Dios santo, alguien nos está atacando desde ambos lados.

En sólo unos segundos la escena pasa de una calma resignada y un orden

relativo a una locura incontrolable. No tengo ni idea de quién está haciendo esto, pero puedo ver los brillantes focos de coches, motocicletas y otros vehículos cogidos al azar que convergen en este edificio desde todas las direcciones. Ahora no solo están en la carretera, los puedo ver atravesando los campos desde todos lados. Diablos, se trata de un ataque coordinado.

Me paro e intento volver atrás.

—Muévete, jodida escoria —me grita un soldado y me golpea con dureza en mitad de la espalda con algo que me saca hasta la última gota de aliento del cuerpo. La fuerza del impacto me lanza, tropezando, entre la multitud que están intentando meter por las puertas abiertas. Intento resistir pero respiro con dificultad y no puedo hacer nada cuando otros brazos rudos me agarran por los dos lados y me lanzan otra vez hacia delante. Ahora estoy dentro. Tengo un suelo de cemento bajo mis pies y un techo muy alto por encima de la cabeza, que finalmente me protege de la lluvia. Detrás de mí aumenta el sonido de disparos y explosiones, que quedan repentinamente ahogados cuando cierran las pesadas puertas por las que acabo de pasar.

Está oscuro y casi no puedo ver nada. Continuamente me empujan hacia delante hasta que no puedo avanzar más, me lo impide la masa de cuerpos. Estamos apretujados y parece claro que han metido a tantos de nosotros como han podido para alejarnos de lo que está ocurriendo en el exterior. La multitud está en silencio, sin poderse mover y casi sin poder respirar. De fondo, se oye el ruido constante de disparos apagados, gritos y explosiones que llega del exterior.

Un repentino crujido de estática de radio y los soldados que nos vigilan se ponen en movimiento. Al otro extremo se abren unas puertas, que libera inmediatamente la presión y permite a la multitud fluir hacia otra enorme sala como si fuera agua saliendo por un agujero en la presa. No me quiero mover pero, como todo el mundo, no tengo alternativa. Sé que cuanto más me interne en este edificio, menos oportunidades tendré de volver a salir, pero no puedo hacer nada para evitarlo. Me llevan adelante por el simple peso y presión de todos los que me rodean, y todos avanzamos por el miedo a las armas, que no dejan de apuntarnos.

Espacio.

Inesperadamente me encuentro con espacio y soy capaz de moverme libremente. Me paro y giro a mi alrededor, desesperado por saber dónde estoy. La intensidad de la luz en la sala es enervantemente baja y la gente a mi alrededor está aterrorizada. Están chillando, gritando y pidiendo ayuda. Contemplo impotente cómo las puertas por las que acabamos de entrar son cerradas y atrancadas desde dentro por más soldados. Visten uniformes diferentes de los otros. Llevan máscaras. ¿Son máscaras antigás? ¿No puede ser...?

Cadáveres.

Mis ojos se están acostumbrando rápidamente a la pobre luz amarilla y puedo ver cadáveres. Dios santo, esta sala está repleta de ellos. Están por todas partes: amontonados contra las paredes, apilados unos encima de otros a lo largo de toda la salida, alineados en el suelo... mis peores sospechas y temores eran correctos. El

edificio es un matadero. Nos han traído aquí para matarnos. Nos están catalogando y destruyendo.

Tengo que salir. Corro hacia las puertas cerradas pero uno de los guardias enmascarados me golpea. Ahora he perdido cualquier autocontrol y tengo que luchar. Sé que estos soldados están armados, pero no tengo alternativa y sé que, de todas formas, estoy muerto. Me levanto y corro de nuevo hacia el guardia con una velocidad, una fuerza y una determinación que no creía poseer. Me lanzo hacia él y lo tiro al suelo antes de que pueda reaccionar. Me doy cuenta de que más gente ha empezado a pelear a mi alrededor mientras le quito el arma y le arranco la máscara. Me mira con ojos fríos y llenos de odio mientras golpeo una y otra vez su cara, machando su carne con mis puños. Continúo mucho después de que sé que ha perdido la consciencia. No puedo parar hasta que estoy seguro de que está muerto...

A mis espaldas suena una ráfaga. Me giro con rapidez y veo que otro de los soldados ha abierto fuego contra la multitud. Algunos han caído ya, el resto de nosotros intenta cubrirse pero no hay dónde esconderse. Desesperado, recojo el cuerpo del soldado que se encuentra debajo de mí y me lo coloco delante como si fuera un escudo, con la esperanza de que parará la fuerza de cualquier disparo que venga en mi dirección.

Ahora están disparando dos soldados. Uno de ellos ha subido por una escalera metálica hasta una galería que recorre las vigas del edificio y está abatiendo personas a discreción. Por encima de la terrible confusión y la carnicería ahora puedo oír otro sonido, de manera que miro hacia el techo, aterrorizado. Una maquinaria, traqueteo de maquinaria. El siseo de un gas. Colgados en los cuatro rincones de la sala se encuentran grandes cajas de metal con frontales de ventilación que parecen unidades de aire acondicionado. El aire delante de cada una de las máquinas parece rielar como si fuera consecuencia del bochorno. Sé que ha comenzado. Tiro el cuerpo y empiezo a buscar en el suelo la máscara que le arranqué de la cara hace unos segundos. El suelo está cubierto de sangre, cuerpos y...

El mundo a mi alrededor explota.

Me dejo caer al suelo y me cubro la cabeza cuando el extremo más alejado de la sala en la que estamos atrapados estalla a causa de un impacto tremendo y lanza esquirlas y carne muerta en todas las direcciones concebibles. Todo se vuelve negro. El ruido de la explosión empieza a difuminarse y es reemplazado por chillidos y gritos de dolor, y de miedo, y ruido de combate.

—¡Corred! —grita una voz apagada por encima de la locura y la histeria.

El instinto toma el mando. Me levanto, pisando y tropezando por encima de cascotes y los restos de los cuerpos, y me abro paso por medio de las nubes de polvo y la muchedumbre de figuras aterrorizadas. A mi alrededor sólo hay disparos y confusión. Justo delante de mí una mujer cae abatida por un disparo. Por una décima de segundo veo cómo la sangre, la carne y el hueso explota en su espalda y cae al suelo como una muñeca rota. No puedo hacer nada más que correr por encima de su cadáver. Una ola de personas desesperadas se mueve a mis espaldas y no puedo parar, no tengo más alternativa que seguir adelante, cabalgando la ola de cuerpos.

Levanto la mirada y veo que estamos corriendo hacia unos soldados con las armas levantadas. Pero estos soldados no llevan máscaras. Sus caras y ojos están desprotegidos e inmediatamente sé que están de nuestra parte. Gracias a Dios esa gente está de nuestra parte.

Aun así seguimos atravesando a trompicones la carnicería, con el suelo bajo nuestros pies cada vez más irregular y lleno de cascotes. Los restos de gente como yo mezclados con los de soldados enemigos. En este grotesco baño de sangre es imposible diferenciarlos. Las explosiones no hacen diferencias entre nosotros y ellos. A mi alrededor puedo ver brazos y piernas arrancados, huesos destrozados y trozos de metal retorcidos y afilados como cuchillas.

—Moveos —grita otra voz.

Noto la lluvia en mi cara y me doy cuenta de que vuelvo a estar en el exterior, aunque hay pequeños montones de cascotes a ambos lados de algo que antes eran paredes. Otros se han parado, pero yo sigo adelante. Otro estruendo ensordecedor me distrae y miro hacia arriba para ver un helicóptero que ruge muy bajo. Dispara un misil hacia una larga fila de camiones, parados a lo largo de lo que ha quedado del edificio, ahora en llamas, del que acabo de escapar. Coño, esto es una jodida guerra en toda regla. Atravieso corriendo un área baldía e irregular y me tiro al suelo cuando más proyectiles explotan cerca de mí. A mi izquierda surge un brillante rayo de luz y siento cómo mi cuerpo se desplaza solo sobre el suelo, impulsado por la enorme fuerza expansiva de otra explosión. Estoy sordo de un oído e intento recobrar el equilibrio cuando me levanto para seguir adelante. A mi alrededor están los cuerpos de los que han caído. La cara de un joven ha recibido toda la fuerza de la explosión. Sus ojos sin vida me miran impotentes. La parte inferior de su cara, todo lo que hay por debajo del labio superior, ha desaparecido. A mis pies se encuentra el cuerpo de una mujer, boca abajo entre los escombros. Su espalda está ennegrecida y calcinada, y la mayor parte de su ropa se ha quemado. Podría ser Karin, la chica de la fila. Durante una fracción de segundo me asalta la idea de volver para comprobarlo pero sé que eso no tiene ningún sentido. No importa.

En el cielo, directamente encima de mí, un segundo helicóptero desciende en picado y dispara hacia el edificio del que acabo de escapar, matando a decenas de personas desprotegidas que siguen abriéndose paso entre los escombros. Consigo dar unos pocos pasos tambaleantes más antes de volverme a tirar al suelo, cuando vuelve el primer helicóptero y abre fuego sobre el segundo. Un misil dirigido con precisión impacta en el centro de la cola, separando el rotor del resto del aparato, que cae haciendo espirales hasta el suelo, donde impacta y explota, llenando la noche con más fuegos. El caos se ha desatado a mi alrededor, el ruido ensordecedor y la histeria de una batalla a muerte. Pero ¿quién está luchando?

—Salid de aquí —grita un soldado, tirando de gente como yo para que se levante del suelo y empujándola para que siga adelante.

Sigo a la multitud hacia una puerta abierta en lo que queda de la valla de alambre de espino que rodeaba el lugar. Casi como si fuéramos una sola persona, corremos por un sendero de grava que se pierde serpenteante en la oscuridad. Ahora

que estamos libres nos vemos como una jauría. Aquí los enemigos son pocos y están aislados. Cuando los descubrimos nos lanzamos sobre ellos y los destrozamos. Detrás de mí, el edificio en llamas se encuentra bañado en luz. Miro hacia atrás el tiempo suficiente para ver a cientos de figuras huyendo de él en todas las direcciones.

Más soldados nos apremian por un camino que sube hacia la oscuridad, cuando otro helicóptero cae lentamente en picado sobre nuestras cabezas. ¿Amigo o enemigo? Es imposible decirlo hasta que lanza una salva de misiles hacia la multitud. Cuando otra bola de fuego ilumina el cielo, a mis espaldas, el súbito fogonazo de la explosión me permite ver claramente los alrededores por primera vez. El terreno está cubierto con un número increíble de cuerpos. Muchos de ellos son víctimas de la batalla que se está librando, pero por su posición, otros son claramente los cadáveres de gente como yo, ejecutada por los otros. Sus cadáveres se encuentran apilados, dispuestos para su eliminación. Aquí han asesinado a cientos de personas. ¿Cuántos lugares más como éste existen y cuántos más habrían muerto aquí esta noche? ¿Cuántos de nosotros han sido asesinados por estos bastardos y quiénes son ahora los Hostiles?

La cima de esta colina baja aparece ahora por delante. Cojo fuerzas y sigo corriendo con los pies deslizándose y patinando en la hierba empapada. Puedo oír más ruido de lucha por delante y corro hacia allí, desesperado por formar parte de la batalla y deseando cobrarme venganza por toda la muerte y destrucción que he visto. Unos pocos segundos más sin aliento y finalmente alcanzo la cima. Otra gran explosión baña de nuevo el mundo y puedo ver que una oleada de soldados enemigos avanza hacia nosotros. Desprotegido y sin temor por las consecuencias, corro hacia ellos. Miro a uno y otro lado, y veo que somos cientos moviéndonos hacia ellos. Tenemos que destruirlos antes de que puedan destruir a uno más de nosotros.

El primer enemigo que alcanzo está disparando contra la multitud. Ella está de espaldas. Sin pararme a pensar, me coloco detrás y cierro mis brazos alrededor de su cuello. La agarro por la barbilla y por la nuca, girando con toda la fuerza que puedo, sintiendo una gran satisfacción cuando se rompe el cuello y cae al suelo. En un segundo estoy de nuevo en camino, buscando la siguiente presa. Uno de ellos me está apuntando directamente con el arma. Antes de que pueda disparar corro en línea recta hacia él y lo derribo. Me muevo con una velocidad y un poder que no había sentido antes, y me siento vivo. Enfrentado la muerte, ¡ahora me siento más vivo! Le quito el fusil, que el soldado sujetaba con patética debilidad y le meto el cañón en la boca. Disparo y veo cómo explota la parte superior de su cabeza. A mi alrededor todo el mundo se está dejando llevar por este instinto animal y matamos para seguir vivos. Yo he nacido para esto.

Ahora otro. Le arranco al soldado el casco y le doy la vuelta para que me mire a la cara. Patética criatura. Esos ojos. Esos jodidos ojos me miran y están llenos de odio. Le meto los pulgares en las cuencas y le arranco esos malditos ojos, dejando al soldado gritando y pataleando en el suelo.

Toda la confusión y la incertidumbre han desaparecido. El dolor ha

desaparecido. Sin miedo, luchamos con una fuerza y ferocidad inigualables. Rompo huesos y arranco carne, y termino con vidas una y otra vez, y otra y otra.

En los destellos de luz y fuego que siguen llenando los cielos a mi alrededor, soy capaz de ver toda la extensión de la batalla. Ahora se desarrolla en una gran extensión de terreno. Es brutal y sin cuartel, elemental y casi medieval. Las armas se han dejado de lado. El combate es cuerpo a cuerpo, uno a uno, y nuestro enemigo no tiene respuesta ante nuestra fuerza y determinación. Puede que nos superen en número pero nosotros tenemos más que eso. Tenemos el deseo de destruirlos y de protegernos a nosotros y a otros como nosotros. Cada uno de nosotros luchará hasta el último aliento.

Otro helicóptero aparece en el cielo. Levanto la mirada y veo que cuatro rastros de fuego cruzan la oscuridad sobre mi cabeza, acompañados por un silbido ensordecedor y un regusto súbito a aire recalentado. Miro hacia atrás un instante para ver cómo los misiles impactan en los destrozados y ahora prácticamente vacíos restos del edificio del que hemos escapado. Hay una pausa momentánea —como el lapso del tiempo más corto posible entre el rayo y el trueno—, seguida de la explosión más potente que he oído hasta el momento, cuando el sitio infernal salta en millones de pedazos. Incluso desde esta distancia puedo sentir el calor del fuego en la piel.

Salido de la nada, un cuchillo brilla delante de mí y me corta el brazo. La adrenalina amortigua el dolor que siento e inmediatamente me giro hacia mi atacante. De nuevo blande la hoja contra mí. De alguna manera, soy capaz de agarrar su mano a mitad del arco. Giro el puño hacia él y fuerzo que el cuchillo penetre en sus entrañas. Cae junto a los restos en llamas de un vehículo tumbado. ¿Dónde he aprendido a hacer eso? ¿De dónde vienen esta fuerza y esta velocidad? Es instintivo e imparable.

—Adelante —grita una voz, casi inaudible por encima de la confusión. Levanto la mirada y veo que la batalla en la colina está terminando. A pesar de que la lucha alrededor de los restos del edificio sigue adelante, aquí arriba, en la cima, hemos destruido al enemigo—. Seguid adelante —nos ordena la voz. Sigo al resto de la multitud cuando nos empezamos a mover a través de la oscuridad.

Es tarde y aquí afuera el mundo está en silencio. El ruido de la batalla hace tiempo que se ha ido reduciendo hasta desaparecer. Rodeado aún por hordas de personas, nos movemos con rapidez por el campo desierto. Exploradores armados nos guían por la oscuridad. No sé adónde vamos, pero sé que puedo confiar en esa gente y la sigo con los ojos cerrados. Tengo la sensación en la boca del estómago de que, más pronto que tarde, voy a empezar a tener la respuesta a las miles de preguntas que estoy desesperado por formular.

Hemos andado durante más de una hora y no he visto ni oído a nadie más. Nuestra ruta ha evitado todas las carreteras y todos los edificios, y en la práctica cualquier señal de civilización. Ahora nos movemos por el fondo de un profundo valle, ocultos a la vista por árboles y arbustos. Nos paramos.

—Aquí —dice uno de nuestros guías, conduciéndonos hacia un gran bosque.

Sin hacer preguntas penetramos entre los árboles, deteniéndonos sólo cuando hemos llegado a lo más denso del bosque. Aquí casi no penetra la luz. Una de las exploradoras revuelve entre la maleza como si buscara algo. Su pie golpea un pequeño montículo en el suelo cubierto de hojas. Se agacha y coge la correa de una bolsa que alguno de ellos debe haber escondido con anterioridad. Tira de la correa y saca una gran mochila. Hojas y tierra caen de ella cuando la levanta y le quita la suciedad. La abre y empieza a vaciar el contenido.

—Sentaos y descansad —ordena otro de los exploradores, mientras su colega nos lanza paquetes de comida y botellas de agua—. Recuperad las fuerzas —prosigue—, después escuchad el mensaje y marchaos.

¿El mensaje? ¿Qué mensaje? ¿De qué está hablando? Decido que ya lo averiguaré más tarde. Ahora mismo comer los primeros alimentos en más de un día es más importante que cualquier otra cosa.

Estoy sentado con otras tres personas. En medio de nosotros hay un teléfono móvil, dispuesto para reproducir el mensaje. Este mensaje, nos han informado nuestros guías, es lo más cerca que vamos a estar esta noche de la verdad. Ha sido distribuido como un archivo digital por gente como nosotros y se ha propagado por todo el país como un virus informático. Ahora se encuentra en cientos de miles de teléfonos, ordenadores, reproductores y otros aparatos, demasiado extendido para ser eliminado.

—¿Chris qué? —pregunta un hombre sentado a mi lado.

—Chris Ankin —contesta uno de los guías.

—¿Quién demonios es?

—Era un político —explica—. Tenía un cargo bastante importante en Defensa. Era consejero del gobierno cuando empezó. Tuvo la oportunidad de escuchar un montón de información antes de cambiar.

—¿Dónde está ahora?

—Los rumores dicen que está muerto.

—Estupendo.

—No importa. Hizo lo que quería hacer antes de que lo atraparan.

—¿Qué era?

—Quería que supiéramos lo que estaba ocurriendo. Quería avisarnos. Quería coordinarnos.

—¿Coordinarnos?

—Asegurarse de que todos supiéramos lo que debemos hacer.

—¿Y de qué se trata?

—¿Por qué no reproduces el jodido mensaje?

El hombre se inclina hacia delante y recoge el teléfono. Se debate con los botones durante un segundo pero enseguida consigue localizar el archivo y lo abre. Al principio resulta difícil comprender las palabras. Ajusta el volumen y levanta el teléfono para que todos podamos escuchar lo que se está diciendo.

—Si estáis escuchando esto —dice la cansada voz de Ankin, que suena débil y distorsionada— es muy posible que no tengáis ni la más mínima idea de lo que os ha ocurrido o de lo que le está ocurriendo al resto del país. No sabéis por qué os sentís como os sentís o por qué vuestra vida ha cambiado radicalmente. Os daré un poco de información pero no seré capaz de responder a todas vuestras preguntas. Os explicaré lo que sé pero eso no es lo importante ahora. En última instancia no importa por qué ha ocurrido o qué lo ha provocado, lo que importa es cómo lo manejaremos. Por la naturaleza sin precedentes del cambio y de sus efectos en nuestra sociedad tenemos que actuar ahora mismo y lo debemos hacer con rapidez. Habrá tiempo suficiente para buscar las razones cuando la lucha haya terminado.

Me remuevo en el suelo y miro los otros rostros reunidos alrededor del teléfono. Miran fijamente el aparatito con una expresión sorprendida. No estoy seguro de que alguno de ellos crea lo que está escuchando.

—Dicho con sencillez —prosigue la voz de Ankin—, existe una diferencia genética fundamental entre nosotros y ellos. Una diferencia básica y fundamental que, hasta ahora, había permanecido latente. Aún no puedo deciros por qué, pero ha ocurrido algo que ha disparado el cambio y dicho cambio ha creado el odio. Si estáis esperando de mí una explicación más científica, no puedo darla. Si estáis esperando que explique por qué no podemos seguir viviendo junto a las personas que amamos, con las que hemos vivido y trabajado hasta hace sólo un par de semanas, no lo sé. Algún día lo comprenderemos, pero hoy no tenemos el lujo del tiempo ni de los recursos para descubrirlo.

«Inicialmente se supuso que el cambio estaba limitado a una pequeña minoría

de la población. Antes de que me pasara a mí, cuando todavía conservaba el cargo, vi cifras que indicaban que nuestro número era mucho mayor de lo que se pensaba al principio. Es posible que tres de cada diez sean como nosotros. Eso representa alrededor del treinta por ciento de la población. Eso es suficiente para plantarles batalla y tener posibilidades de victoria.

»El cambio elimina algunos de los frenos que tenemos. En palabras muy sencillas, nos hace menos susceptibles de comer mierda y más dispuestos a la acción. El cambio parece que amplía nuestros instintos. Inmediatamente sabemos quién es como nosotros y quién no. Sabemos quién representa una amenaza y quién está de nuestro lado. Muchas de las capas de condicionamiento y control que nos impone la sociedad han sido eliminadas por el cambio. Ahora luchas cuando tienes que luchar y destruyes al enemigo porque sabes que te destruirá si le das la más mínima oportunidad.

»Hasta ahora nos habíamos discriminado por razón de raza, religión, edad, género y por cualquier otra característica imaginable. Mirad esta noche a vuestro alrededor y veréis que esas diferencias han desaparecido. Ahora, para simplificar las cosas al máximo, sólo estamos "nosotros" y "ellos", y es imposible que coexistamos. No tenemos más alternativa que luchar, y tenemos que seguir luchando hasta que los hayamos eliminado.

»El cambio se ha extendido por todo el mundo a una velocidad increíble. Ningún rincón del planeta se ha librado. Estamos por todas partes. Tenéis que recordar que no somos los perdedores. Su ventaja sólo está en el número. Nosotros hemos servido en todos los niveles y entre nosotros hay expertos en todas las profesiones. Entre nosotros tenemos todas las aptitudes imaginables. Tenemos todo lo que necesitamos para luchar y destruirlos.

«Olvidad vuestro pasado. Olvidad vuestras familias y amigos, y quiénes erais antes. Con el tiempo se restablecerá algún tipo de normalidad. Hasta entonces no tenemos más alternativa que luchar.

El mensaje ha terminado y miro incrédulo el teléfono. ¿Se trata de una broma? ¿Puede ser verdad algo de todo eso? Por un momento me siento abrumado, incapaz de asumirlo. Después, mi cabeza se empieza a llenar con el recuerdo de los acontecimientos de la última semana y en especial del último día —las muertes, la batalla, el derramamiento de sangre, las emociones— y sé que hasta la última palabra que he escuchado es cierta. Recuerdo los sentimientos de fuerza y poder que sentí al matar a los soldados enemigos con mis manos sólo hace unos horas y sé que todo es verdad. Imposible e indemostrable, pero verdad.

DOMINGO

Las palabras del político muerto aún resuenan en mi cabeza cuando me despierto. He dormido poco más de una hora pero me siento tan fresco como si lo hubiera hecho durante toda la noche. Levanto la vista a la cubierta de hojas y ramas retorcidas sobre mi cabeza. Un rostro familiar me devuelve la mirada.

—Me pareció que eras tú —dice Patrick—. Conseguiste huir.

Me siento con rapidez. Nos damos la mano. Miro a mi alrededor y veo que mucha más gente ha llegado mientras he estado durmiendo.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto mientras me levanto y me estiro.

—Estupendamente, de cojones —responde con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Y tú?

Lo pienso antes de contestar. En menos de veinticuatro horas he perdido todo lo que me solía importar. Me debería sentir abatido, destrozado y vacío, pero no lo estoy. Me hago eco de los sentimientos de Patrick. Me siento increíble. Me siento vivo. Mi cuerpo está lleno de energía y de fuerza. Mi mente está clara. Estoy preparado para hacer lo que tengo que hacer.

—Nunca me he sentido así —le explico—. Nunca me he sentido tan bien.

No pasa mucho tiempo antes de que nos vayamos. Los guías que nos han traído hasta aquí nos dijeron que hay un pueblo al otro lado del valle. Empezaremos por allí. Sé exactamente lo que tengo que hacer. Ahora estoy preparado para entrar en las calles y destruir a tantos de ellos como pueda encontrar. Esta guerra acaba de empezar.

Abandonamos los árboles al final del valle y salimos a una mañana clara y seca. El sol está empezando a salir y ya puedo oír el sonidos de los combates que llega con la brisa. Hay un rastro de humo en el aire: el olor de un mundo que se rompe en pedazos.

Dios santo, me siento fuerte. Ahora sé que finalmente me he librado de las cadenas y los frenos de la vida que solía llevar y ahora soy libre de seguir mis instintos y de hacer lo que he nacido para hacer. Por primera vez desde que la dejé, esta mañana puedo pensar en Ellis y no sentir ningún dolor. Sé que mi pequeña está en algún sitio ahí fuera, matando por nosotros. Espero que la vuelva a encontrar algún día. Le diré lo orgulloso que estoy de ella.

Nos movemos como una jauría, desplazándonos por la empinada ladera de la colina que se yergue sobre nosotros. Alcanzamos la cima y casi no he perdido el

aliento. Estoy al lado de Patrick y juntos contemplamos una escena realmente bella. En la distancia podemos ver el pueblo y está ardiendo. Ya se están librando combates en las calles. Las explosiones golpean los edificios y los reducen a escombros. La gente corre, luchando y matando.

Resulta inspirador.

Patrick sonríe como un niño la mañana del día de Navidad.

El sol baña la escena con una luz brillante y dorada, y puedo ver a kilómetros de distancia en todas direcciones. La gente cae en hordas sobre el pueblo desde todas partes. Con la excitación ardiendo en el pecho, empiezo a correr hacia los edificios, desesperado por llegar, desesperado por luchar y matar.

Bajamos corriendo por la ladera de la colina, cruzamos en diagonal un campo amplio e irregular y alcanzamos la calle mayor del pueblo. Con otros dos irrumpo en el primer edificio que vemos. Destrozamos las ventanas delanteras de la pequeña y cuadrada casa, y entramos por los huecos. Encuentro a los dos ancianos ocupantes en el piso de arriba, patéticamente escondidos en el dormitorio. Uno de ellos está bajo la cama. Lo cojo por los pies, lo arrastro fuera, lo pongo de pie y aplasto su cara contra la pared. Otro está en el armario. Intenta guardar silencio pero puedo oír su respiración irregular y sus sollozos lastimeros. Abro la puerta, lo lanzo al otro lado de la habitación y contemplo con satisfacción cómo los otros dos que están aquí conmigo le arrancan las extremidades una a una.

Cuando volvemos al exterior nuestro sangriento ataque se ha repetido en numerosas casas. Sin pararme a recuperar el aliento, sigo corriendo, desesperado por encontrar algo más que destruir.

Es un día perfecto.

Después de tanta incertidumbre, miedo y dolor, todo está claro. Finalmente todo tiene sentido. Estamos en guerra.

FIN

Título original: *Hater*

Primera edición: marzo de 2009

© David Moody, 2006

© de la traducción, Francisco García Lorenzana, 2008

© Editorial Planeta, S. A., 2009

Avda. Diagonal, 662-664,

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-450-7742-9

Depósito legal: B. 8.999 - 2009